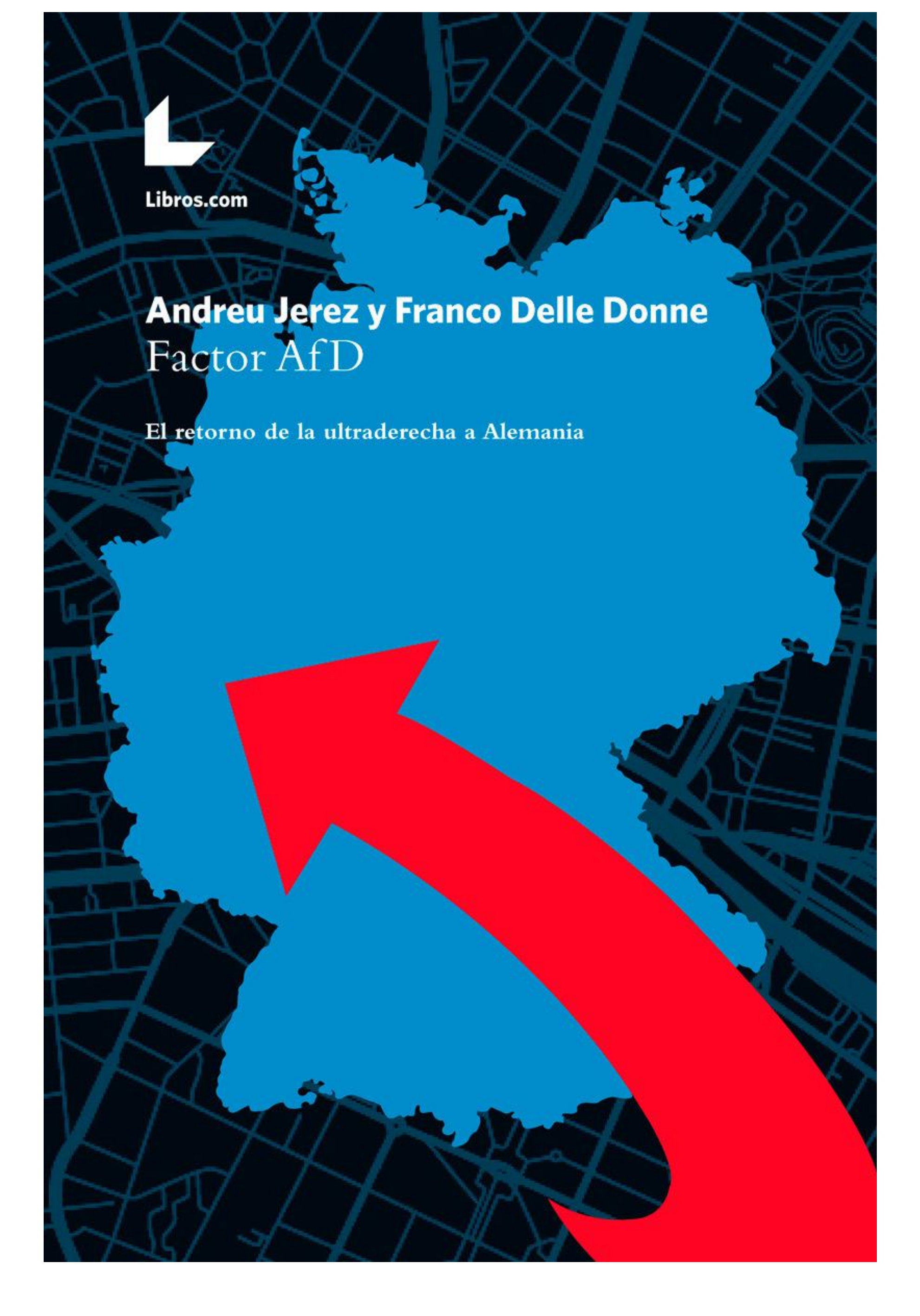
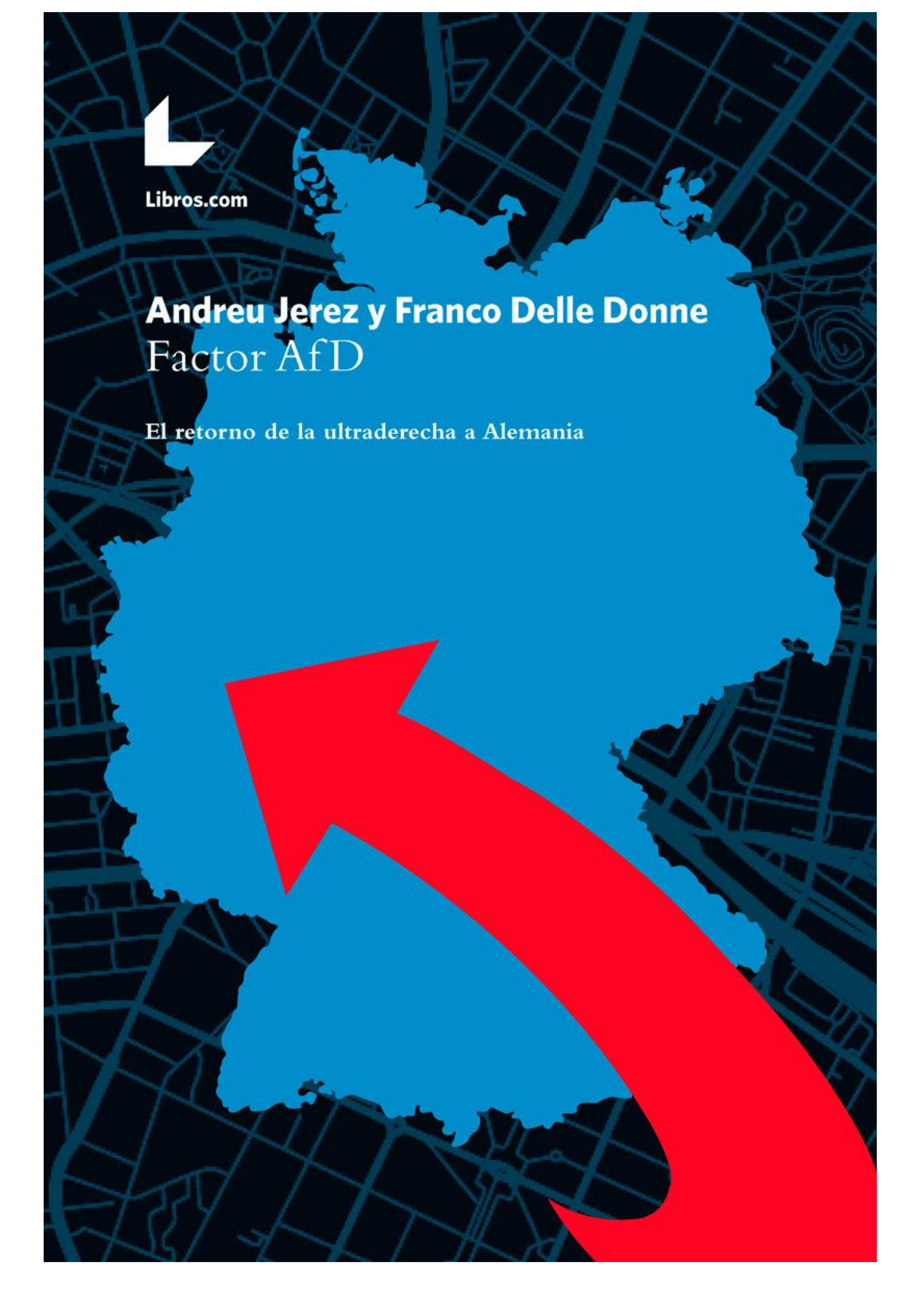

Libros.com
Andreu Jerez y Franco Delle Donne
Factor AfD
El retorno de la ultraderecha a Alemania


Libros.com
Andreu Jerez y Franco Delle Donne
Factor AfD
El retorno de la ultraderecha a Alemania

Primera edición digital: septiembre 2017

Composición de la cubierta: Libros.com

Diseño de la colección: Jorge Chamorro

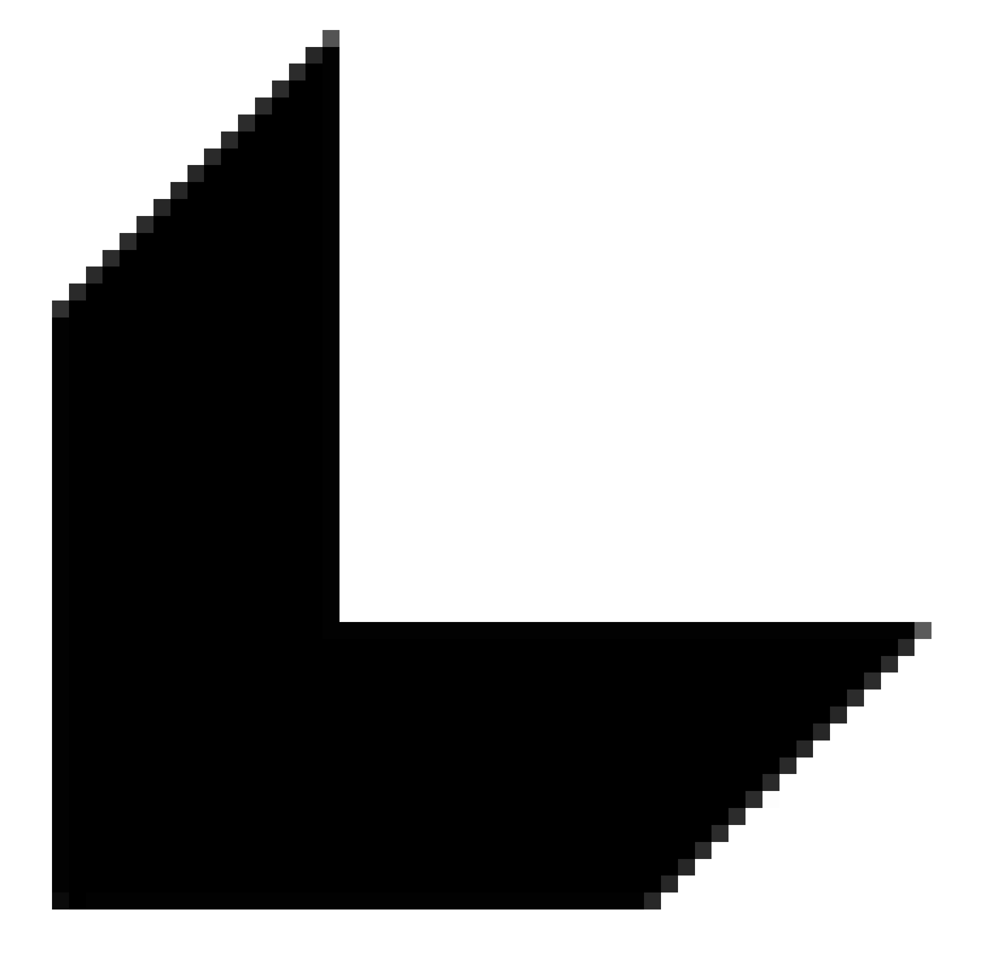
Corrección: Juan Francisco Gordo

Revisión: David García Cames

Versión digital realizada por Libros.com

editorial@libros.com

ISBN digital: 978-84-17023-99-7



Andreu Jerez y Franco Delle Donne

Factor AfD

El retorno de la ultraderecha a Alemania

A las y los que creyeron en este libro.

A nuestros mecenas.

Índice

Prólogo. Alemania: otra parte del paisaje político de Europa

Por Máriam M. Bascuñán

Decía Cas Mudde en uno de sus trabajos que el impacto del populismo se había exagerado[1]. Sin embargo, desde un punto de vista cuantitativo sabemos que desde 1960 el porcentaje de voto en parlamentos nacionales europeos destinado a partidos populistas se ha duplicado en perjuicio de los tradicionales partidos. Hablamos de una presencia que partía del 5,1 por ciento y que ha llegado a alcanzar un 13,2 por ciento en la actualidad, además de haber triplicado el número de escaños —del 3,8 por ciento al 12,8—[2]. A esto habría que añadir la sacudida que representó la victoria de Trump en el país más poderoso del planeta, por mucho que algún sector de la opinión pública y académica haya situado —no sin falta de razón— la elección del magnate dentro de un ciclo electoral de continuidad antes que de realineamiento. Lo cierto es que no estábamos preparados para esa victoria. Y lo mismo vale para el Brexit, pues a día de hoy tampoco acabamos de explicar en términos racionales cómo el populismo de Farage se impuso sobre los intereses financieros de la 'City', según narraba el viejo Habermas. En una reflexión sobre todas estas turbulencias políticas sostenía Pankaj Mishra que «nuestros conceptos y categorías derivados de tres décadas de liberalismo económico parecen incapaces de absorber una explosión de fuerzas incontroladas»[3]. Desde la Ilustración quisimos explicar la idea de motivación humana bajo los parámetros de algo que nombramos como «racionalidad»; hoy nos encontramos con que ese esquema de pensamiento hace aguas y, en su lugar, se acude a disquisiciones referidas como «pasiones nihilistas», «edad de la furia», «la venganza de los millennials» o «retirada desencantada». Es obvio que necesitamos nuevas lentes para filtrar las nuevas condiciones políticas y sociales por mucho que los datos a posteriori nos digan que quizás el impacto del populismo se está exagerando.

Si todavía hubiera dudas sobre el golpe del populismo desde el punto de vista cuantitativo, vayamos a lo cualitativo. Por un lado, los discursos populistas han reconfigurado el espacio ideológico de los tradicionales partidos haciendo que asuman estrategias y

prerrogativas de ese sello. El politólogo holandés Van Spanje, por ejemplo, los llama «partidos contagiosos» porque sus discursos acaban provocando una reconfiguración ideológica en las tradicionales fuerzas políticas[4].

Esta reconfiguración de las agendas políticas y del sistema de partidos de buena parte de las viejas democracias occidentales consolidadas, junto a las elecciones estadounidenses y el triunfo del Brexit, muestran hasta qué punto el populismo es un fenómeno que ha irrumpido en el escenario político global y por qué hay que prestarle una debida atención.

En esa línea situaría este libro escrito por Andreu Jerez y Franco Delle Donne, porque tiene la ventaja no sólo de reflejar el estado de un momento, sino de circunscribirlo a las particularidades de un país tan complejo y apasionante como Alemania. Los autores han querido centrarse en AfD para situar al país en un contexto europeo convulso y cambiante. Es cierto que AfD es un claro ejemplo de manual de partido populista de ultraderecha que se repite en otros países como Holanda, Austria o Francia: el retorno a la vieja Gemeinschaft, la comunidad fraternal y cohesionada amenazada por las nuevas pautas de transformación social, un retorno al pasado que se hace bajo el giro de un movimiento «anti» de negación o rechazo hacia lo que se persigue como amenazador para esa comunidad fraterna, o la división del espacio político en un «ellos» y un «nosotros» que ya no se hace bajo el recurso a un racismo biológico propio de posguerra, sino a una suerte de «racismo cultural»[5] que ha conseguido legitimar el rechazo hacia refugiados e inmigrantes sin acudir a las viejas jerarquías del racismo biológico. Esa lógica de expulsión es la condición de posibilidad de construcción de un pueblo en nombre de un grupo que se escoge a sí mismo como ente representativo del «ser» de dicho pueblo. Esa estrategia, en el caso de AfD, se hace para excluir a los inmigrantes musulmanes del concepto operativo de nación, y con Judith Butler nos vuelve a suscitar el interrogante que acecha a buena parte de nuestras democracias: «¿De qué operación discursiva se vale el poder para circunscribir "el pueblo" en un momento dado, y qué se pretende con ello?»[6].

No entraremos aquí en esa cuestión porque en buena parte está contestada a lo largo de las páginas de este libro. Simplemente anticiparemos que este interrogante ha colocado en el centro del conflicto político un nuevo eje que divide y polariza al mundo occidental contemporáneo: aquel que diferencia entre un tipo de visión cosmopolita de la democracia frente a una concepción étnica de la misma de base nacional. La doble exhortación populista presente en

el contexto alemán se basaría en esa superposición de ejes que nos hablarían de una división del campo político no sólo entre aquella que distingue a «los de arriba» (la casta) frente a «los de abajo» (el pueblo), sino la que se define en función de un «dentro/fuera» y su traslación al ámbito de los principios democráticos.

Tal vez este sería el rasgo fundamental del populismo de derecha en Alemania más que cualquier otro. Lo peculiar de tal elemento es que se haya producido en este país, tan sensible a las muestras de patrioterismo y de racismo debido a la no tan lejana experiencia del nazismo en el interior de sus fronteras. La apelación, como decíamos arriba, a un racismo cultural antes que biológico podría ser una de las causas que expliquen la emergencia de este discurso tan estremecedor en la gran potencia. Pero también un contexto de inseguridad promovido por el terrorismo transnacional y unos líderes arteros que han sabido azuzar esa emoción humana tan narcisista como es el miedo. No podríamos pasar de puntillas sobre el liderazgo ejercido por Merkel a este respecto; en poco tiempo este animal político ha conseguido tomar el relevo a Obama en la defensa del llamado «mundo libre» encarnando un sinfín de paradojas en su acción política. Cómo explicar, por ejemplo, que hace apenas dos años su persona destacara por marcar una línea dura bastante nefasta en el proceso de negociación de la deuda con Grecia, y que a día de hoy se haya convertido en el adalid de la campaña por la integración de los refugiados en Europa, sin demagogia y a contracorriente. Después del atentado que sufrió Berlín en un bucólico mercadillo navideño en 2016, la canciller sorprendía al mundo hablando con veracidad, una práctica poco habitual dentro de nuestra clase política. No hay seguridad emocional, pero ahí estaba ella para ofrecer el apoyo a quienes habían defendido y se habían esforzado por sacar adelante su política de acogida de refugiados. Estas palabras fueron contestadas por uno de los líderes de AfD precisamente desde una dimensión emocional muy peligrosa: «Estos son los muertos de Merkel». De esta forma se ha convertido Alemania en otro laboratorio político donde se suceden y explotan todas las contradicciones de nuestro mundo. El afán por buscar monstruos, el liderazgo responsable y el populista, el repliegue nacionalista que vuelve a encarnar una cruzada de occidente. Pero también un sistema político que prima la estabilidad por encima de cualquier otro valor, una potencia continental que ostenta un poder que nunca buscó, una sociedad todavía no recuperada de su pasado traumático, una administración hipereficaz, y una lengua y una cultura que siguen admirando al mundo.

Todos estos elementos hacen que estemos ante un país poco dado a los sobresaltos y, por tanto, que podamos situar el normal funcionamiento

de sus instituciones y la estabilidad de su sistema político sobre cualquier tipo de personalismo o lógica populista. Gane quien gane las elecciones, el occidente liberal que aún se recupera de los sobresaltos de Trump y del Brexit podrá seguir regentado por esta potencia, ahora menos reacia a ceder a los requerimientos de un eje franco-alemán despertado por el socio-liberal Macron. Aun así, ese populismo de derecha que practica el partido de AfD no debería normalizarse, no debería insertarse en el paisaje político de forma perdurable y naturalizada. El riesgo a que esto ocurra dice también mucho del momento que vivimos, de que las cosas han cambiado y de cómo, al igual que en Francia, cualquier «cordón político» que el establishment quiera utilizar para protegerse de una crítica a sus desmanes está condenado a fracasar si efectivamente nuestras élites no toman nota de lo que ha ocurrido. En ese ejercicio de autocrítica y en nuestra propia responsabilidad como ciudadanos se juega su futuro Europa.

1. Apologistas de una nueva era

«Los alemanes somos los nuevos judíos. Ahora somos nosotros los que estamos perseguidos. Y si no reaccionamos, pronto estaremos en minoría en nuestro propio país».

Harald es un hombre maduro y educado de manos grandes, pelo blanco y cara afable. Este funcionario jubilado, exinvestigador criminal del Estado, forma parte de la clase media alemana. También es un ciudadano preocupado por el futuro de su país, un Besorgter Bürger[7]. Harald está desencantado con los partidos tradicionales, de centroizquierda y centroderecha, que han gestionado Alemania durante las últimas siete décadas. Por eso hoy está aquí.

Coblenza, 21 de enero de 2017. Un grupo de simpatizantes y militantes activos de Alternativa para Alemania (AfD) toma café y charla a la espera de que comience el primer acto oficial de la precampaña electoral con la vista puesta en los próximos comicios federales. El joven partido de extrema derecha organiza hoy en un centro de congresos de la ciudad alemana un encuentro al que está invitado el once titular del populismo ultraderechista europeo: Marine Le Pen, del Front National francés, Geert Wilders, del islamófobo Partido por la Libertad (PVV) holandés, y Matteo Salvini, de la Lega Nord italiana; son los cabeza de cartel de un congreso organizado por Marcus Pretzell, eurodiputado de AfD y marido de la líder del partido, Frauke Petry.

En el ambiente se respira optimismo, determinación, ilusión. El republicano Donald Trump acaba de asumir la presidencia de Estados Unidos y las fuerzas ultraderechistas presentes auguran que 2017 será «el año de los patriotas» en el Viejo Continente. «Ayer, una nueva América; hoy, Coblenza; mañana, una nueva Europa», es el primer eslogan escupido desde el pódium de oradores por Geert Wilders. La renacionalización de la agenda política europea, salpimentada de una indiscutible islamofobia y de una oratoria antimigratoria y hostil con los refugiados, ocupa la primera posición en el orden del día.

A pesar de que en el pasado lo hizo por los democristianos de la CDU[8], los socialdemócratas del SPD[9] e incluso por los ecoliberales de Los Verdes[10], Harald no tiene inconveniente en reconocer que

hoy vota a la joven y fresca ultraderecha de AfD. También se atreve a comparar en público la persecución y el intento de aniquilación de los judíos a manos del nacionalsocialismo durante las décadas de los 30 y 40 del siglo pasado con el presunto choque de civilizaciones al que, en su opinión, Alemania y Europa están irremediablemente abocadas. Harald forma parte de ese nada menospreciable segmento social de ciudadanos alemanes que ansía un discurso que rompa consensos y rehúya de los parámetros de lo políticamente correcto.

El grupo de simpatizantes de AfD que acompañan a Harald no cree que ser patriota sea algo malo. Al fin y al cabo, todos ellos quieren lo mejor para su país y creen que la nueva ultraderecha alemana es la única respuesta posible y cabal a un futuro cercano que genera demasiadas incertidumbres en el horizonte. De hecho, para ellos AfD no es ultraderecha, sino simple y llano sentido común. Minutos antes de que comience la orgía dialéctica hipernacionalista, islamófoba y euroescéptica de Coblenza, los cuatro hombres y las dos mujeres de mediana edad que conforman este grupo de aspecto respetable y socialmente integrado escuchan con enorme atención las preguntas y mastican bien sus respuestas antes de pronunciarlas.

¿Por qué un ciudadano alemán sin aprietos económicos ni grandes preocupaciones vitales vota hoy ultraderechista? Los alemanes están cada vez más cerca de ser minoría frente a una imparable inmigración islamista. Europa se encuentra ante una guerra de corte religioso que, antes o después, estallará sin remedio. El continente está muy cerca del caos debido a una inmigración incontrolada a la que ha contribuido la irresponsable política de fronteras abiertas promovida por la canciller Angela Merkel, por la que algunos de ellos un día votaron. La solidaridad tiene límites. Al fin y al cabo, Alemania no puede solucionar todos los problemas del planeta ni tampoco ser el centro de acogida de todos los refugiados ni la oficina de ayuda social del mundo.

No tienen nada en contra de los musulmanes a título individual, aseguran, pero el islam no forma ni puede formar parte de Europa. Alemania se enfrenta a la pérdida de su identidad y al estancamiento económico. Merkel no está en condiciones de seguir liderando el país. Si no reaccionamos ahora puede que dentro de poco sea demasiado tarde, alertan. Los argumentos para desbancar del poder a la líder conservadora de la CDU se agolpan en los labios de los seis votantes de AfD. En opinión de estos «ciudadanos preocupados», una legislatura más con Merkel en la cancillería llevaría a Alemania hasta el borde del precipicio y quién sabe si a caer al mismo abismo.

Algunas de las razones ofrecidas por este grupo de ciudadanos socialmente integrados ejemplifican a la perfección un voto protesta hasta ahora inédito en la historia reciente de Alemania y que surge, como parece que no puede ser de otra manera en este país, por la extrema derecha. Su conglomerado argumental oscila entre la islamofobia y una serie de miedos de base más bien irracional azuzados por la innegable amenaza del terrorismo yihadista.

Conforme la conversación avanza, el grupo comienza a dejar en evidencia ciertas incongruencias en su argumentario y también una preocupante falta de educación política: el euro ha beneficiado a Alemania, pero no están en contra de recuperar el marco alemán; Alemania no puede acoger a más refugiados, pero necesita mano de obra joven y cualificada para mantener su modelo económico —«¿Por qué no vienen a Alemania más jóvenes españoles como usted?», preguntan—; Donald Trump supone el inicio de una nueva era, aunque muchos puntos de su discurso les generan más incertidumbres que certezas. Discuten vivamente y muestran discrepancias sobre este y aquel asunto.

Pese a las diferencias, en un punto están todos de acuerdo: AfD es el único partido que ofrece una alternativa real, el único futuro estable y seguro, la única formación que dice las cosas claras, que ofrece oposición a las élites, que es políticamente incorrecta. AfD es la única resistencia al establishment, la única oposición real a los poderes establecidos, el único voto auténticamente antielitista. La visión sobre el futuro de su país también es unánime: antes o después, el partido por el que ahora votan acabará gobernando Alemania.

El ambiente está encendido en el interior del auditorio del centro de congresos de Coblenza. «En estos momentos hay miles de italianos sin casas, sin luz y sin calefacción por el reciente terremoto[11], mientras que al mismo tiempo hay miles de inmigrantes hospedados en hoteles. No es solidaridad, es una locura, es un suicidio». Aplausos y silbidos a partes iguales. Matteo Salvini, líder de la Lega Nord, sabe que el discurso populista de tintes nacionalistas y racistas sirve para arengar al auditorio. La sala de congresos de Coblenza no está llena, pero tampoco hace falta que lo esté para que cada uno de los discursos sea celebrado con ovaciones cerradas. Las frases más provocativas y nacionalistas son también las que más éxito tienen.

«La solución a todos estos problemas está sentada en esta sala. Aquí está la nueva Europa», dice Pretzell. «El patriotismo no es una política del pasado, sino del futuro», proclama Le Pen, quien añade: «Yo sé que entre los inmigrantes también hay terroristas». «Estamos ante el inicio

de una primavera patriótica en Europa», arenga Wilders. «Nadie obliga a los saudíes a convertirse al multiculturalismo», razona Petry. Cada uno de los oradores tiene un estilo propio, pero todos los discursos ofrecen un denominador común: la Europa de valores cristianos y conservadores está en peligro; la globalización sin límites y las ansias multiculturalistas de las élites políticas y económicas del planeta son las culpables; sólo una revolución neoconservadora, proteccionista e hipernacionalista protagonizada por los líderes hoy aquí presentes pondrá a salvo al viejo continente de la barbarie globalista.

El fragor en la sala es irrefrenable. Harald y el grupo de «ciudadanos preocupados» contribuyen con sus aplausos y vítores a dar forma a un público entregado. «Somos los apologistas de una nueva era», vaticina Salvini.

2. AfD como estado de ánimo

Alternativlos («sin alternativa», en alemán) fue una palabra clave para entender el discurso y la comunicación política de la canciller alemana Angela Merkel. La líder democristiana la usó a menudo en el pasado reciente para explicar ciertas decisiones tomadas por su Gobierno o acordadas en Bruselas con el resto de ejecutivos de los Estados miembros de la Unión Europea: desde los reiterados paquetes de crédito para Grecia hasta las inyecciones de dinero público a banca privada europea, pasando por otras decisiones políticas y económicas poco o nada populares entre el electorado alemán, como la negativa a cerrar las fronteras ante la llegada a Alemania de cientos de miles de refugiados procedentes fundamentalmente de Oriente Próximo. Esta última decisión, de indudable costo electoral y con un duro impacto en la popularidad de Merkel, fue presentada desde un principio por la canciller como alternativlos, como una responsabilidad histórica irrenunciable para Alemania.

Sin embargo, la palabra desapareció de un día para otro, de un brochazo, como por arte de magia, de los discursos y la dialéctica de Merkel y de otros destacados miembros de su partido, la Unión Demócrata Cristiana (CDU). Algo se había roto en el tablero político alemán y ello obligaba a la élite conservadora del país a modificar su comunicación política. Ese algo contenía precisamente la palabra Alternative («alternativa») y atacaba una de las líneas de flotación del hasta ese momento indiscutible e imparable buque electoral capitaneado por Merkel: Alternative für Deutschland, AfD, había llegado al panorama electoral alemán. Aparentemente para quedarse.

Nacida a principios de 2013 de la mano de un grupo de académicos y economistas liderado por Bernd Lucke[12], exmilitante de la CDU y ahora también del joven partido ultraderechista alemán, AfD se presentaba ante el electorado germano y ante los representantes de la prensa alemana y extranjera con una triple rúbrica: liberal, nacional y conservador. Con esa triple bandera, los líderes de la nueva formación aseguraban llegar a la arena política del país más rico, poblado y poderoso de la Unión Europea para recuperar un espacio político presuntamente abandonado por los conservadores de Merkel. Los fundadores de AfD creían que los sucesivos gobiernos liderados por la canciller habían traicionado los valores liberales, nacionales y conservadores tradicionalmente defendidos por el centroderecha alemán. Una traición basada, según los recién llegados a la escena

electoral, en su política económica nacional, que tildaban de socialdemócrata, en su defensa innegociable del euro y en un europeísmo sin freno que estaba dañando irremediablemente la soberanía nacional alemana en favor de la tecnocracia comunitaria de Bruselas.

«Si fracasa el euro, fracasa Europa», dijo Merkel[13] uno de esos días en los que la moneda común parecía estar a punto para ser enterrada. De nuevo, la canciller acudía al argumento de la ausencia de alternativas para justificar rescates, recortes, reajustes fiscales y cualquier otro tipo de medida aparentemente necesaria para salvar la moneda común europea. Porque para la canciller, más allá del euro estaba el precipicio, la nada. O al menos así lo expresaba en el espacio público. Un precipicio al que, según la opinión de la cúpula, de los militantes y de los votantes de AfD, Alemania se acercaba cada vez más por culpa de la política de rescates y la defensa sin concesiones del euro ofrecida por el Gobierno federal. La aparición de la formación euroescéptica ponía al partido de Merkel y a su Ejecutivo ante un espejo al que difícilmente querrían mirarse: una parte del electorado conservador detectaba cada vez más claramente una serie de fallas en el discurso político de la canciller y abandonaban el buque democristiano en busca de una nueva patria política.

Los fundadores de AfD no sólo localizaron esas costuras en el discurso de Merkel, sino que además no dudaron en aprovecharlas con una política de comunicación calculadamente agresiva. Pese a que los sondeos de intención de voto seguían otorgando victorias aplastantes a la formación de la canciller, las encuestas de opinión también mostraban un descontento creciente con la política económica y europea del Gobierno alemán, y también un incipiente cansancio de la todopoderosa figura de Merkel. El mantra de que Alemania, el primer contribuyente financiero de la UE, tenía que pagar por los desmanes presupuestarios de los pueblos manirrotos del sur de Europa ganaba terreno entre la población alemana. Algo a lo que seguro contribuyó el discurso duro, insultantemente paternalista y rara vez justificado de figuras como Wolfgang Schäuble, inflexible ministro de Finanzas alemán y mano derecha de la canciller alemana. Vergonzosas portadas de la prensa amarilla alemana, con el Bild Zeitung a la cabeza, e incluso de parte de la prensa presuntamente seria del país, como el semanario Der Spiegel[14], también pusieron su grano de arena. La incapacidad o falta de voluntad de la élite política y de la prensa alemana de explicar la evidente parte de responsabilidad que el gran capital germano tuvo en el surgimiento de la crisis de deuda europea parece haber tenido un precio político dentro de Alemania, un precio que se ha traducido en el avance electoral de un nuevo partido de

posiciones euroescépticas, marcadamente nacionalistas e incluso ultraderechistas.

Con la aparición de AfD cristalizaba políticamente un fenómeno que ya llevaba tiempo cociéndose en la sociedad germana, un fenómeno que académicos y periodistas del país han bautizado como Politiksverdrossenheit, palabra que podría traducirse como «desapego» o «indiferencia por la política». O al menos, por la política establecida, por las élites políticas de la República Federal Alemana, por los cinco o seis partidos anclados parlamentariamente y que se han turnado pacíficamente tanto a nivel federal como regional en la gestión del país durante las últimas décadas. AfD, presentándose como la «única alternativa» real, ha sabido capitalizar a la perfección esa desgana por la política tradicional prácticamente desde sus primeros pasos como formación para escalar electoralmente, entrar paulatinamente en las instituciones e ir desplegándose estratégicamente sobre el tablero político de Alemania.

Llegados a este punto, vale la pena hacerse la siguiente pregunta: ¿qué es AfD? La respuesta, lejos de ser sencilla, ofrece diferentes aristas, es claramente multidimensional. En primer lugar, AfD es el primer partido situado a la derecha de la CDU con posibilidades reales de establecerse a medio y largo plazo a nivel federal dentro del ecosistema político alemán desde la década de los 60 del siglo pasado. La Alemania nacida de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial ha tenido tradicionalmente partidos nacionalconservadores, ultraconservadores, ultraderechistas o directamente neonazis; sin embargo, estos nunca pasaron de tener una representación residual en parlamentos regionales y tampoco consiguieron superar la barrera federal del 5 por ciento que les permitiese tener representantes en el Bundestag (cámara baja del Parlamento alemán) con una fracción parlamentaria sólida a nivel nacional. Con la llegada de AfD, esa barrera electoral parece pasar a la historia, así como la ya mítica cita del padre de los socialcristianos bávaros (CSU[15]), Franz Josef Strauβ: «A la derecha de la Unión (CDU-CSU) no puede haber ningún partido democráticamente legitimado». Ahora ese partido ya existe.

AfD es una formación que ha evolucionado —con innegable éxito— desde el euroescepticismo y el discurso económico nacionalista hacia posiciones claramente ultraderechistas, antimigración e incluso etnonacionalistas que coquetean sin complejos con el discurso tradicional de la extrema derecha extraparlamentaria germana y también con postulados neonazis. Es una amalgama ideológica hiperconservadora de claras tendencias ultraderechistas que, más que estar a favor de un determinado programa político, está en contra del

estado de las cosas. AfD es una enmienda radical a la totalidad de la realidad alemana y europea en busca de una revolución neoconservadora y nacionalista, cuyos enemigos declarados son la Unión Europea, la migración, las posiciones progresistas, cualquier forma de izquierdismo, el multiculturalismo y, por supuesto, el islam. AfD es una nueva forma de hacer política desde posiciones parcialmente etnonacionalistas por las que nadie en su sano juicio habría apostado un céntimo de euro hace apenas unos años en Alemania. Ahora muchos se frotan las ojos en busca de respuestas.

El joven partido se ha convertido en el catalizador de un malestar político difícilmente definible, pero muy fácilmente detectable en la sociedad alemana y en el ambiente que se respira en el país. «AfD ya existía antes de su fundación formal. No era físicamente palpable, pero sí que era un pensamiento, un sentimiento en las cabezas de muchos alemanes». De esta manera tan certera define ese malestar social tan difícil de describir la periodista y autora alemana Melanie Amann en su libro Miedo por Alemania. La verdad sobre AfD[16]. ¿Cómo pudo convertirse un partido conservador nacido de posiciones euroescépticas y antieuro en una formación ultraderechista que raya con postulados neonazis y criminaliza a rivales políticos, periodistas críticos y minorías?, se pregunta la reportera Amann en su libro.

El movimiento islamófobo Pegida (Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente)[17], el torrente de noticias falsas que invaden las redes sociales alertando de violaciones masivas de mujeres alemanas a manos de inmigrantes musulmanes o de los abusos sistemáticos del Estado de bienestar alemán protagonizados por extranjeros, la desconfianza hacia los medios de comunicación masivos tradicionales, calificados por los líderes, simpatizantes y militantes de AfD de Lügenpresse («prensa mentirosa», concepto ya usado por la propaganda nacionalsocialista en la década de los 30 del siglo pasado), o la creciente desgana entre el electorado alemán respecto a la élite política del país son sólo algunos de los síntomas de ese malestar amorfo y aparentemente ávido de una reacción autoritaria, ultraconservadora e hipernacionalista que tiene sus raíces intelectuales en la Revolución Conservadora experimentada en la Alemania de la década de los 20 del siglo pasado. Esa reacción recibe hoy el nombre de Nuevas Derechas, y se ha ido haciendo un hueco significativo en la pelea por la hegemonía cultural del país.

AfD cataliza el estado de ánimo de un nada menospreciable segmento de la sociedad alemana; es un artefacto contra la «partitocracia», una herramienta de la antipolítica que se sirve del discurso opuesto a las élites alemanas y europeas para alcanzar un solo y único objetivo:

hacerse con el poder. Y los que hace unos años se reían de AfD, ahora buscan rearmarse dialécticamente para hacer frente a la joven y competente formación mientras aguantan la respiración; el joven partido está lejos de la incapacidad política y la marginalidad electoral e institucional que tradicionalmente han caracterizado a las fuerzas ultraderechistas y neonazis de Alemania, y que las convertían en objeto de mofa del resto de partidos políticos y de la inmensa mayoría de la sociedad alemana.

Como escribe la periodista Andrea Röpke, una cosa tiene que quedar bien clara a estas alturas: los tiempos en los que políticos de formaciones ultraderechistas como la DVU[18] se presentaban torpemente junto a neonazis que apenas podían articular palabra en público son historia. «Estrategas profesionales como la eurodiputada Beatrix von Storch[19] se sirven ahora para sus objetivos de los medios que rechazan. Las salidas de tono son puro cálculo. Gracias a esta estrategia discursiva se ensancha paulatinamente el marco político para las provocaciones. Los apologistas derechistas lidian en ese escenario con desenfado ante el desamparo liberal. Parecen ir siempre un paso por delante»[20].

Merkel tenía en parte razón al usar la palabra «alternativlos» para explicar el porqué de sus políticas. No en vano, la Gran Coalición, conformada por conservadores de la CDU-CSU y socialdemócratas del SPD, ha gobernado Alemania durante los últimos años valiéndose de un rodillo parlamentario incontestable que sumaba el 80 por ciento de los representantes del Bundestag[21]. Los dos partidos de la oposición parlamentaria, La Izquierda y Los Verdes, han jugado así un papel de comparsa en esta última legislatura, una situación que algunos politólogos alemanes no han dudado en calificar de anomalía democrática o incluso de estado de excepción político. Esto parece estar pasándole factura electoral a los dos pequeños partidos opositores a los que las encuestas han situado en los últimos tiempos incluso por detrás de AfD, que se presenta a sí misma como la auténtica y única oposición del país. Efectivamente, esa oposición parlamentaria puramente simbólica permitió durante la última legislatura que las decisiones del Gobierno de Merkel no tuviesen alternativa alguna ni posibles enmiendas que no fuesen aceptadas por la arrolladora mayoría parlamentaria de la llamada Grosse Koalition[22]. Puede que AfD no ofrezca soluciones concretas para los problemas que afectan a la ciudadanía alemana, pero coloca en la agenda política una serie de temas que el resto de partidos ha, sin duda, descuidado. Alternativa para Alemania marca así una incómoda agenda.

Durante los últimos años, la canciller Merkel ha podido gobernar a placer gracias al apoyo del SPD; sin embargo, cometió un grave error de comunicación y, por tanto, un impepinable error político, pues quien no sabe comunicar sus decisiones acaba fracasando electoralmente: la falta de alternativa institucional expresada en sus discursos a través de la ahora malograda palabra «alternativlos» acabó transmitiendo una innegable prepotencia y también la sensación de que el debate político y de ideas, siempre tan necesario en los sistemas democráticos, se estaba convirtiendo en una escenificación superflua, innecesaria, banal. Y de aquellos barros, estos lodos: Alternativa para Alemania, AfD, aparece desde la —extrema— derecha para darle un revolcón al tablero político alemán con consecuencias todavía impredecibles a medio y largo plazo tanto para Alemania como para el conjunto de la Unión Europea.

Sin embargo, y pese a los evidentes peligros que supone un partido como AfD para una sociedad abierta y de valores democráticos como la alemana, el retorno de la ultraderecha a Alemania también puede ser interpretado como una oportunidad tanto para el país como para el resto de la UE. El surgimiento y más que probable establecimiento del partido ultra en el Bundestag obliga a poner en serio entredicho la tesis de que se puede gobernar un país como Alemania reeditando ad infinitum grandes coaliciones entre democristianos y socialdemócratas, los dos mayores Volksparteien[23] del país. Como apunta Franziska Reif, coatura del libro Wörterbuch des besorgten Bürgers[24], «las grandes coaliciones refuerzan la agonía de un estilo político como el establecido por Merkel; una agonía que ya se notaba durante los tiempos de la coalición negro-amarilla[25]. Con la aparición de AfD y de Pegida habrá que recuperar debates políticos sobre la concepción fundamental de democracia y Estado de Derecho».

Asimismo, AfD también debería suponer un toque de atención para Berlín al respecto de que el diktat germano haya impuesto los ritmos de las políticas económicas y comunitarias al resto de países de la Unión Europea; la prepotencia con la que el Gobierno alemán ha defendido algunas de sus inflexibles posturas sobre la crisis de deuda, los rescates y la austeridad como presunto camino «sin alternativa» a la crisis financiera parece ahora tener también un precio en la política interna del país más rico y poderoso de la Unión Europea. El surgimiento de AfD puede ser interpretado, en efecto, como quién sabe si la última oportunidad para salvar a la Unión Europea a través de la redefinición del papel que debe jugar en el bloque comunitario Alemania, un país sin el que el proyecto europeo no sólo habría sido y será impensable, sino también imposible.

3. ¿Quién es quién en AfD?

Quien piense que AfD, por ser un partido de orientación autoritaria, hiperconservadora y tradicionalista, sigue ciegamente a un líder indiscutible y está libre de las peleas tribales e intestinas, se equivoca. Lejos de ser una formación en la que la estructura jerárquica lo es todo, AfD es un partido en el cual, prácticamente desde su misma fundación, la lucha entre facciones ha sido un elemento fundamental para entender su idiosincrasia. Una esencia que va escoltada por la evolución desde las posturas nacionalistas y euroescépticas originarias hasta su actual ultraderechismo sin ambages. En este capítulo trazamos una reconstrucción de lo que ha sido esa evolución ideológica y de cómo se ha desarrollado una lucha interna por el poder todavía inacabada.

3.1. El conflicto interno como esencia

4 de julio de 2015. AfD atraviesa los peores momentos desde la fundación del partido apenas dos años antes. La división y el caos son tan grandes en sus filas que el congreso previsto para mediados de junio en la ciudad de Kassel tiene que aplazarse. La joven formación se enfrenta a un congreso en la ciudad de Essen decisivo para su futuro próximo. La facción euroescéptica, liberal y conservadora, liderada por el todavía presidente del partido, Bernd Lucke, se opone a la facción más nacionalista y derechista, encabezada por Frauke Petry, líder de AfD en el Estado oriental de Sachsen. En esos días que ahora parecen tan lejanos, Petry es la figura ascendente en las filas de la formación y la máxima representante de una radicalización nacionalista y xenófoba aparentemente imparable en AfD.

Essen es, por tanto, el campo de batalla donde se enfrentarán dos visiones del partido diferentes e incompatibles: por un lado, está la concepción originaria, representada por el cofundador Lucke y los suyos, que se ofrecen ante los delegados como garantes de los valores políticos con los que la formación fue fundada; según esta facción, AfD debe mantener las tres banderas fundamentales de su discurso político: el partido debe defender posiciones nacionales, conservadoras y liberales desde el euroescepticismo militante y la crítica a las políticas económicas y europeas de la canciller Merkel, pero también distanciarse sin reservas del ultranacionalismo, la islamofobia y las tendencias claramente ultraderechistas, cada vez más fuertes dentro del partido. Estas últimas posiciones llegan a Essen representadas por Frauke Petry y Alexander Gauland, dos miembros de la ejecutiva cuyo objetivo en este primer gran congreso de AfD es claro: desbancar a Lucke de la presidencia y dar un giro aún más a la derecha a la dirección para integrar a las fuerzas ultraderechistas y etnonacionalistas que el todavía presidente del partido quiere expulsar.

Entre sudores y visiblemente nervioso. Así comienza Lucke su intervención en el congreso. Ya antes de arrancar su discurso de bienvenida, los silbidos y los «buuuh» de desaprobación dejan claro que el cofundador de AfD lo va a tener muy difícil para salir políticamente vivo de la cumbre. Lucke llega a Essen con una declaración titulada Weckruf 2015 bajo el brazo. Es la iniciativa con la

que el académico, economista, eurodiputado y exmilitante de la CDU quiere evitar que su partido tome definitivamente la senda ultraderechista para abandonar el conservadurismo euroescéptico que su facción defiende: «Con esta iniciativa queremos virar el destino de AfD hacia un buen puerto»[26], reza la declaración dirigida a los delegados. «Está en nuestra mano: con su amplio apoyo, podemos y queremos seguir dedicándonos en el futuro a AfD como un partido que representa valores realistas y constructivos, así como posiciones conservadoras y sociales. (…) Nosotros sólo podemos ser miembros de un partido así. AfD no puede tener éxito si algunos de sus líderes siguen intentando forzar los márgenes políticos e integrar también a fuerzas radicales. (…) No tenemos nada en común con esas posiciones. Así como tampoco las tenemos con oportunistas que se han unido a esas fuerzas». La página web[27] con la que Lucke lanzó a la red su iniciativa política está hoy semivacía y desactualizada, una perfecta metáfora de cuál iba a ser su destino: la más absoluta de las derrotas que arrojaría a Lucke y a los suyos a una rotunda insignificancia y a la desconexión de la primera línea política alemana y europea.

«Debemos ocuparnos de manera inequívoca de que en nuestras filas no haya sitio para la xenofobia, la intolerancia y el ultraderechismo así como no lo hay para el radicalismo de izquierda, para posiciones antioccidentales o anticapitalistas». Esta fue la frase que más silbidos y abucheos cosechó durante el discurso de apertura de Lucke en Essen. También hubo aplausos, pero fueron minoría. Antes incluso de que el debate político arrancase, las reacciones a la intervención de bienvenida de Lucke dejaban claro que el encuentro acabaría con los esfuerzos de la facción más moderada de frenar la definitiva deriva radical de AfD que, desde entonces y hasta ahora, ha hecho del partido una fuerza netamente ultraderechista. Mientras, Frauke Petry y Alexander Gauland, sentados en la mesa presidencial del congreso sin regalar su mirada a Lucke, ofrecían una expresión que mezclaba impavidez y satisfacción a partes iguales. Los defensores de las tesis ultras parecían saberse ganadores incluso antes de iniciar el combate.

A Petry, Gauland y a los representantes del ala más nacionalista del partido, la crítica al euro y el conservadurismo liberal originarios pronto les supieron a poco. Para los nacionalconservadores y los etnonacionalistas había una serie de temas fundamentales que iban más allá del rechazo a la moneda común, el euroescepticismo y la recuperación del marco alemán: la redefinición de la identidad nacional, la defensa de la familia tradicional, el freno a la inmigración, el rechazo rotundo del islam por ser una religión con supuestas pretensiones políticas, la denuncia del déficit democrático que presuntamente sufre la República Federal o el cuestionamiento de

la política exterior germana[28] debían ser para los futuros dominadores de AfD otros de los temas fundamentales del partido protesta. Y para ello, debían establecer su propia agenda mientras los partidos tradicionales seguían ensimismados y enzarzados en las batallas de siempre.

«Si queremos desarrollarnos como partido, tenemos que preguntarnos cómo queremos conseguirlo», dijo Petry en una de sus intervenciones en Essen. «Cuando uno no tiene un propio canal mediático, como muchos grandes partidos que cuentan con una gran presencia en los diarios y en otros medios, entonces hay que ser el primero en atender un tema, mantener esa línea y no asustarse cuando el viento viene de contra. Y esto vale para asuntos como la disolución de la Eurozona o las críticas a la Unión Europea, pero también para temas como una política exterior equilibrada en el medio de Europa que incluya a Rusia, que se exprese crítica con las sanciones…». Los aplausos de los delegados obligan a Petry a guardar unos segundos de silencio: «Y también mostrarse críticos cuando hay problemas masivos de integración por la simple razón de que una religión como el islam nos es absolutamente ajena y también incompatible con la Constitución alemana». La ovación de la audiencia es en esta ocasión tan ruidosa que parece unánime.

2.047. Esa fue la cifra de votos que recibió Frauke Petry para convertirse en nueva presidenta de AfD en el previsible desenlace del congreso de Essen. 60 por ciento de todos los delegados presentes la apoyaron. La facción radical, ultraderechista, islamófoba y ultranacionalista se imponía así a Lucke, que sonreía ante el auditorio aunque supiera ya que sus días en el partido estaban contados. Tras perder estrepitosamente la votación por el liderazgo del partido que él mismo había levantado, Lucke decidió abandonar el escenario que presidía el congreso de Essen. En plena retransmisión en directo, se dirigió al plató que el canal de televisión privado Phoenix tenía instalado en el centro de congresos para sorpresa del reportero, que en ese momento entrevistaba a un politólogo sobre el posible futuro de AfD tras la victoria del ala más radical. Lucke no se anduvo con rodeos ante las cámaras: «Petry ha dicho que considera que el islam es una religión enemiga del Estado, y yo considero que esa es una expresión islamófoba y una exclusión de los conciudadanos musulmanes. Yo no quiero ser relacionado con ese tipo de política». «Después de lo que hemos vivido y oído hoy aquí, ¿tiene usted miedo de que AfD se convierta en una especie de Frente Nacional?», preguntó acto seguido el periodista. «Lamentablemente, sí», respondió lacónico el derrotado Lucke[29]. Pocos días después, abandonaba definitivamente el partido para caer en el olvido. La carrera política del exmiembro de la CDU en

AfD era historia. Pero la formación, ya claramente decidida por la vía ultra, siguió su camino de éxitos electorales cosechados en comicios regionales. El partido se deshacía de su primer líder como quien se deshace de una carga incómoda, de un simple estorbo, para seguir instalándose paulatinamente en el tablero político alemán cada vez desde posiciones más ultraderechistas.

«Las raíces de la vieja AfD siguen creciendo en la nueva AfD», escribe la periodista alemana Melanie Amann. «No hay ninguna ruptura entre el antiguo partido de profesores y el partido de xenófobos, son una y la misma cosa. Eso se demuestra en el simple hecho de que muchos funcionarios de la primera hora de la formación sigan en la dirección federal». Este párrafo de su libro Angst für Deutschland[30] deja en evidencia que la expulsión de Lucke del partido fue tan sólo una consecuencia lógica de la mayoría ultraderechista dentro de AfD prácticamente desde su fundación. La batalla entre el ala euroescéptica, liberal y conservadora encarnada por Lucke y la facción más ultraderechista, nacionalista, xenófoba e islamófoba nunca fue realmente necesaria.

En realidad, y como bien explica Amann, la batalla de Essen estuvo decidida de antemano a pesar de que Lucke ni siquiera lo supiera. La facción etnonacionalista conocida como «Der Flügel»[31], encabezada por figuras como Björn Höcke —líder del partido en el Estado de Thüringen, cuyos discursos rozan el neonazismo— y André Poggenburg —líder de AfD en el Estado de Sachsen-Anhalt y actual miembro de la dirección federal—, publicó en internet una declaración en marzo de 2015, pocos meses antes del congreso de Essen. La bautizada como «Resolución de Erfurt»[32], cuyos autores animaban a firmar a todos los militantes, es toda una declaración de intenciones así como un claro indicador de hacia dónde se dirige el partido: «El proyecto de Alternativa para Alemania está en peligro. (…) Los ciudadanos nos votaron porque esperan que seamos diferentes a los partidos establecidos: más democráticos, más patriotas, más valientes. Sin embargo, en lugar de ofrecer la alternativa que prometimos, cada vez nos adaptamos más y sin necesidad a la maquinaria de la política establecida, a la tecnocracia, la cobardía y la traición a los intereses de nuestro país».

Alexander Gauland, exmilitante de la CDU, miembro del ala nacionalconservadora y de la dirección federal del partido y uno de los padres indiscutibles de la formación, firmó la resolución a mediados de marzo. Una firma que dejaba claro que la derrota del ala pragmática era cuestión de tiempo. La resolución, que no cita a Lucke pero que va definitivamente dirigida contra sus esfuerzos de mantener

a AfD en el carril de la relativa moderación, lanza un mensaje meridiano: si AfD se acomoda en el tablero de partidos políticos tradicionales y se deja instrumentalizar por ellos, firmará su sentencia de muerte. La formación debe mantener su discurso de oposición al establishment desde posiciones patrióticas, antielitistas, ultraderechistas. Una postura que AfD no ha abandonado hasta hoy con sorprendente éxito electoral. El discurso de la enmienda a la totalidad del sistema, de la oposición fundamental a lo establecido, parece no tener vuelta atrás: sus dirigentes saben que las bases nunca se lo permitirían, y mientras el partido siga cosechando relativos éxitos electorales, la hoja de ruta estará marcada.

22 de abril de 2017. No han pasado ni diez minutos desde que Jörg Meuthen, copresidente de AfD, comenzase su discurso de bienvenida y tanto el nombre de la reportera Amann como el título de su polémico libro ya hacen acto de presencia en el congreso del partido ultra celebrado en Colonia. «Tras una larga investigación, la periodista Melanie Amann ha escrito un libro sobre nosotros, la Alternativa para Alemania», dice el profesor y doctor en Economía del rico Estado sureño de Baden-Württemberg[33] con un tono de paternalista desprecio que difícilmente puede ocultar. «En ese libro se insinúa que nosotros, los miembros de AfD, somos Angstbürger[34], que el miedo es lo que une a nuestro partido. Pero lo digo alto y claro: este análisis es erróneo. Quien en este país y bajo estas condiciones se adhiere a AfD, lucha por el partido, en la calle o allá donde haga política, no puede ser miedoso». Aplauso cerrado. La sensación que en ese momento debió de tener la periodista de Der Spiegel, acreditada en el congreso de Colonia, difícilmente sería envidiada por otro compañero de profesión presente en la sala.

Tras el de Essen en 2015, el congreso de Colonia ha sido hasta el momento la segunda cumbre política más importante para definir el rumbo político que seguiría AfD y también para poder distinguir las diferentes facciones existentes dentro de la formación. Resuelto el cisma entre moderados euroescépticos y ultraderechistas en favor de estos últimos, el partido llegaba a la cumbre con dos objetivos fundamentales: aprobar el programa electoral para las elecciones federales del 24 de septiembre de 2017[35] y acabar con el lamentable espectáculo protagonizado por las diferentes facciones existentes dentro del partido. Colonia escenificaba el enfrentamiento entre dos grandes posiciones: el ala nacionalconservadora que apostaba por una vía más pragmática y pactista con los viejos partidos —liderada por Frauke Petry—, y la facción también nacionalconservadora pero defensora de la llamada «oposición fundamental» —crítica frontal al establishment partitocrático que

excluye la posibilidad de coalición con los viejos partidos— y dispuesta a pactar con las posiciones etnonacionalistas más fundamentalistas de la formación.

«Yo sé que en nuestras filas también hay pesimistas que caen en el pánico por nuestras disputas internas», reconoció Meuthen en su primer discurso, «y que con cada retroceso en las encuestas de intención de voto temen el hundimiento de nuestro partido. Y yo les pregunto: ¿de qué tienen realmente miedo? ¿De las discrepancias? ¿Adónde habríamos llegado si hubiésemos evitado toda discrepancia? ¿Qué partido seríamos si apoyásemos a candidatos y presidentes con el cien por cien de aprobación, como ocurre en el SPD con Martin Schulz[36]? Eso sólo pasa en Corea del Norte. Ni siquiera en la RDA[37] era así: ahí por lo menos tenían el pudor de elegir a Honecker[38] con el 99,78 por ciento de los votos. En el SPD es el cien por cien. ¡Kim Jong Schulz, bienvenido a Alemania!».

Risas y aplausos a partes iguales. Meuthen intentaba tapar con algo de provocativo humor en clave electoral un problema grave para AfD: las disputas internas estaban desangrando las expectativas electorales de AfD que, tan sólo hace unos meses en medio de la llamada crisis de refugiados, alcanzaba resultados de dos dígitos en las encuestas. Todo un terremoto político para Alemania que se estaba echando a perder por las guerras intestinas que el partido ni siquiera podía disimular en el espacio público. El congreso de Colonia tenía así como principal objetivo enterrar, al menos hasta las elecciones federales de septiembre de 2017, las luchas fratricidas del partido. AfD debía llegar primero al Bundestag para seguir a continuación con la redefinición de su identidad política.

«Queridos amigos, este fue un congreso complicado. Querida Frauke Petry, sé que ayer usted tuvo un día difícil. Pero la necesitamos en el partido…». Los aplausos de aprobación de los delegados no evitaron que la todavía líder de AfD estuviera a punto de romper en lágrimas. Petry acababa de perder su órdago contra los sectores críticos. Antes del congreso de Colonia, la líder de AfD en el Estado de Sachsen y coportavoz del partido había anunciado en un videomensaje[39] difundido en internet que renunciaba a presentarse como candidata a canciller a las próximas elecciones federales. Petry daba un paso atrás para intentar dar dos hacia delante: la carismática y ambiciosa líder pretendía instalar un debate en el partido para decidir si AfD apostaba por participar en posibles gobiernos de coalición en el futuro próximo, tal y como ella defiende, o prefería seguir el camino de la llamada «oposición fundamental» al establishment y la partitocracia con la esperanza de alcanzar algún día mayorías electorales suficientes para

gobernar y transformar el país.

Petry ponía a AfD ante la disyuntiva de elegir una vía más pragmática y pactista o seguir la senda abiertamente ultraderechista y antiestablishment. La propuesta de debate ni siquiera fue aceptada en el orden del día del congreso por una mayoría de delegados. Frauke, que pocos meses antes parecía en disposición de ganar cómodamente la batalla de «yo o el partido», perdía definitivamente el pulso. Los gritos de «Frauke, Frauke…» de los delegados apenas podían consolar a Petry que, sin duda, tenía motivos de sobra para sollozar.

El nacionalconservador Alexander Gauland y la ultraliberal y hasta ese momento perfecta desconocida Alice Weidel eran elegidos como dúo para encabezar la candidatura electoral de AfD para los comicios federales del 24 de septiembre de 2017. Una vez más, y como ya le había ocurrido a Bernd Lucke en el congreso de Essen de 2015, la cabeza del partido perdía la pelea por el control de AfD tras haber malgastado previamente la confianza de las bases. Petry, que sin duda se había destapado como una oportunista, veía así frenada en seco su carrera política en AfD que, una vez más, giraba un poco más a la ultraderecha mientras el sector etnonacionalista se frotaba la manos.

«A menudo me preguntan qué es lo que realmente queremos. Y yo digo que queremos mantener el país que heredamos de nuestras madres y padres, que queremos mantener nuestra patria, que queremos mantener nuestra identidad y que estamos orgullosos de ser alemanes». Estas palabras de Gauland en su primer discurso oficial como candidato a la cancillería ponían negro sobre blanco el lanzamiento a la campaña de AfD para entrar en el Bundestag con un discurso hipernacionalista y ultraderechista sin concesiones. La joven formación se despedía así definitivamente del consenso político nacido sobre las ruinas del país tras la Segunda Guerra Mundial; un consenso que desterraba la dialéctica patriótica y nacionalista de la centralidad política alemana, una dialéctica que ahora estaba de vuelta en la arena política de la mano de AfD. Alice Weidel, del ala económica ultraliberal, no se apartó ni un milímetro de esa línea ultrapatriótica en su primer discurso como candidata: «Somos el único partido que defiende Alemania en la República Federal, (…) digámosles a los electores que si quieren más inmigración en el sistema social, voten negro, rojo o amarillo[40], pero que si no la quieren, voten AfD, (…) quiero disfrutar con mi familia de los mercados navideños en un ambiente pacífico, (…) como mujer, quiero poder tomar el último tren de la noche, no queremos ver importadas guerras civiles en las calles de Alemania y recomiendo devolver a cada uno de los seguidores de Erdogan a Turquía, al sistema de valores al cual pertenecen. Y todo

esto gracias a una política migratoria irresponsable, si es que todavía podemos llamar a eso política».

Entusiastas aplausos. La hoja de ruta ultraderechista de AfD quedaba así más claramente que nunca establecida.

En el congreso de Colonia se enfrentaron dos tendencias que hasta el día de hoy siguen disputándose el poder dentro de AfD: el ala pragmática o realista, que intenta ofrecer una cara más moderada del innegable ultraderechismo que domina el partido con la vista puesta en posibles coaliciones de gobierno con los viejos partidos, y el ala ultraderechista y etnonacionalista, que aboga por la llamada «oposición fundamental» al sistema y al estado de las cosas desde posiciones que a menudo rayan con el neonazismo. Esa es la dicotomía que al menos se proyecta de puertas hacia fuera. Sin embargo, esa divergencia dicotómica parece más complicada si se analizan los discursos y movimientos de las diferentes figuras relevantes. AfD es una realidad política compleja en la que hay más grises que blancos y negros. Tras los dos grandes congresos organizados hasta ahora por AfD y expuestos en este capítulo, nosotros distinguimos entre sus filas al menos tres grupos: los nacionalconservadores, los ultraliberales —en lo económico— y los etnopatriotas o etnonacionalistas.

Melanie Amann, profunda conocedora de las entrañas del partido ultra, ofrece otros tres linajes políticos que no necesariamente excluyen o anulan nuestra categorización. Para Amann, hay tres familias claramente distinguibles: los ideólogos, los oportunistas[41] y los idealistas. Los primeros pretenden transformar el país para adaptarlo a sus concepciones ultranacionalistas en busca de una revolución neoconservadora; los segundos quieren hacer uso del partido para proyectar sus carreras personales y para ello están dispuestos a aceptar la deriva netamente ultraderechista a pesar de que no estén ideológicamente convencidos de ella; y los terceros, que fundamentalmente conforman las bases de la formación, representan la visión más dogmática y militante de las ideas ultras que dominan AfD desde el congreso de Essen. Los ideólogos y los oportunistas dominan la dirección y los puestos de responsabilidad, pero los congresos de Essen y Colonia demostraron que hacerse con el poder y mantenerlo es misión imposible en AfD sin el apoyo de los idealistas. La expulsión de Lucke y la caída de Petry son pruebas inequívocas de ello.

3.2. Las caras visibles del partido

Una vez establecidas las facciones distinguibles dentro de AfD, pasamos a ofrecer unas descripciones de las principales figuras directivas y líderes de la formación. Son las caras visibles de AfD, de ellas depende una comunicación política que conduzca al partido al éxito o al fracaso.



LAS FACCIONES DE AFD

IDEÓLOGOS

ALICE
WEIDEL

ULTRALIBERALES
(EN LO ECONÓMICO)

NACIONAL-
CONSERVADORES

BEATRIX
VON STORCH

MARCUS
PRETZELL

FRAUKE
PETRY

ALEXANDER
GAULAND

JÖRG
MEUTHEN

OPORTUNISTAS

ETNONACIONALISTAS
(O ETNOPATRIOTAS)

IDEALISTAS

BJÖRN
HÖCKE

ANDRÉ
POGGENBURG

Alexander Gauland (Chemnitz, 1941) [42]

es exmilitante de la CDU de Merkel, partido con el que llegó a ocupar una secretaría de Estado bajo la presidencia del primer ministro democristiano Walter Wallmann en el Estado federado de Hessen. También trabajó en la industria de los medios como editor y gerente del diario Märkische Allgemeine Zeitung, con sede en Potsdam. Ha jugado un papel referencial dentro del partido como jefe de la facción parlamentaria de AfD en el Estado federado de Brandenburg, región en la que los ultras consiguieron un nada despreciable 12,2 por ciento de los votos en las elecciones regionales celebradas en septiembre de 2014. Diferentes perfiles publicados por la prensa alemana lo describen como un conservador siempre enfundado en clásicas chaquetas de tweed, prudente y poco amante de la primera línea de fuego en el mundo de la política. Al menos, hasta que decidió abandonar en 2013 la CDU para unirse a AfD. A partir de ahí, el discurso público de Gauland giró innegablemente hacia la derecha y el nacionalismo. Preguntado en una conferencia en Berlín sobre si el pueblo alemán debía sentir vergüenza colectiva por los crímenes cometidos por el régimen nacionalsocialista erigido por Adolf Hitler, Gauland contestó: «El peor crimen cometido por Hitler, aparte del asesinato de judíos, fue robarle la identidad a los alemanes». El co-candidato a la cancillería en las elecciones federales de septiembre de 2017 puede ser considerado como una especie de padre de AfD y un ideólogo referencial dentro del partido; Gauland pertenece, sin lugar a dudas, al ala nacionalconservadora dispuesta a pactar con la facción etnonacionalista más ultra. Juega un papel central en la organización y orientación del partido.



Frauke Petry (Dresde, 1975)

es la coportavoz de AfD desde 2015. Esta doctora en Química y exempresaria, en cuya biografía muchos encuentran paralelismos con la de la canciller Angela Merkel, es además la líder del partido en Sachsen. El partido ultra consiguió en ese Estado oriental el 9,7 por ciento de los votos en las elecciones regionales celebradas en agosto de 2014. Tuvo cuatro hijos con un pastor protestante, del que se divorció después del inicio de su carrera política en AfD. Políglota —habla inglés y francés de manera fluida—, Petry es sin duda una figura competente, combativa y también muy ambiciosa. Hasta el último congreso de Colonia, era considerada la líder indiscutible de AfD, además de su cara más visible y carismática. Sin embargo, el órdago político le salió mal y ello debilitó claramente su posición. Petry

intenta combinar una apariencia de relativa moderación nacionalconservadora con calculadas salidas de tono con las que parece querer contentar al ala etnopatriota. Llegó a decir que la policía fronteriza debería abrir fuego contra los refugiados que intentaran entrar ilegalmente al país como última medida para defender las fronteras alemanas[43]. Hasta el congreso de Colonia, Petry parecía una sólida integrante del ala nacionalconservadora de AfD; sin embargo, su fracasado intento de obligar a las bases a elegir entre ella o el partido la destapó como una oportunista más preocupada por su carrera política que por los intereses ideológicos de las facciones nacionalconservadora y etnonacionalista. Su actual marido, Marcus Pretzell —líder de AfD en Nordrhein-Westfalen—, con el que Petry comparte un hijo, ha jugado un papel fundamental para poder distinguirla como una integrante de la facción arribista en lugar de una líder convencida de los valores nacionalconservadores o etnopatriotas que predominan en AfD.



Marcus Pretzell (Rintel, 1973)

es uno de los dos eurodiputados que le quedan a AfD. El partido obtuvo siete en las últimas elecciones europeas en 2014. Tras la primera y hasta ahora única escisión sufrida por AfD tras el abandono de Bernd Lucke, este último y cuatro eurodiputados más fundaron su propio partido y se integraron en la facción conservadora del Europarlamento. Pretzell se encuadró entonces en la facción ultraderechista, la de la Europa de las Naciones y las Libertades, en la que también está el Frente Nacional de Le Pen, los austriacos de FPÖ o la xenófoba Lega Nord italiana, entre otras fuerzas ultras europeas cuyo objetivo fundamental es dinamitar la Unión Europea desde sus mismas entrañas. Tras un breve paso por la presidencia federal del partido, Pretzell se convirtió en junio de 2014 en líder de AfD en

Nordrhein-Westfalen. En mayo de 2017 el partido consiguió un 7,4 por ciento de los votos en las regionales de ese Estado clave[44]. Este jurista y exempresario es una de las figuras más controvertidas del partido: sus antiguas empresas están rodeadas por especulaciones sobre irregularidades financieras, así como también lo está su gestión del partido en Nordrhein-Westfalen. Desde que Petry y Pretzell oficializasen su relación, los medios alemanes informan sobre un dúo político inseparable —conocido como «Doppel P» dentro de AfD, como cuenta Melanie Amann en su libro— que desata cada vez más malestar y suspicacias en las filas y en las bases del partido. Pretzell es, sin lugar a dudas, el miembro más destacado de la facción de oportunistas o arribistas.



Björn Höcke (Lünen, 1972)

es un padre de cuatro hijos y profesor de secundaria metido a la política profesional de la mano de AfD. Desde 2013 es el portavoz y líder del partido en Thüringen, Estado en el que obtuvo el 10,6 por ciento de los votos en las regionales de septiembre de 2014. Höcke es, por tanto, un funcionario de AfD desde la primera hora de la formación. Es, además, el principal generador de escándalos en las filas del partido, el indiscutible enfant terrible pardo de la joven ultraderecha alemana. «Nosotros, es decir, nuestro pueblo, es el único del planeta que ha plantado un memorial de la vergüenza en el corazón de su capital», dijo a principios de 2017 haciendo referencia al monumento para recordar a las víctimas del Holocausto perpetrado por la Alemania nacionalsocialista. Posteriormente pidió perdón públicamente por el «error» cometido tras asegurar que su declaración había sido malentendida. En realidad, no hace falta buscar demasiado en internet para encontrar decenas de vídeos en los que Höcke deja meridianamente claras sus posiciones políticas: la victimización sistemática del pueblo alemán, el hipernacionalismo de tintes étnicos y rayanos con el neonazismo, el más vulgar racismo y darwinismo social disfrazado de presuntos argumentos científicos. «Los países de África necesitan de las fronteras alemanas y europeas para alcanzar una política demográfica ecológicamente sostenible», dijo Höcke en una conferencia ofrecida en el Institut für Staatspolitik (IfS)[45]. «La evolución ha deparado a Europa y a África dos estrategias reproductivas diferentes, algo muy comprensible para cualquier biólogo». Este es el tipo de argumentos que utiliza a la hora de defender el cierre de las fronteras para proteger la identidad —y suponemos que también la pureza de sangre— del pueblo alemán. Para Höcke, la globalización y la mundialización son las grandes enemigas del futuro de su «patria». El hecho de que no forme parte de la dirección federal le permite generar periódicamente escándalos que mantengan contentas a las bases más idealistas y ultras del partido. Es la figura incómoda que AfD necesita para alimentar la radicalidad de una parte nada despreciable de su militancia y electorado. Höcke es el principal representante del ala etnonacionalista del partido. Más a la derecha de esa facción, sólo están partidos neonazis como el NPD. No en vano, hace tiempo que corren especulaciones sobre que Höcke se escondió durante varios años tras el pseudónimo de «Landof Ladig» para escribir en publicaciones editadas por la formación neonazi[46]. Algunos analistas incluso observan paralelismos entre el estilo dialéctico y demagógico de Höcke y el de Joseph Goebbels, el ministro de Propaganda del hitlerismo.



André Poggenburg (Weißenfels, 1975)

trabajó más de veinte años como obrero y comercial antes de comenzar su carrera política en otoño de 2013. Antes de ello, nunca perteneció a otro partido. Actualmente es el líder y cabeza de lista de AfD en su natal Estado de Sachsen-Anhalt (Alemania oriental), en el que AfD consiguió su hasta ahora mejor resultado electoral: con 24,3 por ciento de los votos, fue la segunda fuerza más votada —holgadamente por delante de los socialdemócratas del SPD, que se quedaron con el 10,6 por ciento— en las elecciones regionales celebradas en marzo de 2016. Poggenburg, fiel aliado de Björn Höcke, es el único representante de la facción etnonacionalista en la dirección federal del partido. Diferentes perfiles de la prensa alemana lo presentan como «el populista simpático», como «el hombre que hace

que la radicalidad parezca normalidad»[47]; Poggenburg es, sin duda, la cara amable del ala más ultraderechista de AfD y el caballo de Troya de las bases idealistas, dogmáticas y militantes en lo más alto de la joven formación ultra. Una cara amable que, sin embargo, no siempre es capaz de esconder su agresiva retórica. Esto dijo en un acto de campaña electoral en Sachsen-Anhalt: «No tenemos tanto tiempo. Alternativa para Alemania es realmente la última oportunidad de alcanzar un cambio por vías pacíficas y parlamentarias. Si no lo conseguimos, entonces nos amenaza la absoluta pérdida de la identidad alemana, nos amenazan situaciones similares a la guerra civil en Alemania. Sed conscientes de ello».



Jörg Meuthen (Essen, 1961)

es economista, profesor de Economía Política y Administración en diferentes escuelas superiores de Alemania, y además padre de cinco hijos. Llegó a trabajar como asesor y experto en cuestiones económicas para el ministerio de Finanzas de Hessen. Meuthen combina esa actividad académica con la copresidencia de AfD, partido al que se afilió en 2013 tras haber simpatizado durante largo tiempo con los liberales de FPD. Actualmente, es el líder de la formación en el sureño y próspero Estado de Baden-Württemberg, en el que el partido ultra consiguió bajo su dirección más de un 15 por ciento de los votos en las últimas elecciones regionales de marzo de 2016. Asegura representar valores conservadores, liberales y nacionales; es decir, los valores fundacionales de AfD. Es, como Alexander Gauland, un claro miembro de facción nacionalconservadora dispuesto a tolerar las tendencias etnonacionalistas existentes en AfD, e incluso a pactar con ellas. Ha dicho en numerosas ocasiones que aunque no esté de acuerdo con todas las posturas que hay dentro de su partido, hay que respetarlas. Es una de las figuras que permiten dar un barniz de cierta moderación a la esencia ultraderechista de AfD. Sin embargo, con el fortalecimiento de la radicalidad del partido, Meuthen se ha visto cada vez en mayores dificultades para relativizar las salidas de tono de miembros de su partido como Höcke o Poggenburg. Meuthen se destapa así cada vez más claramente como una simple coartada nacional-liberal y tal vez también como una figura con ciertas tendencias arribistas.



Alice Weidel (Gütersloh, 1979)

es una doctora en Economía con larga experiencia en la empresa privada, en la que destaca su paso por el banco de inversión Goldman Sachs, así como una estancia de varios años en China durante la que aprendió mandarín. La biografía y el currículo de Weidel son, por tanto, producto de la globalización. Sin embargo, decidió afiliarse ya en 2013 a AfD, un partido que pone en entredicho las presuntas bondades de la mundialización económica. Fue la crítica frontal al euro la que llevó a Weidel al partido ultra; en el último congreso de Colonia fue elegida por los delegados, junto con el nacionalconservador Alexander Gauland, como candidata a la cancillería en las elecciones federales de 2017. La vida privada de Weidel es fundamental para entender su proyección pública: es

lesbiana y vive con su pareja en el Bodensee, una región del sur de Alemania que linda con Suiza. Allí crían a dos hijos. Weidel es, por tanto, una outsider dentro de su propio partido, en el que hay un amplio consenso contra lo que los ultras han bautizado como Genderwahn («locura de género») o Gender Ideologie («ideología de género»); es decir, la presunta conspiración colectiva contra la familia tradicional —padre, madre e hijos— gracias a posturas sociales predominantes que defienden la libertad individual de elegir y vivir libremente la orientación sexual y la identidad de género. Sus compañeros de partido siempre responden que Weidel separa la vida privada de la carrera política; sin embargo, es evidente que la candidata e integrante de la dirección federal presenta fuertes contradicciones dentro de AfD. Es una paradoja que permite crear un espejismo de tolerancia y diversidad dentro del partido ultra. Las contradicciones de Weidel la destapan, en nuestra opinión, como una de las representantes destacadas del ala oportunista. Para ella, lo fundamental parece ser la carrera profesional, y para ello está dispuesta a asumir la dialéctica ultra. Weidel es la referente del partido en cuestiones económicas. Con su discurso, sabe disfrazar el hipernacionalismo con un lenguaje tecnócrata y competente. Preguntada en una rueda de prensa sobre su idea de Estado de bienestar y las ayudas sociales, Weidel dijo: «No podemos tener una política de fronteras abiertas y al mismo tiempo un sistema de seguridad social sostenible. Es imposible, porque cada vez tendremos más receptores de ayudas»[48].



Beatrix von Storch (Lübeck, 1971)

es una jurista y abogada especializada en legislación sobre insolvencia y concursos de acreedores. Si en Alemania la nobleza todavía existiese, sería duquesa de Oldenburg. Su abuelo materno fue, además, ministro de Finanzas de Adolf Hitler. Milita en AfD desde abril de 2013, por tanto, es una funcionaria del partido de primera hora. En mayo de 2014 fue elegida como eurodiputada con AfD, cargo que hoy sigue ocupando en el Grupo Europa de la Libertad y la Democracia Directa del Europarlamento, facción donde se encuadran euroescépticos como el Partido de la Independencia del Reino Unido o el italiano Movimiento 5 Estrellas. También es integrante de la federación de Berlín, ciudad-Estado en el que tiene su domicilio y sus oficinas, y de la dirección federal del partido. La periodista Melanie

Amann la describe como una figura clave en el futuro próximo de la formación ultra: «Ha encontrado la combinación perfecta de interés personal e ideología pura y dura con un uso óptimo de las redes sociales. Su crítica del género la convierte en compatible con los ideólogos, y su pragmatismo, en compatible con los arribistas. A largo plazo su ascenso a número uno del partido será difícil de frenar»[49]. Beatrix von Storch es una figura central en el tablero ideológico de AfD porque en su discurso sabe combinar a la perfección elementos económicos neoliberales, posiciones nacionalconservadoras y salidas de tono encauzadas a través de sus redes sociales que buscan la complicidad del ala etnonacionalista: «¿Tal vez la próxima vez debería jugar de nuevo la selección nacional alemana?», escribió en su cuenta de Twitter tras la eliminación de Alemania ante Francia en la última Eurocopa de fútbol, dejando entrever que los jugadores de la selección con trasfondo migratorio no eran lo suficientemente alemanes para representar correctamente al país. Beatrix von Storch nos concedió una entrevista a finales de marzo de 2016. Este fue el resultado.

3.3. Entrevista con Beatrix von Storch: «El islam determina el futuro de Europa»

«La ideología de género. Que no te conviertan en mono», «El islam pertenece a Alemania, ¿no? Todo lo que deberías saber sobre él…». Son los titulares de portada de las dos revistas que nos reciben al entrar a la pequeña oficina que Beatrix von Storch tiene en el céntrico y gentrificado distrito berlinés de Mitte. La revista Z für Zukunft[50] nos ofrece algunas de las claves que nos esperan en la conversación de una hora que está a punto de comenzar con esta eurodiputada de AfD: Alemania y las naciones de Europa se acercan peligrosamente al precipicio si no reaccionan ante la nomenclatura intervencionista de Bruselas, ante la decadencia del liberalismo occidental y, sobre todo, ante la presuntamente imparable islamización que está sufriendo el Viejo Continente.

Señora Von Storch, poco después de su fundación hace tres años, AfD se presentó como un partido liberal, nacional y conservador. ¿Seguiría usted calificando así al partido?

Sí, como liberal, conservador, burgués y patriótico. Así lo calificamos nosotros. Eso es algo que no ha cambiado con nuestro programa. Ahora contamos con un programa que representa todos esos valores y parámetros.

¿Es el concepto «patriótico» algo que llegó al partido tras la salida de la formación de Bernd Lucke, el líder de AfD hasta 2015 y ahora exmiembro del mismo?

No, eso es algo que siempre estuvo presente en la base. Los miembros de nuestro partido son muy de la opinión de que en Europa deberíamos vivir con amistad y una buena relación con nuestros vecinos, pero también de que cada país tiene el derecho a representar

sus propios intereses. Y al final el resultado de esa combinación es lo mejor para todos. A diferencia del nacionalismo, el patriotismo significa amar a tu propio país pero sin imponerse al resto de países. El nacionalismo supone elevar a tu país por encima del resto. Y eso es algo que nosotros no queremos.

Usted y otros miembros de AfD definen a su formación como un partido de trabajadores, de la gente sencilla…

Somos un Volkspartei [partido popular], y ello significa tener diversidad tanto en los temas que cubrimos como en el tipo de gente a la que nos dirigimos. Ello también lo vemos en nuestros votantes y en nuestros potenciales votantes. Es decir, nosotros nos dirigimos a la gente sencilla pero también a la burguesía situada en el centro de la sociedad, y también al sector de centro y conservador. Ahí está nuestra diversidad. Los datos muestran que recibimos votos de antiguos votantes socialdemócratas del SPD, también muchos del partido de La Izquierda y de los democristianos de la CDU, como fue el caso en las recientes elecciones regionales del Sarre; sin embargo, recibimos poco apoyo de votantes de Los Verdes, porque este último partido está situado ideológicamente en otro lugar. También movilizamos a abstencionistas.

Acaba de citar a La Izquierda. ¿No está también situado ese partido en un lugar muy alejado de donde están ustedes?

Los votantes de La Izquierda son personas muy normales con problemas muy normales. Y esos problemas normales ya no son abordados por el establishment, directamente son olvidados por él. Hablamos mucho de la globalización, de la solidaridad con el resto del mundo, pero no con la gente normal, los que votan a La Izquierda. Son los ideólogos verdes los que quieren hablar sobre el género en las escuelas, los que ponen en entredicho la existencia de sexos, aseguran que hay 80 sexos diferentes y que tenemos que adaptar nuestro lenguaje a esa realidad para que nadie se sienta discriminado si se dice «damas y caballeros». Ese es el tema del género. Eso son problemas que una persona normal no tiene. Y los votantes de La Izquierda son personas normales que no tienen ese tipo de problemas.

Tienen el problema de que los precios de la energía aumentan de manera dramática por culpa de la transición del modelo energético [abandono paulatino de la energía nuclear decidido por el Gobierno de Merkel tras la catástrofe de Fukushima]. ¿Por qué crecen los precios de la electricidad? Porque tenemos una ley de energías renovables [Erneuerbare-Energien-Gesetz][51] que establece que cada hogar tiene que pagar una contribución para apoyar las energías alternativas a través de subvenciones. ¿Quién recibe esas subvenciones? La gente con mucho dinero que tiene una casa muy grande y que puede instalar paneles solares con los que produce electricidad que nuestra red eléctrica no necesita en absoluto. Esas personas reciben un beneficio durante 20 años, y el que paga un alquiler, el inquilino, tiene que pagar por ello. Por eso crece el precio de la electricidad. Hay mucha gente que tiene que vivir con poco dinero y para estas personas hay una gran diferencia entre pagar una factura de la luz de 30 o de 38 euros.

¿Encuentra usted que Los Verdes son un partido demasiado poco patriótico?

Los Verdes me dan igual, no son nuestra clientela. Sólo intento aclarar que los votantes de La Izquierda apuestan por nosotros porque son personas muy normales con problemas muy normales. Saben que no podemos ofrecer solidaridad a todo el planeta; saben que no podemos ofrecer apoyo social a personas de todo el mundo; saben que ello va en detrimento de los más débiles en nuestro país; saben que esa postura es una ficción, que la solidaridad con todo el planeta es un proyecto ideológico y que un país sin fronteras ya no es un país, sino algo así como una superficie. Los izquierdistas de Los Verdes intentan vender sus postulados, pero los votantes de La Izquierda no compran gran parte de ese programa.

¿Cree usted que AfD es la única oposición real actualmente en Alemania?

Creo que eso es algo indiscutible. Incluso diría que es algo que ni siquiera niegan los grandes partidos como la CDU, el SPD e incluso Los Verdes. Hace poco le pregunté al jefe de la fracción parlamentaria

socialdemócrata en el Bundestag cuáles eran las principales cinco diferencias entre su partido y los democristianos. No pudo ofrecer ni una. Dijo que el SPD quería hacer las cosas diferentes en cuanto a los contratos laborales temporales, que su partido, a diferencia de la CDU, quería invertir más en educación, dijo algo sobre la familia…, y es que todos los partidos políticos alemanes, con la excepción de AfD, están de acuerdo en que hay que entregar de manera paulatina la soberanía nacional, que hay que construir la Unión Europea como un Estado en detrimento de los Estados soberanos europeos, con la destrucción final del Estado nación, y que el euro debe ser rescatado cueste lo que cueste, primero en Grecia, luego en Italia y por último también en España. Todos comparten la opinión de que el Brexit es algo malo. No hay ningún partido que esté dispuesto a hacer política para la familia normal, y la familia normal está compuesta por padre, madre e hijos, y no por dos padres, dos madres y que funciona como un piso compartido. Esa posición sobre la familia era antes normal, pero ahora se ha convertido en una postura radical, pero no porque sea radical, sino porque el resto de partidos se ha apartado de ella. Tenemos sentencias del Tribunal Constitucional alemán que establecen que la familia normal está siendo discriminada de manera anticonstitucional. Por eso nosotros decimos que somos el abogado de la familia normal, una posición representada antes por la CDU, pero que hoy parece radical. Somos quienes decimos que hay mujeres y hombres, y no 80 géneros diferentes que tienen que ser igualados. Y tampoco tenemos que enseñar a niños de dos años cuáles son las diferencias entre esos 80 géneros ni ofrecerles una educación sexual prematura. Esas son todas cosas que no necesitamos. Todo eso debe ir a la basura. Todas esas posturas fueron defendidas en el pasado por la CDU, ahora las ha abandonado y para representarlas estamos nosotros.

El pasado enero, su colega Marcus Pretzell, eurodiputado por AfD, organizó un congreso en Coblenza al que fueron invitados partidos como el Frente Nacional de Marine Le Pen, el PVV de Geert Wilders, el FPÖ austriaco y la Lega Nord italiana. Todos esos partido presentaron una postura común contra la Unión Europea. Usted no participó en ese congreso. ¿Por qué?

Sí, es cierto, no estuve allí. Creo que tenemos un común denominador con todos esos partidos: nuestra crítica a la Unión Europea. Y ese es un gran denominador común, puesto que nosotros queremos que los españoles hagan política para España, los italianos para Italia, los

griegos para Grecia y los alemanes para Alemania. No queremos que los alemanes hagan política para los griegos, pero tampoco que los españoles decidan lo que tiene que ocurrir en Alemania. No queremos este sistema, por eso queremos mantener los Estados. Nosotros decimos que la democracia sólo puede tener lugar en el marco de un Estado nación. Democracia significa gobierno del pueblo sobre sí mismo y no el gobierno del pueblo sobre otros pueblos. Por eso decimos que queremos mantener el Estado nacional y aseguramos que una democracia europea no puede funcionar, y eso lo vemos claramente en el caso de Grecia. Sobre ese país se toman decisiones en lugares situados fuera de Grecia, decisiones que los griegos deben aplicar y que rechazan porque consideran que no son sus propias decisiones. Y en eso tienen razón. No son sus decisiones y no tienen por qué aplicarlas. Pero nosotros, los alemanes, tampoco tenemos por qué pagar por esas decisiones incorrectas.

¿Y por qué no participó usted en ese congreso si considera que hay tantos puntos en común con los partidos allí representados?

Como usted sabrá, yo no pertenezco a la fracción parlamentaria europea que organizó ese congreso y por eso no tenía por qué ir.

¿Pero le gustó el congreso? ¿No está usted en contra de apariciones conjuntas con partidos como Frente National, que más que patriotas son directamente ultranacionalistas?

Reconozco que tenemos un común denominador con esos partidos, pero no participé en el congreso porque algunas de las cosas que allí se dijeron tal vez me parecen un poco fuertes. A pesar de todo, hay que observar cómo se desarrollan las cosas. Si miramos hacia delante, seguramente no podemos imaginarnos cómo será el mundo dentro de cinco años, más aún cuando nos damos cuenta de cómo ha cambiado en los últimos cinco. Pero en cuanto a lo que me pregunta, soy un poco cauta porque sé cuál es la percepción en Alemania de algunos de esos partidos. Además, conozco a Nigel Farage desde hace muchos años, mucho antes de que existiera AfD, así que tenía muy claro que me integraría en la fracción del Parlamento Europeo en la que él era presidente[52].

¿Están usted y su partido a favor de la disolución de la Unión Europea como proyecto?

No, nosotros estamos a favor de la Unión Europea tal y como fue acordada. Y en lo acordado, la idea de la Unión Europea era una Europa de las patrias. No queríamos acabar con nuestros Estados ni entregar nuestra soberanía. Queríamos tener una Europa con un mercado libre en el que pudiésemos viajar lo más libremente posible, pero sin que esas libertades tuvieran que ser algo sagrado por lo que tengamos que sacrificar, por ejemplo, nuestra seguridad. Tampoco pensamos que podamos compartir una moneda común con países que no son económicamente igual de fuertes que Alemania. Las monedas no pueden ser construidas por encima de fronteras políticas. Eso es algo que nunca antes en la historia funcionó y esta vez tampoco funcionará. De hecho, es algo que ya no funciona. Es decir, queremos que Europa vuelva a ser lo que fue. Como potencia exportadora, Alemania tiene un interés elemental en que nuestros socios europeos también sean fuertes económicamente. Nosotros no sólo sacamos provecho de un euro débil, sino que también sufrimos si a nuestros socios no les va bien porque para ellos la moneda común es demasiado fuerte.

Planteemos la pregunta de otra manera: ¿considera AfD la disolución de la Unión Europea como un escenario posible?

Consideramos como un posible escenario que cada vez más países tengan el impulso de abandonar la Unión Europea. Ya hemos visto cómo lo ha hecho el primer país, porque no quería aceptar el dirigismo de Bruselas. Vemos en diferentes países cómo cuanto mayor es la fuerza del poder central, mayores son las tendencias de diferentes regiones de deshacerse de esa intervención centralista. Eso es lo que estamos viendo, y la tendencia de la Unión Europea es ahora fortalecer aún más ese poder central. Ahora quieren un ministerio económico europeo, un ministerio de defensa europeo, un sistema fiscal europeo… Es decir, quieren construir un Estado europeo. Hace poco hubo una declaración común de los presidentes de los parlamentos de Alemania, Luxemburgo, Italia y Francia a favor de un

Estado europeo, de una federación europea. Eso significa el fin de los Estados nación. Yo siempre intento expresar esas tendencias con la siguiente frase: en la próxima Copa del Mundo jugaremos todos juntos, vamos a construir una selección común. Alemania ya no jugará contra España, sino que haremos un equipo con los mejores de cada país. Y eso es algo que nosotros no queremos. Estamos en contra de ello con total claridad. No queremos convertirnos en un Estado federado dentro de un Estado comunitario que tenga un Gobierno cuyo lenguaje no seamos capaces de hablar.

Demos un salto al otro lado del Atlántico. ¿Qué opina de Donald Trump, de su gobierno, de sus tendencias proteccionistas?

Creo que algunos puntos de la política de Donald Trump no coinciden con nuestros intereses. Pero esa no es la resolución del partido, sino mi opinión personal. Donald Trump hace política para su país, y eso puede que corresponda a nuestros intereses. Pero él no fue elegido para representar los intereses europeos o alemanes, sino para defender intereses estadounidenses. Y eso es lo que no es visto como oportuno en nuestro partido. Ahora mismo Alemania quiere salvar el mundo, quiere representar los intereses de todos los países del planeta, pero a veces olvidamos que los alemanes eligen a su Gobierno para que represente a nuestros intereses. Y con «nuestros» me refiero a los intereses del pueblo alemán, y no a los intereses de otros pueblos. Cuando hablamos de «nosotros», los españoles se refieren a los españoles, y los alemanes, a los alemanes. En España tampoco se acepta que Alemania y Francia decidan conjuntamente qué impuestos debe aumentar el Gobierno español. Y es normal, porque los españoles se definen como españoles, y nosotros nos definimos como alemanes. Europa no es un solo pueblo, somos vecinos y queremos tener una buena relación, viajar libremente y comerciar. Pero no somos una sola cosa.

Es decir, ¿usted no está a favor del proteccionismo?

Exacto, no estoy a favor del proteccionismo, sino a favor del mayor libre comercio posible. Creo que eso nos favorece a todos. Es bueno que los españoles conduzcan coches alemanes, y que nosotros

bebamos vino y comamos jamón español, y hagamos vacaciones en España. Se trata de un reparto de las tareas económicas del que al final todos sacamos provecho. Hay cosas que nosotros hacemos bien, y otras que no hacemos tan bien. Eso mismo vale para el resto de países. Pero hay algunos países que no tienen mucho que ofrecer. Y eso es problemático. Por todo ello estoy a favor del mayor libre comercio posible, de reglamentar lo menos posible y de evitar el proteccionismo. Pero insisto, al final cada pueblo elige a un Gobierno para representar sus propios intereses. El Frente Nacional, por ejemplo, también tiene un programa muy proteccionista, pero esa es la decisión de los franceses.

Pero lo que usted dice no deja de ser contradictorio con las ideas de algunos miembros de su partido. En el congreso organizado por AfD en Coblenza a principios de año, destacadas figuras de su partido presentaron a Trump como la gran esperanza de los Estados nación europeos…

Nadie sabe qué pasará con Trump, qué es lo que viene. Tengo la esperanza de que con él las cosas mejoren. Tengo la esperanza de que él se convierta en la voz de las personas normales, y de que haga algo que creo que Europa también debería hacer: defender los intereses de su país. También tengo la esperanza de que Trump encuentre un equilibrio con Rusia y frene la escalada hacia un conflicto. Tengo esa esperanza, aunque no sé si se cumplirá. En todo caso, no hubiese tenido esa esperanza con Hillary Clinton como presidenta de Estados Unidos. Por eso, entiendo la postura positiva de mis compañeros de partido respecto a Trump: promete hacer muchas cosas de manera diferente, y además es una figura situada fuera del sistema. Pero repito nuevamente, se trata de esperanza y de ninguna certeza.

Usted y su partido saludaron en numerosas ocasiones que Gran Bretaña pudiese decidir su permanencia o salida de la Unión Europea. ¿Impulsaría un Gobierno alemán de AfD también un referéndum sobre la permanencia de Alemania en la Unión Europea?

Sí, es algo que recoge nuestro programa y que queremos. Pero antes

necesitamos un amplio debate sobre lo que queremos respecto a la Unión Europea y también respecto al euro. Nosotros queremos la Unión Europea que fue acordada en un primer momento, y ahí es adonde tenemos que volver. Pero las cosas se han desarrollado de manera muy diferente durante los últimos tiempos. Nosotros queremos una reforma de la Unión Europea. Sabemos que si Alemania la abandona, ello supondría el fin del proyecto europeo. Lo mismo ocurriría si Francia la abandonase y lo mismo vale para el euro. ¿Qué es el euro sin Alemania? Nada. Así que tenemos que tener un debate sobre la reforma de la Unión Europea bajo la premisa de que si no se reforma, Alemania abandonará el bloque. Ello debería ser un acicate para la reforma. Por eso necesitamos un debate en el que podamos exponer nuestras demandas.

¿Y dónde debería tener lugar ese debate? ¿En el Parlamento Europeo o en cada uno de los países de la Unión Europea?

Ese debate no está teniendo lugar en ningún sitio. Nosotros somos el único partido que lo está exigiendo. Por eso nos alegramos de que Martin Schulz sea el candidato a canciller del SPD, porque él es la cara de esa Unión Europea que cada vez quiere tener más poder, que atropella a los pequeños, que cada vez quiere tener más capacidad de decisión por mayoría y anular así el derecho a veto de los países pequeños, los países del este de Europa que, por ejemplo, no quieren participar en la gestión de la llegada de los refugiados. Nosotros le decimos «no» a todo eso porque ataca a la soberanía de los Estados nación. La Unión Europea como Estado no existe, y por tanto no puede decidir cómo se ha de conformar la población de Polonia. Eso no es de la incumbencia de la mayoría de la Unión Europea. Queremos llevar a cabo ese debate, pero es un debate que todavía no ha ganado la suficiente relevancia.

¿Considera usted que el fin del euro es una cuestión de tiempo?

Sí, de hecho puedo decir que el euro ya no existe. ¿Qué es el euro? El euro es un contrato. Y ese contrato tiene dos partes: la primera establece que todos pagan con la moneda común; la segunda, que cada Estado miembro paga sus propias deudas. Esto último es muy

importante. Nuestro Tribunal Constitucional ha dicho que, en realidad, el euro es anticonstitucional. Muchos sabían que el euro no podía funcionar porque algunos Estados se endeudarían cada vez más a través de la moneda común sin la posibilidad de devaluar su divisa, como lo hicieron en el pasado, y así acabarían destrozando sus economías. El Tribunal Constitucional alemán aceptó el euro porque cada uno de los Estados miembro pagaba sus propias deudas. Pero esto último tampoco es ya así: lo que tenía que ser un sistema solidario europeo se ha convertido en un sistema en el que Alemania paga por las deudas del resto, o por lo menos las avala. Por eso decimos que el euro, tal y como existió, ya no existe más. Yo siempre pongo el siguiente ejemplo para explicar lo que está pasando: es como si nos encontrásemos todos para jugar un partido de fútbol, en el que cada equipo tendrá once jugadores, hay dos porterías y la pelota es grande y redonda. Y de repente, yo digo que vamos a seguir jugando al fútbol, pero cada uno de los jugadores recibe un bastón, la pelota es pequeña y dura, y todos montamos a caballo. En realidad estamos jugando al polo, y por eso algunos de los jugadores dicen que esto no es lo que habíamos acordado antes del partido, porque en realidad seguimos llamando fútbol a lo que en realidad es polo. Precisamente eso es lo que hemos hecho con el tratado del euro: hemos cambiado por completo las reglas pero seguimos llamándolo euro. Por eso yo digo que el euro ya no existe. Tenemos algo completamente diferente. Grecia hace tiempo que está en bancarrota. Y no hacemos nada, sólo sigue empeorando. Todo es mentira y engaño. Y el siguiente Estado es Italia.

¿Por qué el islam no pertenece a Alemania?

El islam tiene en la mayoría de sus interpretaciones una pretensión de régimen político. Es una religión que no sólo reglamenta la creencia personal, sino que también tiene la pretensión de reglamentar el derecho, las leyes. La sharía es el elemento integral del islam. La sharía no sólo reglamenta la creencia personal, mi relación con Dios, sino también el derecho civil, el código penal, la sociedad, la familia, la vida pública, todo. Y eso, por principio, es incompatible con nuestra separación de religión y Estado. Y los valores de la sharía son en su mayor parte incompatibles con nuestra sociedad; ni con nuestra Constitución ni con nuestras leyes ni con la dignidad humana ni con muchas otras cosas.

¿Y no cree usted que esa argumentación puede provocar que la islamofobia siga creciendo?

Nosotros hacemos críticas y decimos que las asociaciones musulmanas pueden distanciarse de la sharía y dejar claro que nuestro derecho es el que vale y no la sharía. Pero estamos viendo exactamente lo contrario. Si toma una de las asociaciones de musulmanes de Alemania, el Consejo Central de los Musulmanes, vemos como en su página web tienen una declaración en la que nos dicen que nuestro derecho no es el que prevalece, sino el derecho islámico. La declaración dice que su derecho islámico obliga a los musulmanes a respetar el ordenamiento jurídico local. Y nosotros decimos que no es el derecho islámico el que hace prevalecer el derecho local, sino que nuestras leyes son las que prevalecen directamente. No necesitamos el derecho islámico para ello. Pero ellos dicen que no, que necesitamos el derecho islámico. Y nos dicen que están obligados a respetar el derecho local «en principio», expresión que presupone excepciones. El texto indica además que los musulmanes deben aceptar el derecho local mientras estén en la diáspora. Es decir, no tendrán que hacerlo más cuando sean mayoría.

¿Cree usted que Alemania sufre un problema de islamofobia? ¿Es Pegida, por ejemplo, una expresión de islamofobia o simplemente una expresión política legítima más? Le pregunto esto porque algunos miembros de su partido han participado activamente en sus marchas…

Yo pienso que decir que el islam no pertenece a Alemania es una expresión política normal. Nunca perteneció a Alemania. Ello no significa que no pueda haber musulmanes que individualmente pertenezcan a Alemania y que se declaren en acuerdo con nuestro ordenamiento jurídico y de valores y que se han integrado en él. Sobre esto último no hay dudas. Pero el islam, que en su mayoría de interpretaciones tiene una pretensión de establecer un régimen político, no encaja con nosotros. Y lo que yo encuentro a faltar son manifestaciones masivas de musulmanes que salgan por miles a las calles y digan, primero, que no quieren lo que está haciendo Erdogan

en Turquía y, segundo, que los ataques terroristas no los representan. Y esas manifestaciones no existen. Tras el atentado de Berlín hubo una marcha. Sobre ella, el semanario Der Spiegel escribió: «Docenas de musulmanes se manifiestan…». En la foto de la noticia se podían ver una veintena de manifestantes. Veinte musulmanes se manifestaron. Tras los atentados de París, el Gobierno federal alemán apoyó una concentración ante la Puerta de Brandeburgo para condenar los atentados y se invitó a musulmanes a participar en la misma. Al día siguiente algunos diarios titularon: «Más ministros que musulmanes». No hay un levantamiento en la sociedad musulmana que deje claro que la violencia y el yihadismo no tienen que ver nada con ellos.

Y usted parte de la base de que el silencio supone un apoyo implícito…

Yo parto de la base de que urge lanzar una señal y de que cientos de miles de musulmanes salgan a la calle y digan que todo eso no tiene nada que ver con ellos. Yo no digo que lo apoyen, pero es hora de que algo pase. Queremos ver que masas de musulmanes se aparten activamente de la violencia. Pero las encuestas y estudios muestran que los musulmanes se están radicalizando, simpatizan en buena parte con Erdogan y con sus posiciones, también aquí en Alemania, en gran parte no están preparados para integrarse. Hay estudios que apuntan que el fundamentalismo es grande entre los musulmanes y que se está extendiendo. Es importante decir que también hay muchos musulmanes que están integrados, mi panadero aquí en la esquina, mi peluquera en la otra esquina…, todos esos son musulmanes integrados, pero son muy silenciosos y los otros musulmanes son más ruidosos.

Pero, ¿considera usted que Pegida es un movimiento islamófobo?

Conozco Pegida demasiado poco.

Usted conoce bien Pegida, además algunos miembros de su partido han participado en sus marchas…

Sí, y creo que están en su derecho de ir a una manifestación. Nuestro partido tomó la clara decisión de no tener nada que ver con Pegida para evitar que los locos que participan en sus marchas vengan hacia nosotros. Con ellos no queremos tener nada que ver. Lo que los miembros de nuestro partido sí comparten con Pegida es la preocupación sobre la creciente influencia del islam en Alemania. Y esa es una preocupación que yo también comparto. Yo digo que todos los problemas que nosotros tenemos, ya sea el euro, el cambio de modelo energético, la relación con Rusia, la familia y la educación, son todos problemas importantes, pero ninguno lo es tanto como la cuestión del islam. Nuestro destino se decide respecto al islam. Esa es la cuestión que determina el destino de Europa. Si nosotros vivimos en la Edad Moderna y cerramos compromisos con la Edad de Piedra, entonces volveremos a la Edad Media. Y eso es algo que no queremos. No llegaremos a compromisos con el islam, defenderemos nuestros valores y enviaremos una clara señal de freno. No queremos hacer compromisos con el islam político. Y quien quiera vivir bajo las reglas del islam, lo puede hacer pero no en Alemania.

¿Qué opina del acuerdo sobre los refugiados al que llegó la Unión Europea con Turquía [53] ?

Creo que es erróneo llegar a acuerdos con un dictador islámico y dejarle la responsabilidad de la defensa de nuestras fronteras. Tenemos que defender nosotros mismos nuestras fronteras. Ya hemos visto qué ocurre cuando un tirano se encarga de defenderlas: hay personas que mueren a tiros. Por orden de Merkel, hay personas que mueren en la frontera entre Turquía y Siria porque Erdogan así lo decide. Eso no lo queremos. Nosotros queremos defender nuestras fronteras, no queremos dejar entrar a más gente, sí, pero no queremos matar a personas. Eso es algo que además no es en absoluto necesario. Vemos cómo eso sólo pasa donde Erdogan se encarga de proteger las fronteras por encargo de la señora Merkel. Y tampoco estamos de acuerdo con las negociaciones que la Unión Europea está celebrando con Libia para que las fronteras europeas sean defendidas en la frontera sur de Libia, es decir, en el interior de África. Tenemos que ser nosotros los que defendamos nuestras fronteras, las alemanas si las europeas no son defendidas. Y es algo que tenemos que hacer nosotros, primero porque es más eficiente, y segundo, porque funciona

mejor que si delegamos esa labor a tropas libias o al señor Erdogan.

Usted y su partido se han expresado en numerosas ocasiones a favor de una mejor defensa de las fronteras. Usted incluso defendió el uso de la violencia como «el último de los medios». ¿Sigue defendiendo esa postura?

Eso es lo que dice la ley, no es mi opinión. Yo no hice más que referirme a esa ley y añadí que no es eso lo que nosotros queremos. Y eso es algo que no es necesario. El único que utiliza las armas es Erdogan. Y si no queremos que ocurra eso, entonces tenemos que proteger nosotros mismos nuestras fronteras. Y lo podemos hacer. Hoy sabemos que el Gobierno federal alemán decidió el pasado 12 de septiembre enviar a la policía a las fronteras alemanas en buses y helicópteros. El Gobierno de Merkel envió una orden a la policía federal de cerrar las fronteras y no dejar entrar a nadie más, incluso si las personas que querían entrar presentaban una petición de asilo. El 30 de septiembre, el ministro de Interior alemán le volvió a preguntar a la canciller sobre la orden y Merkel le pidió al ministro la garantía de que no se produjesen situaciones o imágenes difícilmente presentables ante la opinión pública. Una garantía que el ministro no pudo ofrecer. Por ello, la orden de que nadie más entrase se convirtió en la orden de que todos podían entrar. Los propios agentes de policía que estaban en la frontera no lo podían creer, porque la orden incluso había sido ya transmitida. Una orden que todo el mundo sabe que es necesaria, incluso el Gobierno federal. Simplemente, nadie quiso asumir la responsabilidad.

¿Qué resultados espera su partido en las próximas elecciones federales?

Las cifras me dan relativamente igual; actualmente las encuestas de intención de voto nos otorgan alrededor de un 10 por ciento. Creo que ese sería un muy buen resultado para un partido joven como nosotros. Es evidente que queremos más. Trabajaremos para ello. Lo que está claro es que conseguiremos entrar en el Bundestag y que seremos el partido más fuerte de la oposición. Instalaremos en el parlamento algo que actualmente no existe: defenderemos todas las posiciones que

actualmente no están representadas por ninguno de los partidos.

Ya sabemos qué opina su partido sobre Schulz. ¿Qué opinión tiene su partido respecto a Merkel?

No hay ninguna diferencia entre Merkel y Schulz. Todo lo que decimos respecto a Schulz vale para Merkel. No existen las diferencias.

Ustedes hablan del establishment. ¿A qué se refieren ustedes con esa palabra?

Con la palabra establishment nos referimos a los sindicatos, las iglesias, los partidos, los grandes medios públicos, muchos elementos del panorama mediático, muchas organizaciones sociales, en principio nos referimos a todo. Existe un gran consenso gracias al cual los medios no critican al Gobierno, sino que hacen piña con él y atacan a la pequeña oposición extraparlamentaria de AfD. Las iglesias, que hasta ahora han tolerado todo lo posible, se articulan de repente contra una pequeña oposición extraparlamentaria. Los sindicatos acaban de publicar un documento para poder reconocer a militantes de AfD en las empresas, qué diarios leen, cómo se expresan, cómo se visten. ¿Qué se puede hacer contra eso? Denunciarlo fuera y dentro de las empresas, piden los sindicatos. No creo que ni siquiera durante los tiempos de la Stasi [policía política de la socialista República Democrática Alemana] hubiese mecanismos como esos.

¿Quiere decir usted que hay una conspiración contra AfD?

No, no es una conspiración, sino un gran consenso que atraviesa la sociedad, la política y los medios. Por ejemplo, nuestra tesis de que el islam no pertenece a Alemania es compartida por alrededor de un 32 por ciento de los ciudadanos alemanes. No es la mayoría, pero tampoco es un porcentaje que haya que pasar por alto. Y no se puede pretender que esa postura sea representativa de una pequeña minoría

que no tiene nada que decir. Se trata casi de un tercio de la población. Pretender olvidar a esta parte de la sociedad es un error. No se pueden olvidar partes tan grandes de la sociedad.

¿Y AfD es el único partido que está en contra de ese establishment?

Yo no veo a ningún otro partido.

¿Cuánto tiempo cree que necesita AfD para alcanzar el poder?

Como oposición, ya somos un partido poderoso, establecemos la agenda política, somos los que decimos que necesitamos un límite a la migración, que no podemos salvar a todo el mundo y que necesitamos centros de registro de inmigrantes fuera de nuestras fronteras. Todos esos puntos han sido entretanto asumidos por el Gobierno federal. Establecemos la agenda política y lo vamos a seguir haciendo porque estamos ocupando una posición en el espectro político que había sido abandonada. Por eso somos muy influyentes, porque dictamos la agenda política. Siempre digo que podríamos establecer en cualquier momento una coalición de gobierno con la CDU si la CDU da un giro de 180 grados en los principales puntos de su programa político.

¿Sólo con la CDU?

La predisposición de los miembros de la CDU para ello es grande; lo que sus militantes quieren es exactamente lo contrario de lo que hace su partido en estos momentos. Pero más allá de eso, nosotros estamos en contra de todo lo que el resto de partidos representan: euro, familia, género, clima, medio ambiente, etcétera… Espero que la CDU cambie, sí. Nuestro programa es apoyado por buena parte de los votantes de la CDU. Si conseguimos establecernos como partido y convertirnos en una fuerza votable para la mayoría de simpatizantes y militantes de la CDU, lo que de momento no es el caso, entonces la

CDU tendrá que cambiar.

¿Buscan entonces ustedes una revolución conservadora dentro de la CDU?

Queremos una revolución liberal y conservadora de la política en general. Queremos recuperar valores conservadores, queremos una economía liberal, queremos una política que defienda los intereses de nuestro país y no queremos cambiar nuestro lenguaje porque alguien se sienta discriminado por no considerarse hombre ni mujer.

3.4. Conclusiones preliminares

Tras este repaso exhaustivo de las diferentes facciones, de las figuras claves y del quién es quién dentro de AfD, vale la pena extraer algunas deducciones sobre las dinámicas internas de un partido ultraderechista tan joven y al mismo tiempo tan —relativamente— exitoso electoralmente. Sacamos así al menos dos grandes conclusiones preliminares sobre el funcionamiento interno de AfD.

AfD no necesita un líder fuerte e indiscutible, al menos mientras no sea una fuerza que esté peleando por formar gobierno o por aglutinar mayorías sociales. Para entrar en el Bundestag y establecerse en la política federal le basta con un liderazgo coral de figuras políticas dispares e incluso a veces contradictorias. Ello le permite así ocupar una serie de caladeros electorales también muy diversos —liberales en lo económico, euroescépticos, nacionalconservadores, ultraderechistas, neonazis…— y también ampliar al máximo su agenda política. La transversalidad de AfD también descansa de alguna manera en ese liderazgo coral y en esa forma tan particular de establecer agenda política. Los actuales votantes ven el partido como una proyección de su descontento y las personalidades dentro de la formación no parecen ser de momento tan relevantes. Eso muy probablemente cambiará si la formación consigue establecerse algún día como una fuerza política sólida con resultados electorales de dos dígitos.

Las bases de AfD, en las que la facción idealista es mayoritaria, rechazan también de momento que una sola persona acumule demasiado poder. El derrocamiento de Lucke, su creador, y el posterior golpe a las pretensiones de Petry así lo demuestran. AfD parece querer seguir siendo más un movimiento social o una expresión poliédrica de descontento y protesta que un partido político al uso con un liderazgo claramente definido e indiscutible, con un líder mesiánico y de referencia que actúe para acumular mayorías sociales. La militancia de AfD parece estar así en una fase embrionaria o de gestación a la espera de un liderazgo que todavía no llega.

4. Expertos de lo políticamente incorrecto

La aparición de AfD no sólo ha generado una ruptura en el tablero político alemán, sino que también ha impactado fuertemente en la comunicación política. En menos de cuatro años, los ultraderechistas han modificado a su favor varias reglas del juego y con ello han sido capaces de desarrollar mensajes políticos efectivos hacia nuevos públicos. Públicos que estaban dispersos entre partidos políticos testimoniales y la abstención electoral[54].

La inteligencia de AfD para identificar los marcos interpretativos, o frames, le permitió desarrollar un discurso político sofisticado que lo situó a la altura de los partidos políticos tradicionales y, en ocasiones, incluso por encima de ellos respecto de sus capacidades comunicacionales. Ejemplo de esto último fue el tratamiento del asunto de los refugiados, que, como veremos más adelante, supuso una verdadera demostración de cómo instalar un frame en la discusión en el espacio público y con ello lograr que la misma se dé en los parámetros que beneficiaban a los ultraderechistas.

Su estrategia les ha permitido lograr varios objetivos fundamentales de la comunicación política que están estrechamente relacionados con su crecimiento, pero en especial con su consolidación. En primer lugar, la ultraderecha ha sido capaz de ocupar un espacio político que la posiciona y diferencia del resto a partir de la creación de una identidad propia. En segundo término, ha logrado trabajar eficientemente en la gestión de noticias (news management), es decir, en la capacidad de un actor político para instalar temas concretos en la agenda pública y posteriormente definir el frame a través del cual esos asuntos (issues) serán interpretados. Y en tercer lugar, en determinados debates, AfD ha logrado que todos los actores del espacio público discutan en los términos del frame que más beneficia a la ultraderecha[55].

Esto último es un aspecto remarcable si tenemos en cuenta que AfD lo ha conseguido con apenas cuatro años de vida. ¿Cómo es posible que un partido joven y relativamente pequeño sea capaz de orquestar los debates más importantes en el espacio público alemán? ¿Por qué el resto de los partidos no estuvieron en condiciones de competir con los ultraderechistas y cayeron en la trampa de discutir dentro del marco que estos últimos imponían? ¿Qué tiene de especial la comunicación

política de AfD y por qué fue tan efectiva hasta ahora?

En este capítulo brindaremos respuesta a estos interrogantes. Para ello habrá que diseccionar los elementos fundamentales del discurso de AfD, sus frames estructurantes, su estrategia, sus tácticas y su sagacidad para obtener rédito político a partir de la lectura inteligente y oportunista de la coyuntura.

4.1. ¿Qué es un frame y cómo funciona?

Los frames o marcos interpretativos son las estructuras mentales que nos ayudan a pensar y ordenar el mundo que nos rodea. En estos frames están establecidas relaciones complejas entre distintos conceptos que se activan mediante la percepción de un estímulo y que generan un comportamiento determinado[56].

En el plano de lo político los frames son fundamentales, ya que a partir de ellos es posible definir un problema y con ello fundamentar un accionar determinado. Por ejemplo, cuando presenciamos un debate sobre economía es posible que escuchemos hablar de las bondades del libre mercado, o bien de la necesidad de la intervención estatal que regule y defienda los intereses de la mayoría. Ambas visiones se refieren al mismo objeto, pero utilizan frames diferentes, por lo tanto definen el rol que debe cumplir el Estado desde visiones distintas. Dependiendo de cuál definición del problema prevalezca, será posible establecer una evaluación de la situación y, por consiguiente, proponer soluciones o acciones para trabajar el tema[57]. Si se discute la economía desde una concepción librecambista, un Estado pequeño, un recorte de gasto público, una política de austeridad tendrán justificación. En cambio, si se debate en torno a un paradigma más keynesiano, será más sencillo sostener discursivamente la ampliación de políticas sociales o la introducción de regulaciones en determinados mercados considerados estratégicos para el interés público.

En una discusión política, el frame es la herramienta discursiva que tiene un actor político para avanzar en la legitimación de su visión de los distintos temas y de sus propuestas. El frame selecciona, prioriza y oculta determinadas características de un tema en discusión. Con su utilización, es posible entonces activar determinadas lógicas que terminan por justificar un accionar político en un sentido o en otro. Mediante el frame es posible lograr que la misma persona acepte e incluso apoye decisiones diferentes para situaciones iguales. Eso es exactamente lo que define al concepto del framing-effect. En otras palabras, una única situación presentada de manera diferente genera reacciones diferentes pese a ser la misma situación. Esto es así porque cada frame activa determinadas estructuras mentales en nuestro cerebro, de las cuales muchas veces ni siquiera somos conscientes.

En los últimos cuatro años, Alternativa para Alemania ha logrado instalar sus frames en relación a distintos debates. Lo interesante es que esos debates no son nuevos, sino que se discuten desde hace décadas. La discusión sobre el tema de la integración o la migración es un ejemplo de ello. La ultraderecha logró a partir de la introducción de un frame a este debate, que el tema de la integración se convierta en una fuente de réditos políticos para su partido. En efecto, la introducción del frame de la amenaza latente es la base por la cual establecen un mecanismo efectivo para instrumentalizar el miedo y el desconocimiento de parte importante de la población. La llegada de cientos de miles de refugiados acentuó este efecto. Las preguntas clave aquí son: ¿cómo funciona el frame de la amenaza latente? ¿Cuál es el impacto sobre la agenda de los ultraderechistas? Y finalmente, ¿cuáles son las tácticas que los líderes de AfD han empleado para ejecutar esta estrategia comunicacional con éxito?

4.2. Masterframe de AfD: la amenaza latente

La ultraderecha forja su discurso político a partir de la instrumentalización del miedo de la sociedad en general o de partes de ella[58]. El miedo que generan, por ejemplo, la llegada masiva de refugiados, una inminente crisis económica de la zona euro o la competencia por puestos de trabajo con inmigrantes se basa en un profundo desconocimiento de los distintos fenómenos y en una necesidad por encontrar explicaciones simples a problemas complejos. El lingüista George Lakoff[59] explica que las reacciones a esos miedos, posiblemente infundados, no son necesariamente irracionales. En efecto, resulta perfectamente lógico reaccionar con rechazo hacia algo que genera miedo. Una emoción es inevitable. Lo evitable es que exista desconocimiento o incluso desinformación que alimenten ese miedo.

Los líderes de AfD han sido capaces desde el inicio de percibir ese miedo en la población alemana. Y también comprendieron que al fomentarlo, la discusión pasaba a un nivel emocional que relegaba a un segundo plano el debate de medidas o decisiones políticas concretas. Entendieron que era posible establecer correspondencias directas entre el miedo y eventos futuros perjudiciales para los alemanes. Con ello, pusieron de manifiesto la hipótesis de la amenaza latente.

La existencia de una amenaza latente es el masterframe de AfD. Un masterframe es la piedra angular de todo discurso político a partir del cual se desdoblan y organizan el resto de los frames que intentan encuadrar las distintas discusiones en el espacio público. En otras palabras, el masterframe estructura el pensamiento general para que luego los frames específicos sobre temas concretos tengan una base sólida. Los masterframes poseen tres características fundamentales: credibilidad empírica, proporcionalidad empírica y fidelidad narrativa[60]. La credibilidad empírica implica que el frame no necesita una explicación detallada para ser aceptado como algo posible o verosímil. La proporcionalidad empírica tiene que ver con la relación del frame sobre la vida cotidiana. Y la fidelidad narrativa expresa la existencia de historias o relatos en la población en las cuales el frame pueda encajar. En resumen, un masterframe debe ser creíble, palpable y comprensible.

El frame de la amenaza latente que utiliza la nueva ultraderecha alemana posee las mencionadas tres características. AfD ha logrado en diferentes momentos utilizar este frame para estructurar su discurso político. Y le ha dado buenos resultados. Veamos entonces cómo y por qué funciona esta estrategia.

4.3. La estructura narrativa

La definición de los problemas como amenaza implica la necesidad de defenderse y con ello se activan dos elementos que es preciso analizar: una estructura narrativa y un cambio de las reglas del juego.

El frame de la amenaza latente activa en la mente del público una estructura narrativa muy básica pero a la vez muy efectiva que todos hemos incorporado desde nuestra infancia. Se trata de la narrativa del rescate que, como toda narrativa, posee una serie de roles y escenarios que nuestro cerebro identifica en principio de manera inconsciente[61]. Los roles semánticos de esta narrativa son: una víctima, un villano, un acto malvado, un héroe. Los escenarios se organizan de la siguiente manera: primero un villano lastima a la víctima, luego el héroe persigue al villano, finalmente el héroe lo derrota y como consecuencia se restaura el orden preexistente; es decir, la víctima está a salvo, el héroe es recompensado y el villano, castigado.

Esta narrativa del rescate está incorporada a nuestras estructuras neuronales de forma tan profunda, que funciona hasta de manera inconsciente. Tenemos que hacer un esfuerzo mental importante para darnos cuenta de que la estamos utilizando. Y esto es así porque es una estructura que vemos constantemente en películas o que hemos escuchado cientos de veces de pequeños cuando nos leían un cuento de hadas.

Esta narrativa nos ayuda a procesar las historias que percibimos en la vida cotidiana. Lo que la política nos cuenta a través de sus mensajes y de los frames que utiliza es una de esas tantas historias. El frame de la amenaza latente que aplica el discurso político de AfD activa esta narrativa del rescate. Los roles semánticos se distribuyen de la siguiente manera —aunque según los temas van variando los sujetos —:

1. La víctima es el pueblo alemán.

2. El villano es variable y su representación va desde los partidos políticos tradicionales hasta el islam, pasando por la Unión Europea y los medios de comunicación.

3. El acto malvado implica un ataque al pueblo alemán que también es variable, pero que podemos resumir en un ataque a su seguridad. Puede tratarse de su seguridad económica, su seguridad cultural o su seguridad social. En resumen, algo en nuestra vida se ha vuelto inseguro a causa del villano de turno.

4. Finalmente, el héroe no es otro que AfD. AfD se presenta como el único actor con el valor suficiente para señalar la realidad, para describir los peligros, para anunciar la catástrofe.

El héroe en este caso se convierte en una suerte de profeta que desvela una realidad que está siendo ocultada. Ya sea por incapacidad o por negligencia, el resto de los actores toman el rol de villano y deben ser castigados. Dicho castigo varía según cada caso y cada tema.

Lo importante en este punto es dejar en claro que bajo este masterframe de la amenaza latente, AfD ha sido capaz de estructurar sus mensajes políticos de manera eficiente en el espacio público. La crisis europea, la inseguridad, el fenómeno Pegida, la llegada de los refugiados, los atentados terroristas. En cada uno de estos casos, AfD ha utilizado variantes de dicho frame y con él ha logrado activar narrativas en nuestras mentes que, sin siquiera saberlo, nos predisponen a entender dichos temas de una manera determinada. Eso es framing. Y eso es una de las virtudes de la estrategia comunicacional de la nueva ultraderecha alemana.

4.4. El cambio de las reglas del juego

El frame de la amenaza latente ofrece un segundo elemento que es fundamental a la hora de entender la labor de AfD para reorganizar determinadas reglas del juego político a nivel comunicacional.

Una amenaza consiste en una situación de riesgo que pone en peligro el statu quo causando algún tipo de perjuicio en particular. Se la puede considerar entonces un ataque del cual hay que defenderse. Ante un ataque, real o potencial, se genera un estado de excepción que habilita la alteración de determinadas reglas. Lo que en un estado de normalidad está fuera de lo aceptable o incluso de lo legal, en un estado de excepción puede ser interpretado de manera diferente y tener consecuencias diferentes.

En ese sentido, el discurso político de AfD ha sabido utilizar el frame de la amenaza latente como un dispositivo justificador de posicionamientos políticos que en situaciones normales hubiesen sido rechazados categóricamente por la sociedad. La mera mención de cerrar las fronteras por la amenaza que significaba la llegada de cientos de miles de refugiados o incluso de dispararles no tenían cabida en el debate político alemán previo a 2013. Hoy no sólo se discuten estas cuestiones, sino que incluso algunas de ellas fueron incorporadas al discurso de otros partidos políticos.

La ultraderecha alemana ha sido capaz de instalar entonces el frame de la amenaza latente en los debates políticos más relevantes de los últimos cuatro años. A partir de él, se han podido estructurar frames específicos adaptados a cada tema.

4.5. La injusticia, el «extranjero criminal» y la batalla por la identidad

Hemos visto que AfD utiliza como andamiaje inicial para su discurso político la crisis europea y los paquetes de rescate impulsados por la canciller Angela Merkel. Para capitalizar políticamente el impacto negativo de esta situación en algunos sectores de la población, los dirigentes de AfD utilizaron un frame que luego se volvió recurrente en la comunicación de los ultraderechistas. Estamos hablando del frame de la injusticia. En este frame, la estructura narrativa se parece mucho a la descrita en el punto anterior de este capítulo. El pueblo alemán, que ocupa el rol de víctima, debe sufrir los ataques de la Unión Europea y de sus burócratas, y además debe cargar con las consecuencias de sus supuestas malas decisiones. AfD agrega aquí el elemento del interés nacional e implícitamente saca a relucir por primera vez su costado nacionalista. En ese sentido, se pone en relieve una injusticia al utilizar el dinero de los alemanes para financiar a otros países, en lugar de invertirlo en la propia nación. La amenaza toma forma en la medida en que la Unión Europea es presentada como un constructo político que le quita a los alemanes lo que es suyo, y que de continuar así, arrastrará definitivamente a Alemania a la crisis.

El frame de la injusticia funciona muy bien para configurar escenarios de competencia por la supervivencia que cristalizan en enunciados maniqueos. Esto no sólo se puede observar en este juego de suma cero o trade-off que plantea AfD cuando presenta el problema como una decisión entre defender los intereses alemanes o financiar a países extranjeros. En efecto, cuando la crisis de refugiados empieza a tomar niveles de importancia y las fotografías de cientos de personas agolpadas en las estaciones de tren o en la frontera comienzan a ocupar las prioridades de la agenda pública, el frame de la injusticia vuelve a ser aplicado por los ultraderechistas.

En este punto, no sólo se trataba de criticar a la canciller por su decisión de abrir las puertas del país a los refugiados, sino que se definía a estos últimos en términos de una competencia por los recursos del país. ¿El sistema de seguridad nacional estaba en condiciones de brindar asistencia a los 800.000 refugiados[62]? Y de ser así, ¿quién pagaría por ello?

AfD tenía la respuesta trabajada desde hacía tiempo, ya que el juego

de suma cero en este caso se estructuraba a partir del eje nacional-extranjero. La tremenda injusticia de quitarle los recursos a los alemanes para dárselos a refugiados se convertía en el acto malvado por excelencia que impactaba no sólo en la imagen de Merkel, sino en el resto de los partidos políticos que, por acción u omisión, eran presentados por los ultraderechistas como cómplices.

Subyacía aquí sin duda el frame de la amenaza latente, ya que a la incertidumbre de cuántos refugiados todavía estaban por llegar se sumaban las inseguridades por el caos en las administraciones públicas y el miedo a competir por los distintos recursos. La seguridad social era sólo uno de ellos. La competencia se había diversificado y AfD fomentaba la discusión sobre la disponibilidad de viviendas o de los puestos de trabajo.

La amenaza alimentaba los miedos. Y los miedos alimentaban a AfD.

La ultraderecha también usa un frame típico de todas las derechas del mundo que se basa en mayor o menor medida en el miedo al extranjero; ello no es más que una síntesis del concepto de xenofobia. AfD comenzó a utilizar este frame a partir de las elecciones regionales de 2014 en el este de Alemania. Precisamente, cuando la facción nacionalconservadora tomó conciencia de su poderío y de su discurso político[63].

El frame del «extranjero criminal» se puede desdoblar en dos partes: una más lineal que adjudica la autoría de actos delictivos a habitantes de los países limítrofes, y otra más compleja que define a la política de migración como un problema de seguridad interior. Esta última parte de la base de que la inmigración es un foco de delincuencia y, por consiguiente, que los inmigrantes son delincuentes o al menos sospechosos de serlo. Ambas variantes de este frame establecen una estrecha relación semántica entre los términos «extranjero» y «criminal».

Para AfD fue relativamente sencillo utilizar el frame del extranjero criminal en las elecciones regionales del este por dos razones. La primera es geográfica y tiene que ver con la cercanía de estos Estados federados con la frontera polaca y checa. La segunda se relaciona con los niveles de xenofobia existentes en esa parte del territorio alemán, especialmente en aquellas zonas sin presencia de inmigrantes. En ese contexto, la sensación de inseguridad de los votantes pudo ser capitalizada electoralmente por los ultraderechistas, ya que eran el único partido, además de los neonazis, que se referían al tema de la criminalidad a partir de aquel frame. Así fue como AfD se aseguró el

voto del neonazismo, que en esas regiones llegó a tener más del 9 por ciento de los sufragios[64]; además, pudo incorporar a sectores más vulnerables que vieron que algunas de sus preocupaciones eran al menos tenidas en cuenta[65].

Posteriormente, se vuelve a aplicar este frame en relación a los refugiados. Aquí la amenaza iba más allá de la delincuencia común que se le adjudicaba a los extranjeros en general. El tema del terrorismo, que siempre había estado presente en el discurso de AfD, pasaba a ocupar un lugar trascendental. Ahora el enemigo era el infiltrado yihadista camuflado entre los cientos de miles de refugiados. La amenaza latente aquí cobraba cada vez más legitimidad en la medida en que se sucedían actos terroristas en distintos lugares de Europa. Sin importar el verdadero trasfondo de cada uno de esos siniestros, los ultraderechistas reforzaban su discurso y al mismo tiempo señalaban a la política del gobierno como cómplice de la catástrofe por venir.

Esto último se articulaba perfectamente con el frame de la inmigración descontrolada que incorporaban partidos como la CSU[66] a su propio discurso. Aquí nuevamente se presenta un trade-off entre la ayuda humanitaria a refugiados que huyen de la guerra y la posibilidad de un atentado terrorista, es decir, la seguridad de todos los alemanes. El hecho de que todos los partidos políticos discutan en torno a este frame se puede leer como la batalla comunicacional más importante que ganó la ultraderecha alemana. Prueba de ello es que el salto en intención de voto lleva a AfD de 3 puntos porcentuales a 15,5 en poco más de un año —de agosto de 2015 a septiembre de 2016—.

Y finalmente llegamos a uno de los frames más potentes que AfD aplicó a partir del crecimiento de la facción etnonacionalista. Se relaciona con el tema de la identidad alemana y al igual que el resto de los frames explicados, se desprende del masterframe de la amenaza latente. En este caso, la amenaza no es hacia la seguridad personal —criminalidad, terrorismo— ni hacia la seguridad económica —crisis europea— ni hacia la seguridad social —competencia por recursos del Estado—. Aquí se trata de una amenaza hacia la identidad. Un peligro de dejar de ser para pasar a ser otra cosa. Un miedo a perder los valores, los símbolos y la cultura alemana.

Es justo afirmar que este frame no es creado por AfD ni mucho menos. Este es un frame que también pertenece a todas las fuerzas de ultraderecha nacionalistas. Y en el caso particular de Alemania, no sólo está presente en las formaciones de extrema derecha o neonazis, sino que ya había sido puesto de manifiesto por otras figuras

importantes de la política alemana tiempo antes del nacimiento de AfD.

El caso ejemplar de esto último es el libro de Thilo Sarrazin, economista, exministro de finanzas de Berlín durante el gobierno socialdemócrata y ejecutivo de empresas como Deutsche Bahn y Deutsche Bank. Sarrazin publicó en 2010 un libro[67] en el cual profetizaba la caída de Alemania en función de tres variables explicativas simultáneas: la baja tasa de natalidad, el crecimiento de las clases bajas y la inmigración desde países árabes y musulmanes. El perfil xenófobo de las tesis de esta publicación provocó fuertes críticas de diversos sectores y, al mismo tiempo, generó un nuevo debate sobre el islam y su encaje en la sociedad alemana.

Esta discusión permitió la inclusión del frame de la pérdida de la identidad que había retomado el movimiento antimusulmán Pegida hacia fines de 2014, y que posteriormente AfD incorporaría a su discurso político. De hecho, la adopción de este frame fue otra de las divergencias entre las facciones de AfD que forzaron la salida de su fundador y líder Bernd Lucke[68].

Este frame apela a la identidad nacional y a una nostalgia colectiva por una Alemania idealizada. El sueño de volver a ser lo que una vez se fue se convierte en el motor fundamental de los ultraderechistas, en especial del sector etnonacionalista y del grupo de los idealistas del partido que describimos en el capítulo 3. La narrativa del rescate vuelve a repetirse y en este caso AfD se construye a sí misma como el actor político con la obligación histórica de recuperar esa Alemania de antaño.

El frame de la pérdida de la identidad permite identificar elementos concretos y definirlos como obstáculos para que Alemania encuentre su legado glorioso y vuelva a ser la vieja Alemania. AfD ha llegado entonces para convertirse en un héroe con el valor suficiente para mencionar esos males, para pelear contra ellos y para derrotarlos. En caso contrario, Alemania se enfrentaría a su total decadencia y posterior desaparición en manos del villano de turno.

El rol del villano en esta narrativa se relaciona con la presencia de extranjeros en general, aunque actualmente se le atribuye al islam y a sus postulados. La religión musulmana es calificada por los ultraderechistas como incompatible con las leyes y en concreto con la cultura alemana. Esto sirve de sostén para definir al islam como un intruso con intenciones de imponer sus propias reglas y con ello de destruir las preexistentes, ya sean legales o sociales.

La crisis que generó la llegada de los refugiados fue el contexto perfecto para introducir este frame al debate político. La definición del problema como amenaza latente para la identidad y la cultura alemana configuraba el arriba mencionado escenario de estado de excepción. La defensa pasaba entonces a ser prioridad. En el marco de esta situación excepcional, AfD identificó la posibilidad de romper los límites de lo políticamente correcto y asegurar que el problema final era que «el islam no pertenece a Alemania»[69].

Este frame tuvo un gran impacto, ya que el campo venía siendo sembrado por las ideas de Sarrazin y otros ideólogos de la intelectualidad de las Nuevas Derechas alemanas. AfD se enorgullecía de ser el primer partido político con «el valor para decir la verdad». Una verdad naturalmente creada por su propio frame. Una verdad cuya función era desde un principio aprovechar política y electoralmente la coyuntura.

Los tres frames descritos son sólo algunos de los que AfD ha utilizado a lo largo de estos cuatro años de existencia. El denominador común entre ellos es el masterframe de la amenaza latente y la definición constante del contexto como un estado de excepción que merece medidas y posicionamientos excepcionales. AfD se define a sí misma como el faro en medio de un caos que lleva a Alemania a la deriva. Dicho caos es manejado con malicia o con negligencia por los partidos tradicionales que son incapaces de hacerse cargo de representar los verdaderos intereses de los alemanes.

La ultraderecha alemana ha sido capaz de construir este discurso e instalarlo en el debate político. Las encuestas de intención de voto indican que uno de cada diez alemanes apoya estas definiciones. En algunas elecciones regionales del este ha llegado a tener el apoyo de uno de cada cuatro votantes. Cabe preguntarse entonces: ¿cómo ha logrado AfD instalar estas ideas desde el extraparlamentarismo y cuáles fueron las tácticas que facilitaron su conexión con la ciudadanía?

4.6. La provocación como estrategia

AfD fue capaz de controlar la agenda alemana en varios pasajes de los últimos cuatro años. El primer paso para lograrlo fue obtener voz en el concierto de los partidos tradicionales que discutían en los medios de comunicación sobre los temas más relevantes. Este fue un proceso que demuestra las capacidades comunicacionales de los dirigentes ultraderechistas y, en especial, su inteligencia para controlar el ánimo social utilizando instrumentos como la provocación estratégica.

La base de la táctica de AfD para ganarse un lugar en los medios y, por consiguiente, tener la posibilidad de introducir sus frames en el debate público se cimienta en un rompimiento consciente con lo que se conoce como lo políticamente correcto. A partir de la eliminación de los límites de lo políticamente correcto, AfD logró dos objetivos. Por un lado, obtuvo la atención de los medios de comunicación, que cayeron fácilmente en la trampa, posiblemente ávidos de titulares controvertidos y vendedores. Por otro, generó condiciones para contrarrestar las acusaciones más recurrentes que reciben normalmente los partidos de ultraderecha. Aquí es donde tal vez resida la gran diferencia entre el éxito de AfD y la desaparición de partidos con ideologías similares en el pasado[70].

Desde los inicios de AfD, sus dirigentes comprendieron que a través del uso de la provocación adquirían una sobredimensionada cobertura mediática que los colocaba frente a una audiencia a la que no estaban en condiciones de acceder pagando espacios de publicidad. El tema inicial de AfD también se prestaba a ello. En efecto, criticar abiertamente a la Unión Europea y al euro no era algo común en el conjunto de los partidos políticos alemanes, con la excepción de un sector de La Izquierda[71]. En aquel momento, AfD era constantemente convocada por los medios porque servía de contrapunto en debates donde ya no había confrontación. Nadie se atrevía a proponer, por ejemplo, el retorno del marco alemán. En este sentido, AfD era útil para la prensa y viceversa. Además, algunas frases de sus líderes comenzaban a dejar al descubierto la veta ultraderechista que activaba el morbo de muchos y los volvía aún más atractivos para presentarlos como los bichos raros de un circo.

En este contexto, mientras los partidos políticos tradicionales, los periodistas más importantes e incluso los analistas de fuste

consideraban que AfD no era más que un fenómeno político temporal más en vías de desaparecer, los ultraderechistas comenzaban a desarrollar su táctica más efectiva: la provocación estratégica. A través de ella, AfD no sólo logra titulares de prensa, sino que también lanza nuevos frames en debates como el de la migración, la crisis europea o incluso el de la identidad nacional.

Por otra parte, la provocación estratégica también ha sido la herramienta que utilizó la ultraderecha para erosionar progresivamente los límites de lo políticamente correcto. Para comprender esto último, es preciso observar su funcionamiento. El proceso trabaja siempre de la misma forma. Comienza cuando, en el marco de una discusión determinada, uno de los dirigentes lanza una frase o argumentación que genera automáticamente controversia. Ejemplo de esto es la frase de la líder de AfD, Frauke Petry, que citamos en el capítulo anterior cuando habló de abrir fuego contra los refugiados que cruzasen la frontera sin permiso. Este tipo de frases no son expresadas sin segundas intenciones. La idea es justamente que su supuesta espontaneidad impacte en la opinión pública, que seguramente la rechazará pero que de todas formas recibirá el mensaje.

El siguiente paso de este proceso consiste en amortiguar el mencionado impacto a través de un eventual pedido de disculpas o de una matización de la declaración acompañada de un arrepentimiento por las formas empleadas. Sin embargo, esta amortiguación supone un refuerzo implícito del mensaje inicial, ya que entremezclada con las disculpas aparece alguna mención a la necesidad de decir la verdad, de mencionar los problemas de la gente o de hacerse cargo de los miedos de la población.

Finalmente, a raíz de esta provocación estratégica, es posible que algunos partidos decidan incorporar parte o la totalidad del mensaje de AfD. Ya sea por miedo a perder votos o por un sinceramiento con las propias convicciones, partidos como la CSU, la CDU o incluso algunos líderes de La Izquierda se han visto afectados por estos mensajes ultraderechistas y han intentado integrarlos a sus discursos, evitando la crudeza propia de la provocación estratégica de AfD.

El final del proceso deja como consecuencia la mencionada erosión y el posterior corrimiento de los límites de lo políticamente correcto. Su repetición a lo largo de los últimos cuatro años ha generado no sólo un cambio importante en lo que los partidos políticos enuncian, proponen y defienden respecto de temas complejos como la migración, el islam o la identidad, sino también un impacto en el

comportamiento ciudadano que se expresa sin filtros, tal vez fomentado por el anonimato que otorgan las redes sociales.

4.7. Lo políticamente incorrecto como mecanismo de ocultamiento

Para terminar de analizar la importancia de estos cambios en lo políticamente correcto, resulta necesario observar el reframing aplicado por AfD. Hemos visto en este capítulo que la narrativa del rescate que se desprende del frame de la amenaza latente ubica a los ultraderechistas como héroes que llegaron para desvelar una verdad que partidos políticos, medios de comunicación, organizaciones internacionales y demás actores políticos y sociales de envergadura le ocultan al pueblo alemán.

Según AfD, el concepto de lo políticamente correcto ha funcionado como el dispositivo facilitador de ese ocultamiento. Los límites morales que se desprenden de él no son más que una herramienta para impedir que se conozca la verdad o bien que se enfrenten los problemas. Tras este reframing de los ultraderechistas, el hecho de ser políticamente incorrecto deja de ser una actitud repudiable para pasar a ser una acción reivindicable. Lo que se pone de relieve es un supuesto valor de los dirigentes y militantes de AfD para revelar la verdad incluso a costa de desafiar a los consensos sociales reinantes.

4.8. Tolerar la intolerancia

Otro reframing efectivo que ha desarrollado la ultraderecha se relaciona con el frame de la defensa de los valores democráticos. A causa su carácter autoritario e intolerante, los movimientos ultraderechistas en general resultan incompatibles con las concepciones democráticas más básicas. Ello resulta totalmente lógico si partimos de la base de que estas fuerzas realizan apología del racismo y de las prerrogativas de sangre o de clase, desprecian las libertades individuales y fomentan la xenofobia, entre otras cuestiones.

Hasta hace poco hemos sido testigos de la reacción masiva de la población de los distintos países europeos cuando partidos ultraderechistas están cerca de llegar al poder. Políticos, intelectuales, medios y otras figuras representativas aplican el frame de la defensa de los valores democráticos cuando esto sucede. Ya no se trata de elegir un proyecto político, sino que el objetivo es impedir el mal mayor: una victoria de la ultraderecha que pondría en peligro los valores democráticos de la libertad y la igualdad y, con ello, nuestra forma de vida. El rechazo cristaliza en votos y la ultraderecha es derrotada.

Esto ha sucedido en una decena de oportunidades en distintos países a lo largo de los últimos 25 años. Sin embargo, la ultraderecha ha aprendido y ha actuado en consecuencia. Ha comprendido que debe pelear el debate democrático y, para ello, instalar su propio frame que seleccione y jerarquice los valores democráticos más convenientes para su visión. El objetivo de los ultraderechistas es integrarlos a su discurso para erosionar paulatinamente el impacto del frame mencionado más arriba.

En ese sentido, AfD, por ejemplo, ha incorporado fuertemente a su argumentario la defensa de la libertad de expresión. Todos tenemos derecho a decir lo que queramos y nadie está en condiciones de impedirlo. Por duro que sea o por políticamente incorrecto que suene, cada ciudadano alemán puede expresar su parecer públicamente. Bajo este escudo, los distintos dirigentes de AfD no sólo han justificado sus propios exabruptos, sino que han ofrecido cobertura a otros tipos de manifestaciones claramente xenófobas, intolerantes o llanamente racistas. El caso del movimiento Pegida es una de ellas.

Sin mostrarse como parte orgánica de Pegida, los voceros de AfD han sido los únicos en defender las posiciones de los antimusulmanes que marchaban semana a semana en las manifestaciones. Todo cuestionamiento de lo expresado era respondido por los ultraderechistas con la defensa de la libertad de expresión. Y en ese correlato aplicaban entonces una suerte de victimización de aquel que en realidad estaba expresando un mensaje xenófobo en público.

Más allá del ejemplo de Pegida y el aprovechamiento político que AfD hizo de él, la defensa de la libertad de expresión ha sido fundamental para revertir momentos de duro cuestionamiento de la opinión pública. En más de una ocasión, AfD ha abusado de la mencionada provocación estratégica. El máximo representante de los excesos discursivos ha sido el etnonacionalista Björn Höcke. Él ha comparado al pueblo africano con bacterias y piojos que se reproducen descontroladamente. Así se explica, según él, el fenómeno migratorio. También ha dicho que el monumento a las víctimas del Holocausto era una vergüenza para Alemania. Estas declaraciones se han ganado una fuerte reprobación general, incluso dentro de la propia AfD. En situaciones como estas, la dirigencia de AfD ha apelado generalmente a un pedido de disculpas formal que siempre iba acompañado de una mención a la libertad de expresión. Especialmente la que teóricamente rige en el propio partido.

En resumen, el postulado de AfD en este punto se puede resumir de la siguiente manera: la ultraderecha exige una tolerancia de la intolerancia.

4.9. El aislacionismo digital

Para finalizar este apartado haremos mención al uso de las redes sociales de AfD y de los dirigentes más importantes. Una investigación del diario alemán Süddeutsche Zeitung sobre el uso de Facebook de los distintos partidos políticos revela que los ultraderechistas desarrollaron una suerte de aislacionismo digital[72]. El trabajo del periódico indica que aquellos usuarios que interactúan de alguna forma con páginas de AfD, sus dirigentes u otras organizaciones cercanas muestran un contacto digital bajo o nulo con el equivalente de otros partidos políticos. El diario Der Tagesspiegel realizó un análisis similar pero referido a la red social Twitter[73]. Los resultados son prácticamente idénticos. Aquellos que siguen a miembros de la comunidad de AfD no reciben inputs de otros partidos políticos, al menos vía redes sociales, y viceversa.

Estas conclusiones nos permiten afirmar que AfD ha creado en las redes sociales una suerte de espacio público propio en el cual los mensajes políticos se retroalimentan entre sí y con ello generan una fuente de información propia que refuerza frames. Este mecanismo endógeno permite asimismo que las críticas a AfD se mantengan por fuera del circuito y, por consiguiente, favorece la unanimidad informativa y evita el desarrollo de eventuales contradicciones.

Por otra parte, esta separación relativa entre el espacio público digital de AfD y el del resto de los partidos fortalece el concepto de la ultraderecha que se presenta a sí misma como la única oposición. Para AfD todos los partidos políticos omiten hablar de los verdaderos problemas de los alemanes y con ello dejan de representar los intereses de la población para pasar a representar sus propios intereses corporativos. Al permanecer separados en el mundo virtual, la percepción de los seguidores de AfD en las redes sociales de que el resto de los partidos políticos no se ocupan de sus problemas se robustece.

Es interesante observar que el único partido tradicional que muestra una cercanía a AfD en este mundo de las redes sociales es la CSU, el partido conservador de Baviera. Existen determinados nodos temáticos que conectan a estas dos fuerzas políticas. Esto nos deja dos conclusiones interesantes. La primera se relaciona con la capacidad que tuvo AfD de controlar la agenda e imponer sus frames,

especialmente respecto del tema de los refugiados, y la penetración de su discurso en el sistema de partidos tradicionales. Tal vez por eso, partidos como la CSU radicalizaron algunos de sus mensajes llegando incluso a enfrentarse con su aliada política más valiosa, la propia canciller Angela Merkel.

La segunda conclusión que podemos sostener es que, pese a los elementos radicales y políticamente incorrectos de su discurso político, AfD todavía se mantiene en un espacio político no marginal. En otras palabras, AfD no se encuentra aún en el campo correspondiente al neonazismo. Esto le otorga un margen de legitimidad y con ello consolida su inserción en el sistema de partidos políticos germano. Es posible que el gran miedo del líder de la CSU Josef Strauβ se haya hecho realidad: «A la derecha de la Unión no puede haber ningún partido democráticamente legitimado»[74].

5. Del euroescepticismo al ultraderechismo en menos de cuatro años

Desde un punto de vista cronológico, se puede considerar a Alternativa para Alemania como una consecuencia directa de la crisis del euro iniciada en 2010. Los paquetes de rescate para Grecia fueron el germen que derivó en el nacimiento de una nueva fuerza política en febrero de 2013. AfD nació como una respuesta a las políticas de la Unión Europea que, según sus fundadores, iban en contra de los intereses de Alemania.

Con el profesor de economía Bernd Lucke a la cabeza, Alternativa para Alemania no tardó en comenzar a crecer en las encuestas. Apenas algunos meses después de su fundación, AfD participó en las elecciones federales y tuvo un resultado que sorprendió a muchos: 4,7 por ciento, a sólo décimas del piso obligatorio[75]. Más de dos millones de votantes habían decidido apoyar a la joven fuerza política. El perfil liberal en materia económica le permitía absorber parte del decepcionado electorado del Partido Liberal Alemán (FDP)[76], mientras que su discurso profundamente euroescéptico, esencialmente antieuro, le abría las puertas del impredecible voto de protesta. Sin embargo, el objetivo del partido de los profesores, llamado así a causa del número de afiliados con título académico, era posicionarse como una posible alternativa para aquellos votantes conservadores con reparos y críticas hacia la política del hasta entonces gobierno conservador-liberal liderado por Angela Merkel.

La actuación de AfD obedecía a un fenómeno transversal que se alimentaba del descontento en distintos sectores de la población. En efecto, todos los partidos políticos habían perdido votantes en favor de AfD, en especial el partido de La Izquierda (die Linke) y el liberal (FDP). Los casi dos millones de euros que recibió el partido de Lucke por haber logrado el 4,7 por ciento de los sufragios fueron la base para la campaña a las europeas de mayo de 2014[77]. Los euroescépticos querían prolongar su éxito y qué mejor que utilizar al objeto de sus críticas como vehículo de sus propuestas. La profundización del discurso antieuro y la aparición de algunos elementos de corte nacionalista, que en algunos casos rozaban la xenofobia, fueron las características principales de su mensaje. La presencia en los medios de comunicación fue en aumento y, con ella, las expectativas de sus líderes y seguidores.

Tal vez por ello, el 7,1 por ciento que AfD consiguió en las elecciones europeas haya sido interpretado como un golpe por la dirigencia del partido. Esperaban algo más. De todas formas estas elecciones comenzaban a delinear algunas definiciones importantes. Por un lado, se ponía en duda la idea sostenida por muchos políticos y periodistas, que pronosticaban una pronta desaparición de los eurófobos, por entender a AfD como un partido típico de protesta que sólo se alimenta de la coyuntura. En aquel momento no lo sabían, pero irónicamente estaban acertando con el diagnóstico: aprovechar la coyuntura es el rasgo que sostendría y haría crecer a AfD. Lo que aquellos analistas no supieron prever fue que los ultraderechistas desarrollarían una hábil capacidad para aprovechar el contexto inmediato, incluso cuando este cambiaba.

Apenas tres meses más tarde, en otoño de 2014, tuvieron lugar tres elecciones regionales en Alemania. Todas ellas en territorio oriental, es decir, en territorios correspondientes a la desaparecida República Democrática Alemana. Las particularidades de las regiones del este jugaban un papel fundamental en las expectativas de AfD. Por un lado, porque el electorado de estos Estados ha mostrado históricamente una inclinación particular por experimentar con su voto, en especial eligiendo opciones marginales y en muchos casos de extrema derecha[78]. Por otro lado, la percepción de los alemanes del este de ser víctimas de una desigualdad histórica respecto del oeste fomenta aún más la necesidad de expresar rechazo hacia el sistema de partidos tradicional.

En dicho contexto, las tres campañas electorales que tenían lugar prácticamente en paralelo y que por la cercanía geográfica incluso permitían la celebración de actos políticos conjuntos, se basaron en un discurso marcadamente nacionalconservador. Tanto en Brandenburg y en Sachsen, como en Thüringen, los mensajes de AfD poseían un insoslayable componente nacional y regional que apelaba a cuestiones de identidad y que inexorablemente llevaban a consignas fuertemente derechistas. Sus candidatos no tenían ningún inconveniente en hablar sobre la delincuencia en la frontera con Polonia y República Checa: tráfico de drogas, robos, trata de personas. Según los candidatos de AfD, todo era producto de una mala política de migración y una incapacidad de los partidos tradicionales de referirse a temas incómodos. Este discurso obviamente encendía debates sobre discriminación y xenofobia, pero al mismo tiempo no dejaba de estar anclado en los sentimientos y las percepciones de muchos votantes.

Sus carteles electorales rezaban, por ejemplo, «Fronteras seguras en lugar de criminalidad sin fronteras» o «No somos la seguridad social

del mundo». AfD había cambiado su objeto de crítica y con ello había readaptado su relato en su mismo marco interpretativo, es decir, la existencia de una amenaza[79]. Ahora el problema ya no era el euro o la Unión Europea, al menos ya no era el único; el problema real era la pérdida de la identidad y de la cultura nacional, la desidia de los partidos tradicionales y los políticos de profesión que se negaban a nombrar a los problemas por su nombre.

El resultado de estas tres elecciones fue motivo de festejo para AfD: 10,6 por ciento en Thüringen, 12,2 por ciento en Brandenburg y 9,7 por ciento en Sachsen. Uno de cada diez votantes de estos tres Estados de la vieja Alemania oriental se inclinaba por la nueva opción conservadora. Al igual que en las federales de 2013 todos los partidos políticos sufrían el crecimiento de AfD y le cedían parte de su caudal electoral. A ello se agregó una importante contribución de los no votantes cuya participación evidenciaba la necesidad de expresar el rechazo hacia los partidos tradicionales de los ciudadanos más desencantados. Así fue como los ultraconservadores ingresaron por primera vez a un parlamento regional y con ello ratificaban dos cuestiones.

En primer lugar, AfD era capaz de incorporar sectores amplios que no respondían a espectros ideológicos homogéneos. Es así como un profesor conservador exvotante de la CDU coincidía con un obrero nostálgico de la RDA que toda su vida había votado por die Linke. En segundo término, la utilización de un discurso políticamente incorrecto, que según los voceros ultraconservadores correspondía al pensamiento popular, no generaba el rechazo pronosticado por los políticos de otros partidos y los medios de comunicación. Por el contrario, miles de alemanes se veían reflejados en él. Era un discurso que tomaba en serio sus miedos y que respondía a su frustración.

Estas tres elecciones regionales también fueron el bautismo político de quienes se convertirían en tres referentes del partido: Frauke Petry, Alexander Gauland y Björn Höcke. Los tres con un perfil distinto al del fundador de AfD, Bernd Lucke. Luego de esas elecciones tuvieron la legitimidad suficiente dentro de la formación para convertirse en los verdugos de Lucke[80].

Hacia finales de 2014 surge en Alemania un movimiento político-social denominado Pegida, cuyas siglas corresponden a Patriotas Europeos Contra la Islamización de Occidente. Su aparición fue un punto de inflexión fundamental para la evolución de Alternativa para Alemania. Los dirigentes de AfD debían tomar una decisión política que marcaría el futuro del partido y que terminaría de forjar el perfil

ideológico del mismo. Esta situación generó un importante conflicto interno que dividió las aguas entre aquellos que preferían un perfil más conservador en línea con el discurso de las últimas elecciones regionales y aquellos que apostaban por una propuesta más económico-liberal que fuera el reemplazo natural del golpeado partido liberal (FDP). Los primeros apoyaban abiertamente a Pegida, que en enero de 2015 llegó a tener 25.000 manifestantes según las estimaciones de la policía[81]. Los últimos preferían guardar distancia y evitar ser emparentados con las consignas xenófobas que caracterizaban al movimiento nacido en Dresde, capital de Sachsen.

Más allá de las apariciones públicas y los debates en talk shows televisivos, la pelea terminó por dirimirse en un congreso del partido en la ciudad de Essen en julio de 2015[82]. El fundador y hasta ese momento líder del partido, Bernd Lucke, intentó ser reelegido. Sin embargo, cayó ante Frauke Petry, quien había logrado aglutinar a las facciones más ultranacionalistas del partido lideradas por Gauland y Höcke. También recibió el apoyo de Alice Weidel, perteneciente al ala ultraliberal de Lucke. Weidel prefirió pasarse al lado triunfador a tiempo. El triunfo de Frauke Petry significó la cristalización de una metamorfosis que AfD venía realizando desde hacía meses: de euroescéptico a ultraconservador. Lucke se fue junto a cerca de 1.000 afiliados que renunciaron a los pocos días. Y por enésima vez los analistas políticos auguraron el fin de este partido de derechas. Según su opinión, no habría lugar para un partido de esas características en el sistema político alemán. Además, las luchas intestinas terminarían por socavar la estructura de un partido que, con la salida de Lucke, perdía a su figura más relevante.

La defunción de AfD era para muchos una cuestión de tiempo. Las encuestas de intención de voto habían caído de aquel sorprendente 9 por ciento de septiembre de 2014, tras las elecciones del este, a un opaco 3 por ciento que lo ubicaba en el agregado de partidos políticos irrelevantes. El panorama gris, sin embargo, presentó dos alicientes para AfD. Pese a la crisis, los ultraconservadores obtenían representación parlamentaria en otras dos regiones, en este caso las ciudades-estado de Hamburgo y Bremen, en febrero y en mayo respectivamente. Con ello no sólo lograban consolidarse como partido, sino que rompían por primera vez la frontera este-oeste.

En ese sentido, AfD comenzaba a poner en entredicho la hipótesis de los analistas: los ultraderechistas sólo tienen posibilidades de éxito en el este de Alemania a causa de la mayor tendencia a «experimentar con el voto». El politólogo Karl-Rudolf Korte, experto en partidos políticos, lo mencionaba en su análisis postelectoral en Sachsen: «Los

alemanes del este se permiten experimentar con su voto ya que la identificación partidaria es mucho menos fuerte que en el oeste. Es por ello que los partidos más extremistas, así como las nuevas ofertas electorales, reciben mucha más confianza»[83]. Tal vez porque Hamburgo y Bremen son ciudades-estado y no regiones, la entrada de AfD en esos parlamentos del oeste de Alemania no tuvo tanta importancia en ese momento.

El hecho que rescata a AfD de lo que parecía una muerte anunciada fue la inesperada llegada masiva de refugiados a Alemania a finales del verano de 2015. Los cientos de miles de refugiados que pisaron suelo alemán en el lapso de pocas semanas obligaron a la canciller Merkel a tomar posición en ese corto plazo. La líder conservadora pronunció la famosa frase: «Lo conseguiremos»[84]. Este fue uno de los problemas más grandes a los que se enfrentó Merkel a lo largo de sus primeros doce años al frente del gobierno.

La imagen de la canciller cayó abruptamente no sólo entre el electorado conservador, sino también en aquellos sectores vulnerables que manifestaban desconcierto y temor por la llegada de refugiados. La falta de comunicación y de objetivos claros, la confusión y desorganización en las dependencias locales y la incapacidad del Gobierno para prever la situación y elaborar un plan de contingencia fue el caldo de cultivo para la crisis política más importante de la era Merkel.


EVOLUCIÓN DE INTENCION DE VOTO ULTRADERECHA
NIVEL FEDERAL | SEP13-MAY17
EN % | INSA/YOUGOV
EUROPEAS MAYO 6%
ELECCIONES ESTE|SEPTIEMBRE 9%
PEGIDA
ALEJAMIENTO LUCKE PETRY NUEVA LIDER 3%
VERANO 2015 REFUGIADOS
13%
REGIONALES MARZO
24,3% ST
15,1% BW
15,5%
REGIONALES SEPTIEMBRE
20,8% MV
14,2% BE
10%
ASCENSO DE MERKEL EFECTO „SCHULZ“
2013
2014
2015
2016
2017

Los ultraderechistas se vieron claramente beneficiados por este contexto caótico y por la tardanza de muchos políticos, especialmente de la CDU, en ofrecer posiciones políticas concretas. Así AfD volvía a ser el único partido capaz de nombrar a los problemas por su nombre. En ese sentido, sus líderes no dudaron en calificar la llegada de los refugiados como un peligro para Alemania y sus habitantes. Nuevamente el frame de la amenaza latente.

El miedo, sumado a la falta de información, fue fundamental para que el discurso de los ultraconservadores ganase espacio y adeptos. Tal es así que AfD alcanzaría en enero de 2016 trece puntos porcentuales de intención de voto. Es decir, diez puntos de crecimiento en menos de seis meses. Algo inédito.

La primera prueba de fuego que debió superar AfD para consolidar su recuperación fueron las elecciones regionales de Baden-Württemberg —en el sur de Alemania—, Rheinland-Pfalz —en el oeste— y Sachsen-Anhalt —en el este— celebradas en marzo de 2016. Tres regiones muy diferentes entre sí. Por un lado, el sur rico que había sido gobernado por los conservadores durante más de 50 años y que en la última elección había optado por un gobernador del partido verde, Winfried Kretschmann[85]. Por otro, el oeste, desindustrializado y relativamente pobre, dominado por la socialdemocracia desde la caída del muro. Por último, una de las regiones más relegadas del este con los niveles de adhesión a movimientos y partidos de extrema derecha más altos de Alemania.

La ultraderecha obtuvo resultados sumamente satisfactorios en cada una de ellas. En Sachsen-Anhalt, al este, logró que uno de cada cuatro votantes se inclinase por su propuesta y se convirtió en segunda fuerza a sólo 5,5 puntos porcentuales de ganar la elección. En el sur superó el 15 por ciento, lo cual forzó la primera derrota de la CDU en toda la historia de Baden-Württemberg. En Rheinland-Pfalz también obtuvo un buen resultado ubicándose por encima del 12 por ciento de los sufragios.

El balance final para AfD arrojaba algunas conclusiones fundamentales que definitivamente modificaban el panorama político alemán: primero, la consolidación de un partido político, cuya representación oscilaba entre el 10 y el 25 por ciento del electorado; segundo, la barrera psicológica de la antigua cortina de hierro quedaba eliminada y con ello aumentaban las expectativas de cara a las elecciones federales de 2017; tercero, el aumento de la participación electoral, denominador común en las tres regiones, era motorizado

principalmente por votantes de AfD; cuarto, la estrategia electoral basada en un discurso político de ultraderecha, que instrumentalizaba políticamente el miedo, había rendido sus frutos.

Seis meses más tarde, AfD volvía a lograr enormes apoyos en las elecciones de Berlín y de Mecklenburg-Vorpommern. En esta última se convirtió en segunda fuerza con el 20,8 por ciento de los votos, relegando a la CDU a la tercera posición. El partido de Merkel era por primera vez derrotado por AfD y el impacto era fenomenal, tanto hacia el interior de la Unión como en su relación con sus aliados históricos de Baviera, la Unión Social-Cristiana (CSU). Incluso se llegó a poner en duda la figura de Merkel como candidata a canciller para 2017, algo absolutamente impensado meses atrás.

Una semana más tarde, las elecciones de Berlín ratificaban el buen momento de AfD y el mal momento de la CDU, aunque a esta última se le sumaba el Partido Socialdemócrata (SPD), el otro partido mayoritario de Alemania. Ambos perdían más de 5 puntos porcentuales y, pese a retener el primer y segundo lugar, ya no eran capaces de formar una gran coalición. En otras palabras, los dos partidos mayoritarios no conseguían la mayoría absoluta. Algo inédito para Berlín y un símbolo de cara a las elecciones federales de 2017.

El éxito electoral llevó a la ultraderecha a su pico histórico de intención de voto a nivel federal: 15,5 por ciento. Con ello se consolidaba como la tercera fuerza del país y para algunos incluso con una perspectiva aún más ambiciosa: desbancar a un partido mayoritario del segundo lugar. En ese momento, el partido socialdemócrata (SPD) vivía una de las situaciones más difíciles de su historia en términos de popularidad y su intención de voto caía al 20,5 por ciento. Apenas 5 puntos por encima de AfD.

Sin embargo, esta primavera ultraderechista se terminó justamente en la primavera de 2017. Debido a una progresiva recuperación en la imagen de Merkel y el impacto que significó el nombramiento de Martin Schulz, expresidente del Parlamento Europeo, como candidato a canciller del SPD, AfD sufrió una caída significativa en las encuestas. Entre enero y abril de 2017 la ultraderecha perdía un tercio de su intención de voto, además de su preeminencia a la hora de determinar la agenda política. Ya no era la ultraderecha quien dictaba el contenido de los medios de comunicación a través de la provocación estratégica o del aprovechamiento de alguna situación coyuntural. Por el contrario, los partidos mayoritarios retomaban la iniciativa y opacaban a una AfD que paralelamente volvía a tener problemas internos.

Además, el voto de los conservadores indignados con Merkel por su política de refugiados estaba regresando a la CDU. En efecto, los votantes conservadores tenían más rechazo a un gobierno de izquierdas liderado por el SPD que a los errores de la canciller respecto del tema refugiados. Un tema que, por cierto, ya no tenía la misma importancia en la agenda pública, debido al tratado sellado entre la Unión Europea y Turquía que frenó la llegada de refugiados a través de la ruta de los Balcanes.

En el interior del partido se había desatado una guerra de egos entre los líderes de las distintas facciones. Por un lado, aparecía la figura de Petry que, junto a su flamante marido, Markus Pretzell, líder de AfD en la región de Nordrhein-Westfalen, se había convertido en un elemento de conflicto. Por otro, comenzaban a ganar protagonismo algunos líderes del grupo de los etnonacionalistas[86]. En especial Björn Höcke, quien había conseguido posicionarse como el contrapeso de Petry. Höcke era un punto de referencia para muchos militantes de base, mayoritariamente idealistas, que veían que Petry ejercía un excesivo personalismo en detrimento de los objetivos del partido. La disputa interna se profundizó cuando Björn Höcke se excedió públicamente con una declaración propia de una formación neonazi. El líder de AfD en la región de Thüringen, ex RDA, manifestó que el monumento a las víctimas del Holocausto era «una vergüenza plantada en el corazón de la capital», es decir, de Berlín[87]. El partido inició un proceso para evaluar sanciones contra Höcke. Lo interesante fue que la indignación generalizada por sus dichos no se concentró en su persona en exclusiva, sino que la responsabilidad fue adjudicada a AfD en general. El partido en su conjunto amortiguaba nuevamente una provocación calculada.

Con el fin de liquidar la lucha interna y detener la sangría del voto conservador que volvía a confiar en Merkel, la cúpula de AfD decidió resolver sus diferencias en el congreso de Colonia en abril de 2017. Se enfrentaban Frauke Petry, que llegaba debilitada por las fuertes críticas de sus compañeros de partido, con el dúo de Alexander Gauland y Jörg Meuthen, quienes supieron estar del lado de ella en 2015 y que ahora no tenían el menor interés en acompañar su liderazgo[88].

El resultado dejó a Petry como la perdedora del día, mientras que Gauland y su grupo salían reforzados. La elección de un dúo como cabeza de lista —Gauland-Weidel— obedecía a cuestiones estratégicas para mantener la cohesión dentro del partido. Por un lado, la candidatura de Gauland respondía a los sectores más etnonacionalistas y nacionalconservadores. Por otro, Alice Weidel, miembro de la

facción más liberal desde lo económico pero con un marcado carácter ultraconservador en el resto de los temas, venía a ocupar el rol del contrapeso. Y no sólo por ser mujer, ejecutiva exitosa y lesbiana, tres elementos que chocan con el pensamiento ultraconservador tradicionalista del militante promedio de AfD, sino más bien por su capacidad para frenar el ascenso de Höcke, tanto dentro del partido como hacia fuera. En resumen, Weidel fue el parche que intentaba impedir que Höcke se transformase en la cara de AfD. Con ello, se evitaba una vez más la etiqueta de ultraderecha radical, al menos estéticamente.

Pese al triunfo de sus enemigos, Petry decidió continuar siendo la presidenta del partido. El resto, para evitar mayores discusiones y concentrar las energías en la campaña, decidió callar y por lo tanto otorgar.

6. Fenómeno transversal: los cuatro públicos de AfD

Para comprender el complejo entramado que conforma el electorado del partido Alternativa para Alemania es necesario evitar un error muy común entre quienes analizan el factor AfD: suponer que el votante de esta fuerza se identifica inexorablemente con el discurso político exaltado y de corte xenófobo utilizado por los voceros del partido es una conclusión reduccionista. En otras palabras, aquel que vota a AfD no está necesariamente apoyando los postulados anti-islam, anti-refugiados o anti-Unión Europea que agitan los dirigentes del partido. El determinante del voto es producto de una compleja interacción entre las propias creencias, valores, intereses y expectativas, y la imagen que el votante construye sobre el partido y sus líderes.

Este error surge del intento por abordar al fenómeno de AfD exclusivamente a partir del eje ideológico derecha-izquierda. Las categorías de izquierda y derecha son prácticas, por ejemplo, para catalogar el discurso político de los dirigentes o el programa del partido. Sin embargo, son de difícil aplicación a la hora de analizar la heterogeneidad del electorado de AfD. Un electorado que fue variando sincrónica y diacrónicamente, alimentado por la decepción con todos los partidos del espectro político alemán y en especial por la reincorporación de aquellos que hacía tiempo habían decidido dejar de concurrir a las urnas. A estos últimos se sumaban algunos primeros votantes.

AfD se ha erigido en una opción política para descontentos que necesitan expresarse por fuera del sistema de partidos tradicionales, pero a la vez ejerciendo el derecho a voto. Este grupo conforma un electorado transversal que se compone de varios públicos con intereses y preocupaciones diferenciadas. Naturalmente, todos ellos presentan denominadores comunes, pero para localizarlos y entender los posibles determinantes de su voto es preciso analizar varios elementos. Por un lado, sus características políticas y sociales, así como el contexto en el que ejercieron el voto. Esto incluye la ubicación geográfica y la existencia de eventos extraordinarios, tales como la llegada de refugiados. Por otro, es preciso detectar los frames o marcos interpretativos que se activan en estos públicos y que terminan de delinear su fisonomía.

En este capítulo nos ocuparemos entonces de describir a los cuatro públicos fundamentales de AfD: el de extrema derecha, el euroescéptico, el anti-Merkel y el vulnerable. Además, veremos las importantes diferencias entre las regiones pertenecientes a la antigua RDA, al este de Alemania, y los denominados «alte Bundesländer»[89], al oeste del país. Este análisis nos llevará a problematizar las razones de la movilización del voto a AfD, y así incorporar otro eje que nos permita entender la transversalidad del electorado de la ultraderecha. Estamos hablando del eje dentro-fuera.

6.1. Extrema derecha: la xenofobia latente

El discurso político de los dirigentes de Alternativa para Alemania ha ido incorporando paulatinamente elementos propios de la retórica neonazi. Tal como hemos desarrollado en el capítulo 4, este concepto es utilizado por los expertos para definir a los partidos que sin mayores aclaraciones se presentan como los defensores del pueblo, se adjudican el derecho a hablar en su nombre y, en general, ofrecen soluciones muy simples a problemas muy complejos. Para la extrema derecha, un partido como AfD es una posibilidad de salir del plano de lo testimonial. En efecto, hoy en día un voto a AfD no es un voto tirado a la basura. Por el contrario, hasta las federales de 2017 AfD había logrado 176 escaños en los parlamentos regionales así como representación a nivel local en una gran cantidad de municipios. Para un militante de extrema derecha, es decir, con tendencias radicales, xenófobas y racistas, AfD no es sólo una opción electoral sino una posibilidad de difundir sus ideas de manera legítima a través de un partido político relativamente establecido.

Para el electorado de extrema derecha, AfD es una opción más entre una cantidad no menor de minúsculos partidos de corte neonazi que en conjunto no logran superar el 5 por ciento de los votos. La gran diferencia entre AfD y este grupo de fuerzas políticas es que ha logrado estabilizarse. Esto último ha sido el gran problema de las expresiones políticas que han intentado ocupar el espacio a la derecha de la conservadora Unión Cristiano Demócrata (CDU). En efecto, si tomamos el periodo que comienza con la caída del muro de Berlín y la posterior reunificación alemana, ha habido varias formaciones políticas muy similares a AfD tanto respecto del discurso político como en cuanto a su capacidad para atraer al votante ultraconservador o incluso de extrema derecha.

El partido Nacional Demócrata Alemán (NDP)[90] fundado en los años sesenta nunca ha logrado alcanzar el 5 por ciento de los votos en una elección federal. Sin embargo, después de la reunificación, ya en la primera década del siglo XXI, logró escaños en dos parlamentos regionales del este, Mecklenburg-Vorpommern y Sachsen, en dos elecciones consecutivas. Pese a estos dos hitos electorales y a pesar de ser durante décadas la fuerza política más representativa de la ultraderecha alemana, el NPD nunca fue capaz de quitarse el cartel de

partido neonazi, o nunca quiso hacerlo. En este sentido, con las mencionadas excepciones, esta fuerza nunca estuvo ni estará en condiciones de conformar una oferta política seria. Algo que sí ha logrado Alternativa para Alemania. Además del NPD, existen varios partidos que caen en la bolsa de la extrema derecha[91]. Los «invotables». Los outsiders que pese a estar a la derecha de la CDU, se dan como descontados y no participan en lo más mínimo en la construcción de la agenda pública de temas.

Hubo otras fuerzas políticas que lograron un respaldo mayor. Partidos que incluso fueron capaces de, como AfD, eludir la etiqueta de neonazis pese a tener un fuerte discurso xenófobo y ultranacionalista. Estamos hablando de Die Republikaner (REP) y de la Deutsche Volksunion (DVU)[92]. Die Republikaner (REP) fue fundado por exmiembros de la Unión Social-Cristiana de Baviera (CSU), el partido dominante de dicha región. Encarnando una propuesta de corte nacionalista, autoritaria y ultraconservadora, REP logró tener representación parlamentaria durante diez años en la región de Baden-Württenberg y estar a pocas décimas de ingresar al de Baviera. Incluso en Berlín en el año 1989, la última elección antes de la reunificación, este partido obtuvo un sorprendente 7,5 por ciento. Parecía que nacía un nuevo partido ultraconservador en Alemania. Sin embargo, el hype duró poco. Los éxitos electorales no se vieron reproducidos en otras regiones y con el paso de los años REP perdió importancia. Hoy apenas tiene representación en contados municipios perdidos en el sur del país.

La Deutsche Volksunion (DVU) también tuvo su momento de gloria, aunque su localización geográfica eran el norte y el este del país. En el norte tuvo buenos resultados en Bremen y en Schleswig-Holstein, donde consiguió representación parlamentaria. Pero fue en Sachsen-Anhalt, donde logró ser sensación. En 1998 DVU lograba el 12,9 por ciento de los sufragios y hacía que la CDU se estrellase de manera inédita al caer más de 12 puntos porcentuales respecto de la elección anterior, justamente los doce puntos que había obtenido la flamante fuerza ultraconservadora. Este partido manifestaba un discurso antimigración muy potente, condimentado por las frustraciones y heridas abiertas que había dejado la desigual reunificación alemana. DVU logró canalizar gran parte de ese enojo con el sistema y con la política en general al encontrar como chivo expiatorio a los extranjeros. El miedo al inmigrante, cuya presencia en Alemania del este era prácticamente nula, y su relación con un supuesto crecimiento de la criminalidad, permitió movilizar a aquellos ciudadanos desencantados. La participación subió más de 16 puntos porcentuales en esa elección. Sin embargo, la DVU no fue más que lo que duró esa

campaña electoral: no sólo no consiguió repetir este resultado, sino que ni siquiera pudo acercarse a él. Hacia fines de 2010, DVU se fusiona con el NPD y, por consiguiente, se suma al espectro de partidos neonazis.

AfD ha conseguido alimentarse de los electorados de todas las fuerzas políticas arriba mencionadas en todas las regiones en las que tuvieron éxito. Y lo hizo sin la etiqueta de neonazi y sin quedar circunscritos a una región en particular. Estuvo al límite de sufrir algunos de esos destinos, pero logró evitarlos. Las preguntas que surgen entonces son: ¿por qué aquellos partidos políticos con tantas similitudes con AfD no lograron establecerse en el sistema de partidos alemán? ¿Qué los condenó a la desaparición o a la insignificancia política? Las respuestas tienen que ver con la construcción de una transversalidad electoral que supone la incorporación de otros públicos que ayuden a legitimar la propuesta política y a evitar el encasillamiento en el grupo de los partidos extremistas. AfD lo logra al incorporar otros tres públicos a su electorado. Con ello no sólo diversifican su mensaje, sino que se transforman en opción para otros ciudadanos descontentos que no necesariamente comulgan con las ideas de la extrema derecha. Y es que, como dijimos al principio, la clave del ascenso de la ultraderecha está en el eje dentro-fuera, y no sólo en la categoría ideológica derecha-izquierda.

6.2. El euroescepticismo: un punto de partida

Alternativa para Alemania nace como consecuencia de un asunto coyuntural que hacia inicios de 2013, y posteriormente durante todo aquel año electoral, ocupó un lugar central en la agenda pública: el rescate financiero a Grecia[93]. La dirigencia de AfD tomó este tema particular y lo convirtió en una crítica general hacia la Unión Europea, convirtiéndola así en causa de todos los problemas de los alemanes. Es así como el primer spot electoral[94] que lanza AfD en septiembre de 2013 enumeraba las consecuencias negativas de la intervención «injusta y deliberada de la Unión Europea en los asuntos nacionales»: desperdiciaba el dinero de los alemanes en bancos quebrados, lo regalaba a países irresponsables con problemas estructurales, favorecía la inmigración descontrolada, provocaba la subida del precio de la electricidad, impedía que se invirtiese en educación, facilitaba la actividad de criminales. La lista sigue. En resumen, el frame o marco interpretativo principal del discurso inicial de AfD se apoyaba en la idea de que la Unión Europea actuaba en contra de los intereses nacionales. En otras palabras, para la nueva ultraderecha el tema no es la Unión Europea, sino que el interés nacional de Alemania está siendo amenazado. Esta postura nacionalista-liberal-euroescéptica fue la semilla de la posterior transformación hacia el ultraconservadurismo nacionalista-antimigración. Pero continuemos con la arista euroescéptica de AfD.

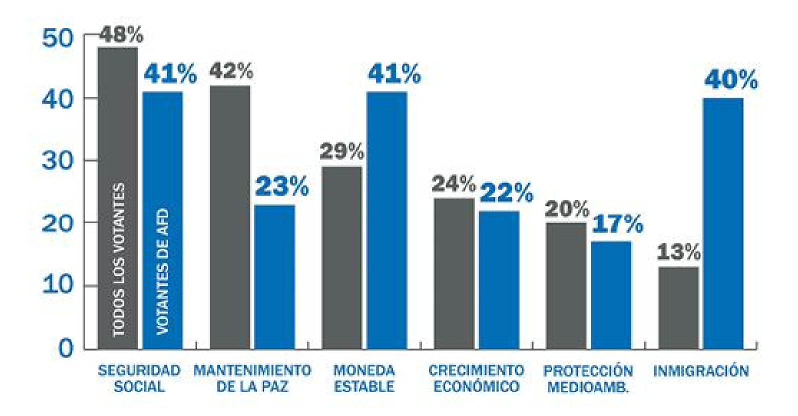
La eurofobia no es un fenómeno que haya nacido con AfD. Si bien es cierto que se acentuó en los últimos tiempos, el discurso antieuropeo existe en Alemania y en otros países del continente desde hace décadas. Lo que logró la ultraderecha de la mano de su fundador Bernd Lucke fue articular este fenómeno en una propuesta política concreta y darle una visibilidad importante a partir de una retórica que no reparaba en la corrección política. Esto generó un posicionamiento en el espacio público alemán que lo diferenciaba del resto de los partidos políticos. Con la excepción del ala más radical de die Linke, AfD era el único partido que argumentaba en contra de la Unión Europea y promovía cambios fuertes. Cambios que en sí mismos tenían un valor simbólico muy potente, como por ejemplo la exigencia de eliminar el euro y recuperar el marco alemán[95]. En este sentido, aquellos ciudadanos que en 2013 se indignaban con el rescate a Grecia, una indignación claramente alimentada por los medios de

comunicación más sensacionalistas, encontraron una expresión política que los representaba. Así fue como desde sus inicios AfD incorporó a su electorado a este grupo de votantes que se siente perjudicado por la Unión Europea y sus políticas y que no necesariamente pertenece al espectro político de la extrema derecha que describíamos en el apartado anterior.

En su primera elección, las federales de 2013, AfD quedaba a décimas de ingresar al Bundestag. Las encuestas de aquel entonces indicaban que un 21 por ciento de los alemanes veían como algo positivo que un partido político se posicionase en contra del euro[96]. Apenas medio año más tarde, el 7 por ciento obtenido en las europeas reforzaba aún más el perfil eurófobo de AfD. Entre los determinantes más importantes para apoyar al partido, sus votantes ubicaban en primer lugar la tenencia de una moneda estable —41 por ciento—, junto a los temas de la seguridad social —41 por ciento— y la inmigración —40 por ciento—.

También manifestaban sus miedos en torno a la crisis europea: más del 90 por ciento estaba convencido de que esa crisis costaría mucho más de lo que se creía, el 76 por ciento aseguraba que lo peor de ella aún estaba por llegar, dos de cada tres tenía miedo de perder sus ahorros y más de un tercio pensaba en la necesidad de reinstaurar el marco alemán[97].

Si miramos estos datos de forma superficial podemos inferir que existía una cierta incertidumbre en parte de la población respecto de la situación económica, que podría perjudicar eventualmente a Alemania. Sin embargo, el potente frame que se oculta detrás es el de la injusticia. La injusticia de que países extranjeros reciban lo que no merecen a costa del perjuicio alemán. En efecto, los dirigentes de AfD no dudaban un segundo en explicar la falta de inversiones en escuelas, infraestructura o el precio de la energía utilizando el frame de la injusticia.


¿CUÁL ES EL TEMA MÁS IMPORTANTE PARA DECIDIR SU VOTO?
EN %| INFRATEST DIMAP | 25MAY2014
50
40
30
20
10
0
48%
41%
42%
23%
29%
41%
24%
22%
20%
17%
13%
40%
TODOS LOS VOTANTES
VOTANTES DE AFD
SEGURIDAD SOCIAL
MANTENIMIENTO DE LA PAZ
MONEDA ESTABLE
CRECIMIENTO ECONÓMICO
PROTECCIÓN MEDIOAMB.
INMIGRACIÓN

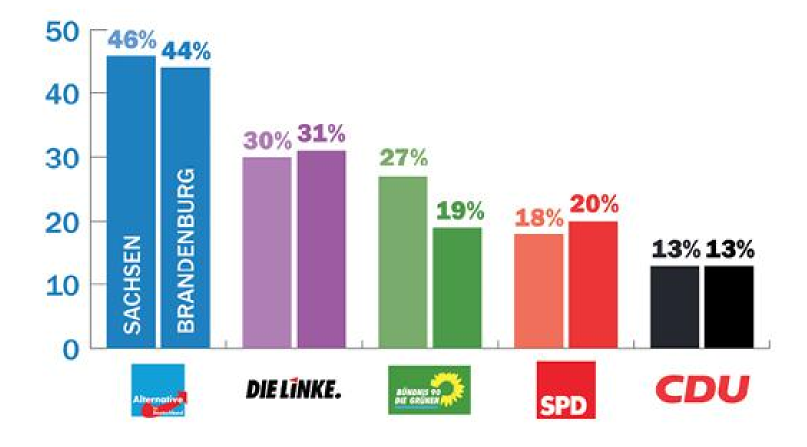
AfD era entonces el único partido que ofrecía: 1) una definición del problema —la culpa es de la Unión Europea—, 2) una interpretación causal —los Estados fuertes como Alemania son obligados por Bruselas a financiar los problemas económicos en otros países con el dinero de los contribuyentes alemanes—, 3) una valoración moral —los partidos tradicionales al apoyar a la Unión Europea no defienden los intereses de los ciudadanos alemanes— y 4) una solución posible —hay que limitar el poder de la Unión Europea y reforzar el de los Estados nacionales—. Esos cuatro elementos son los componentes que el científico experto en comunicación política y medios Robert Entman define como las partes de un frame[98] o un marco interpretativo. Un frame selecciona determinados aspectos de una realidad percibida para lograr así cambiar o reforzar una determinada mirada sobre un tema o issue en discusión[99].

En síntesis, el impacto estaba en la demonización de la Unión Europea como culpable de una transferencia de recursos injusta de los bolsillos de los contribuyentes alemanes a los extranjeros que ni siquiera lo merecían. Y en dicho argumentario encajaba también el rechazo hacia los partidos políticos tradicionales. Algo que en general subyace en todo voto de protesta. En efecto, el 60 por ciento de los que votaron a AfD en las europeas de 2014 lo hicieron por «decepción con el resto de los partidos»[100].

Posteriormente, la Unión Europea continuó siendo tema de la agenda de los ultraderechistas, pero ya no el más importante de todos. Esto hizo que muchos analistas augurasen el fin de AfD, ya que consideraban que su existencia dependía de la discusión sobre Europa, la Unión y el euro. Sin embargo, las regionales de 2014 en el este de Alemania demostraron dos cosas: en primer lugar, que AfD era capaz de ampliar su propia agenda política y de reutilizar su discurso político eficientemente en otros temas, y en segundo lugar, que parte de la sociedad demandaba una propuesta política que le ayudase a expresar su descontento con los partidos políticos tradicionales. En efecto, más del 40 por ciento de los votantes de AfD en dos de las regionales de 2014 se sentían perdedores del desarrollo de la sociedad. La diferencia con el resto de los partidos es abismal.

La crítica a Europa fue entonces desde el inicio un vehiculizador del malestar y de la frustración de un sector de la población. AfD entendió esto y logró así superar la esperanza de vida media de un partido protesta.


SE SIENTE PERDEDOR DEL
DESARROLLO DE LA SOCIEDAD
EN %| INFRATEST DIMAP | 31AGO2014 Y 14SEP2014


50
40
30
20
10
0
46%
44%
SACHSEN
BRANDENBURG
30%
31%
27%
19%
18%
20%
13%
13%
Alternative
DIE LINKE.
BÜNDNIS 90 DIE GRÜNEN
SPD
CDU

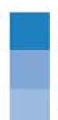
6.3. Los anti-Merkel: la amenaza de los refugiados

Después de los triunfos de 2014 en el este de Alemania, AfD percibió que el objetivo de insertar una cuña en el espacio a la derecha de la CDU y la CSU no era una utopía. Con ello activaban una vieja frase de un exlíder de la Unión Social-Cristiana, Franz Josef Strauβ: «A la derecha de la Unión no puede haber ningún partido democráticamente legitimado»[101]. A raíz de la llegada de más de 800.000 refugiados en 2015, con un pico durante el verano de ese mismo año, AfD tuvo la posibilidad de incorporar a su electorado al votante conservador tradicional. Esta ampliación del caudal electoral de AfD impactó fuertemente en el de la CDU de la canciller Angela Merkel en al menos cinco elecciones regionales. La CDU incluso fue superada por los ultraderechistas en una de ellas[102].

La razón de este trasvase se explica a partir del rechazo hacia la política de refugiados de la canciller. Un rechazo que sirvió para que la ultraderecha rompiese con la barrera simbólica del este-oeste y lograse así importantes resultados electorales en los viejos Estados occidentales. AfD se convertía en un partido político federal con todas las letras y se sacudía la etiqueta de partido ossi[103]. La pregunta es entonces: ¿por qué los ultraderechistas se adueñan del rechazo a la decisión de Merkel? ¿Cómo articulan y administran ese descontento para luego transformarlo en ciudadanos movilizados?

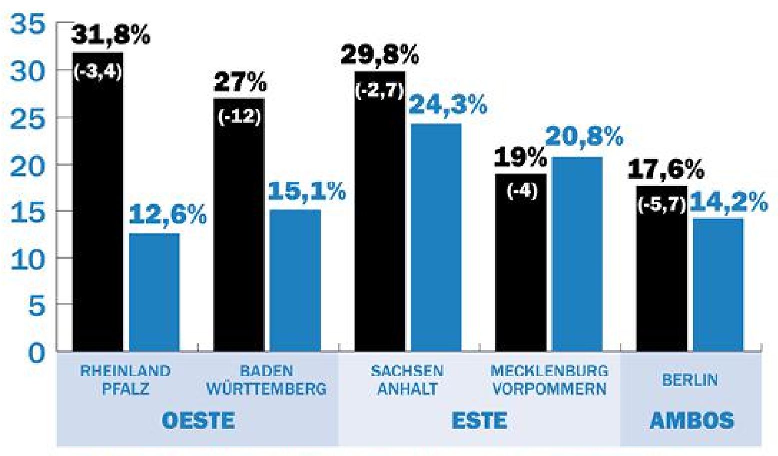
Lo normal hubiese sido que este grupo de conservadores más tradicionales se recluyese en su casa y pasase a engrosar las filas del abstencionismo. Sin embargo, la astucia comunicacional de los dirigentes de AfD impidió que esto sucediese. En efecto, mientras los distintos partidos parecían confusos e incluso sobrepasados por la situación, la ultraderecha transmitía un discurso compacto con un frame prácticamente inapelable: los refugiados son una amenaza para Alemania. Este marco brindaba una flexibilidad fenomenal a las argumentaciones de los distintos dirigentes de AfD que desfilaban en los medios de comunicación. La amenaza era, según su discurso, múltiple. Estaban en peligro los valores occidentales, la identidad alemana y especialmente la seguridad de la población. Este último punto se subdividía en dos facetas: por un lado, la seguridad física de los alemanes amenazada por el terrorismo y la posible infiltración de yihadistas entre los refugiados, y también por un supuesto aumento de

la criminalidad y los ataques protagonizados por los refugiados[104]; y por otro, la seguridad social de la población marcada por el miedo a la presunta competencia entre refugiados y alemanes por los recursos sociales del Estado, por la vivienda y los puestos de trabajo.



RESULTADOS ELECTORALES CDU Y AFD IMPACTO DEL TEMA REFUGIADOS

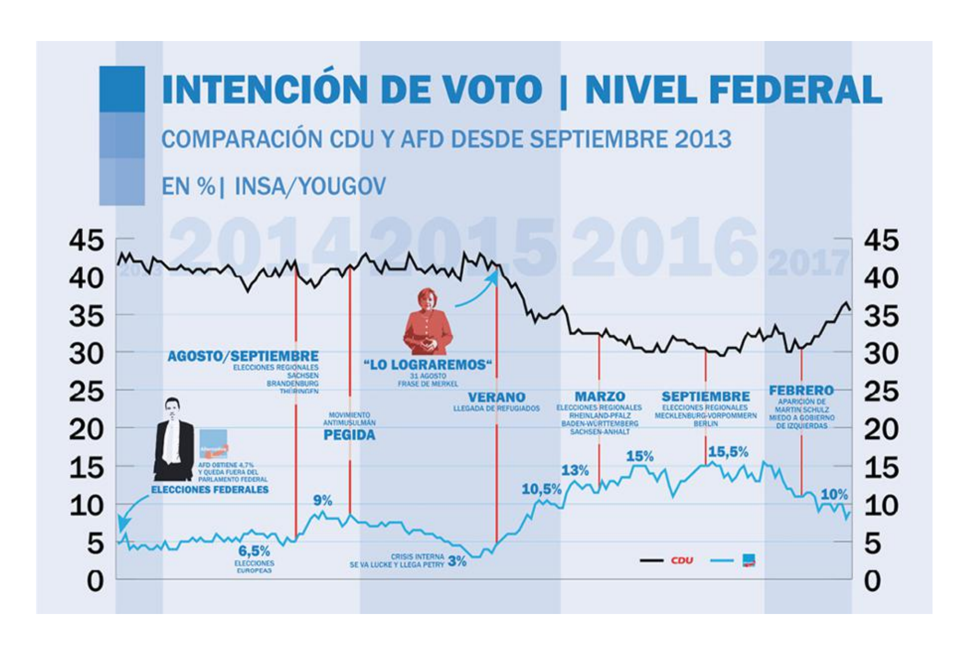
ELECCIONES REGIONALES ENTRE MARZO Y SEPTIEMBRE DE 2016



FUENTE: WAHLRECHT.DE. ENTRE PARÉNTESIS LA COMPARACIÓN RESPECTO DE LA ÚLTIMA ELECCION. AFD PARTICIPÓ POR PRIMERA VEZ.

La amenaza de los refugiados que describía AfD fue el frame que dominó todo el debate en los medios de comunicación durante meses. Mientras tanto, los voceros del resto de los partidos se empeñaban en rebatir los argumentos y los datos, en muchas ocasiones tergiversados, que presentaban los ultraderechistas, pero nunca en desarrollar una estrategia propia de comunicación para redefinir el tema de los refugiados. Esto le permitió a AfD posicionarse como el único partido que tenía claro lo que debía hacerse y cómo debía hacerse. Más allá de la factibilidad de sus propuestas, demostraba estar en condiciones de enfrentar el desafío. Para los votantes más conservadores que se sentían decepcionados por la política de apertura de Merkel, el voto a AfD sirvió entonces como una forma de expresar su repudio. El ejemplo de las regionales de Baden-Württemberg ilustra muy claramente esta decepción con el partido conservador. En esta región, que supo ser bastión de la CDU durante más de medio siglo, el partido de la canciller obtuvo 12 puntos porcentuales menos que en la elección de 2011 y el trasvase hacia AfD ascendió a los 190.000 votos; es decir, uno de cada cuatro votantes de la ultraderecha había elegido a la CDU en los comicios pasados. Ante la pregunta sobre las motivaciones de este trasvase, tres de cada cuatro exvotantes del partido de Merkel aseguraban que habían optado por AfD por el tema de los refugiados[105].

A raíz de la llegada de los refugiados y de la capacidad de AfD para instalar las condiciones en las que debía darse el debate, la fuerza ultraderechista mejoró su posicionamiento en otras áreas. Concretamente la valoración de la opinión pública sobre sus competencias para manejar la criminalidad y la seguridad interior subió. Y con ello aumentó también el tono de las demandas de sus dirigentes. Este fue el momento en el que la entonces jefa del partido, Frauke Petry, afirmó estar de acuerdo con abrir fuego contra los refugiados como último recurso si estos cruzaban la frontera ilegalmente. Gracias a que el frame de la amenaza de los refugiados ya estaba instalado, una declaración como esta, en el marco de muchas otras de igual tono no era vista por la clientela más conservadora de AfD como algo fuera de lugar. Por el contrario, la declaración cobraba sentido gracias al frame de la amenaza. Ante una amenaza hay que defenderse, y AfD era el único partido que en el espacio público se manifestaba como un defensor de los alemanes.


INTENCIÓN DE VOTO | NIVEL FEDERAL
COMPARACIÓN CDU Y AFD DESDE SEPTIEMBRE 2013
EN %| INSA/YOUGOV
2014
2015
2016
2017
45
40
35
30
25
20
15
10
5
0
AGOSTO/SEPTIEMBRE
ELECCIONES REGIONALES
SACHSEN
BRANDENBURG
THÜRINGEN
"LO LOGRAREMOS"
31 AGOSTO
FRASE DE MERKEL
VERANO
LLEGADA DE REFUGIADOS
MARZO
ELECCIONES REGIONALES
RHEINLAND-PFALZ
BADEN-WÜRTTEMBERG
SACHSEN-ANHALT
SEPTIEMBRE
ELECCIONES REGIONALES
MECKLENBURG-VORPOMMERN
BERLIN
FEBRERO
APARICIÓN DE
MARTIN SCHULZ
MIEDO A GOBIERNO
DE IZQUIERDAS
MOVIMIENTO
ANTIMUSULMÁN
PEGIDA
AFD OBTIENE 4,7%
Y QUEDA FUERA DEL
PARLAMENTO FEDERAL
ELECCIONES FEDERALES
9%
6,5%
ELECCIONES
EUROPEAS
CRISIS INTERNA
SE VA LUCKE Y LLEGA PETRY
3%
10,5%
13%
15%
15,5%
10%
CDU

Evidentemente, esta construcción no era aceptada por la gran mayoría de los alemanes, al contrario, era rechazada enérgicamente. Sin embargo, el debate de los refugiados le permitió a AfD incorporar de cinco a siete puntos extra a su caudal electoral. Esto lo llevó a rozar los 15 puntos de intención de voto hacia mediados de 2016 y a obtener extraordinarios resultados en Baden-Württemberg, Rheinland-Pfalz, Sachsen-Anhalt, Berlín y Mecklenburg-Vorpommern.

El público anti-Merkel, sin embargo, es el más volátil del electorado de la ultraderecha. De hecho, hacia inicios de 2017 comenzó un éxodo paulatino de regreso al partido de la canciller. La causa de esto fue externa y está estrechamente relacionada a otra amenaza: la de un gobierno de izquierdas liderado por el entonces flamante candidato a canciller socialdemócrata Martin Schulz. El rechazo hacia un gobierno en el que tenga participación La Izquierda (die Linke) tuvo un efecto perjudicial para AfD: ahora el electorado anti-Merkel prefería perdonar a la canciller y ejercer un voto útil contra la alianza de izquierdas que seguir castigando su política de refugiados. Así fue como hasta mediados de abril AfD sufrió una pérdida de alrededor de 6 puntos porcentuales.

Pese a todo, es importante no perder de vista que AfD se ha transformado en una eventual opción electoral para conservadores desencantados. En este sentido, es posible que AfD en el futuro vuelva a beneficiarse de los problemas en la CDU, especialmente en elecciones como las regionales, en las que los alemanes suelen permitirse el lujo de experimentar con su voto[106]. Y más aún teniendo en cuenta que ya se acerca el final de la «era Merkel» y con él, un proceso de sucesión en la Unión que no será fácil de resolver.

6.4. Los vulnerables: geometría del bienestar

El último público de AfD es un público silencioso y transversal. Se trata de un grupo que en parte puede solaparse con los tres mencionados previamente. Se podría afirmar que son el «público llave» que posibilita el trasvase hacia AfD desde el resto de los partidos políticos. Este público es decisivo para AfD porque es el que la coloca como tercera fuerza en intención de voto. La pregunta clave es entonces: ¿quiénes conforman este grupo y qué es lo que les lleva a apoyar a la formación ultraderechista? Los denominados vulnerables son aquellos que se ven a sí mismos como los perdedores del sistema. Son los que piensan que ya no son escuchados, los descontentos, los descreídos, los que ya no confían en la política ni en los políticos, los que tienen miedo de perder lo que tienen. Son los indignados.

Este grupo atraviesa transversalmente la escala ideológica que va de la izquierda a la derecha y descoloca por igual a analistas, periodistas y estrategas de campaña del resto de los partidos. La dificultad para identificar a este grupo radica en que el origen de la indignación que lo caracteriza es demasiado heterogéneo como para encasillarlo en una cuestión de clase. El descontento proviene de diversas fuentes, en ocasiones incluso contradictorias. Pero lo relevante es que la percepción del funcionamiento del sistema es negativa. Se trata del descontento que genera la sensación de injusticia social. Ese descontento es considerado una falla de la política tradicional y se transforma rápidamente en decepción y por consiguiente en apatía. AfD llegó para cosechar en ese campo. Y aquí podemos comenzar a comprender las razones por las que AfD supo capitalizar el descontento.

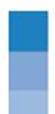
La ultraderecha identificó el denominador común en este grupo y fue el único partido que lo utilizó de manera estratégica. Los análisis postelectorales de las trece elecciones regionales en las que participaron los ultraderechistas desde 2014 hasta 2017 refuerzan la siguiente tesis: AfD es un imán para el descontento ciudadano.

Hasta la llegada de los ultraderechistas, aquellos que deseaban expresar su descontento tenían dos opciones: inclinarse por el abstencionismo o ejercer un voto castigo. Esto último era fuente de votos para die Linke —entre quienes se sentían identificados con un discurso combativo de izquierdas—, para los partidos de extrema

derecha —entre aquellos que reivindicaban cuestiones de identidad nacional—, para los de extrema izquierda —cuyos votantes consideraban a die Linke como un partido aburguesado— e incluso para Los Verdes o el partido liberal (FDP), que en ocasiones también usufructuaron este «voto bronca».

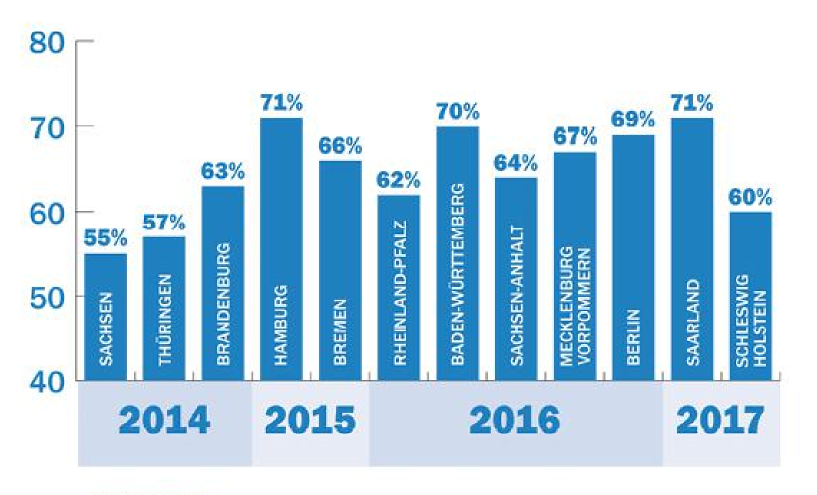
Este esquema de distribución del voto del descontento cambió radicalmente con la llegada de AfD. La ultraderecha fue capaz de convertirse en catalizador del malestar social con los partidos tradicionales, con la política en general, con el sistema que los obligaba a sentirse vulnerables.

La ultraderecha logra reunir dos cualidades que le permiten incorporar a este grupo a su electorado. La primera es su referencia a temas que hasta hace poco no ocupaban un lugar prioritario en la agenda del resto de fuerzas. O al menos no parecían ocuparlo. Temas incómodos para el resto de los partidos, temas políticamente incorrectos, temas que incluso eran ignorados. AfD descubrió que hablando sobre ellos era posible sumar puntos. Y tenían razón al hacerlo. La sola mención de estos asuntos en los debates, en los medios o en las redes posicionaba a AfD en un lugar diferenciado respecto de los partidos tradicionales. AfD se había convertido en el partido que «no soluciona problemas, pero al menos los menciona», una afirmación con la que está de acuerdo más del 90 por ciento de los votantes de ese partido, según encuestas de Infratest dimap. Y si tomamos en cuenta el electorado en su totalidad en las regiones del oeste, más de un tercio concuerda con esa tesis, mientras que en las del este el número asciende a más del 50 por ciento.



VOTANTES DE AFD MOTIVADOS POR DECEPCIÓN CON PARTIDOS TRADICIONALES

EN % | ELECCIONES REGIONALES ENTRE AGOSTO 2014 Y MAYO 2017



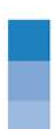
FUENTE: INFRATEST DIMAP.

La percepción de que AfD es el único partido que se ocupa de los problemas «normales» de la gente «normal»[107] creció paulatinamente, y con algunos matices perdura actualmente. La segunda característica de AfD que terminó de reforzar la incorporación del voto de los vulnerables fue su capacidad para superar expectativas y lograr resultados electorales remarcables. Como se ha mencionado previamente, la ultraderecha logró desde un principio despegarse de la etiqueta de partido testimonial. Su rendimiento electoral fue generando la sensación de que el voto a la nueva ultraderecha no era un voto tirado a la basura. Un voto utilizado meramente para expresar enfado con el resto de los partidos. Aunque paradójicamente esa era y es la razón principal para optar por AfD.

Un partido que se refiere a problemas que nadie más menciona y que logra resultados electorales destacables es un partido capaz de convencer a los votantes vulnerables, aquellos que creen que nadie defiende sus intereses, que están en peligro, que ya habían abandonado la idea de la política como posible solución a sus problemas. AfD fue capaz de ello. Este grupo se siente fuera del sistema y AfD identificó esta frustración social y logró aprovecharla. En este sentido, no sería arriesgado afirmar que AfD ha sido el primer partido en pensar su estrategia a partir del eje electoral dentro-fuera. Además de posibilitar un trasvase desde los partidos tradicionales, la ultraderecha logró aumentar la participación electoral en su favor. Así fue como AfD recibió el voto de ciudadanos desmovilizados y decepcionados con la política. De los abstencionistas, la ultraderecha recibió hasta un 41 por ciento de su caudal electoral.

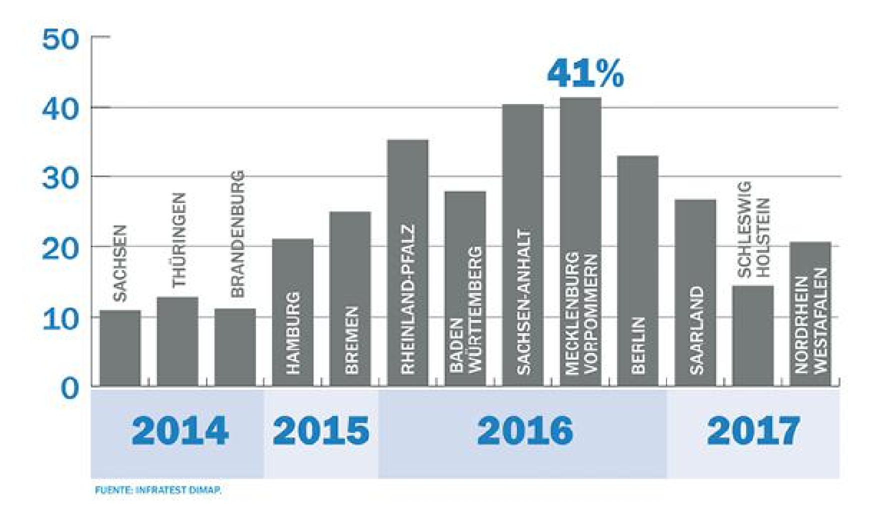
La incorporación de los vulnerables al electorado de AfD nos ayuda a comprender el cambio que ha sufrido el sistema de partidos políticos de Alemania. Hasta la llegada de AfD, este grupo estaba de alguna forma silenciado en la abstención o diluido entre el resto de los votantes. Al ser relativamente invisibles, sus preocupaciones no eran necesariamente una cuestión fundamental para los partidos tradicionales, ensimismados en su tarea de contentar a sus clientelas hablando de sus temas y con una retórica demasiado partidaria. La llegada de AfD y la arriba mencionada capacidad para capitalizar el descontento sirvió de llamada de atención para todo el sistema de partidos. No fue algo inmediato, ya que muchos partidos que se consideran a sí mismos como defensores de los derechos de las mayorías se vieron sorprendidos. ¿Cómo es posible que la gente elija a la ultraderecha de AfD?, se preguntaban desde los conservadores hasta los socialdemócratas. Después de una primera fase de negación de la

realidad llegó la etapa del análisis racional. Allí fue cuando la irrupción de AfD pasó a ser valorada como algo más que un evento extraordinario y temporal que se desgranaría rápidamente.



PORCENTAJE DE EX-ABSTENCIONISTAS EN EL ELECTORADO DE AFD

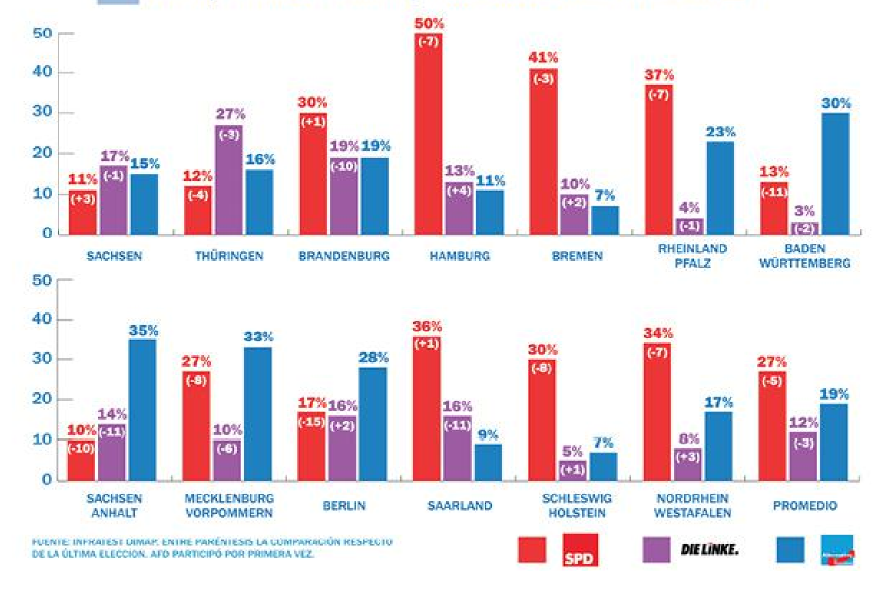
EN % | ELECCIONES REGIONALES ENTRE AGOSTO 2014 Y MAYO 2017



FUENTE: INFRATEST DIMAP.

El grupo de los vulnerables se ha transformado en un público identificable que ha dejado el silencio y ha pasado a ser receptor de los mensajes políticos de todos los partidos, en especial de los de izquierdas. La discusión sobre una nueva geometría del bienestar vuelve a ocupar un lugar importante en el discurso político. Tanto socialdemócratas del SPD como izquierdistas de die Linke están obligados a hacerlo. Deben repensar su rol y su comunicación, ya que ahora deben competir con AfD por el voto de su sujeto político histórico: los trabajadores.


VOTO DE LOS TRABAJADORES
SPD, DIE LINKE Y AFD
EN %| INFRATEST DIMAP | TRECE ELECCIONES REGIONALES


50
40
30
20
10
0
SACHSEN
11% (+3)
17% (-1)
15%
THÜRINGEN
12% (-4)
27% (-3)
16%
BRANDENBURG
30% (+1)
19% (-10)
19%
HAMBURG
50% (-7)
13% (+4)
11%
BREMEN
41% (-3)
10% (+2)
7%
RHEINLAND PFALZ
37% (-7)
4% (-1)
23%
BADEN WÜRTTEMBERG
13% (-11)
3% (-2)
30%
SACHSEN ANHALT
10% (-10)
14% (-11)
35%
MECKLENBURG VORPOMMERN
27% (-8)
10% (-6)
33%
BERLIN
17% (-15)
16% (+2)
28%
SAARLAND
36% (+1)
16% (-11)
9%
SCHLESWIG HOLSTEIN
30% (-8)
5% (+1)
7%
NORDRHEIN WESTAFALEN
34% (-7)
8% (+3)
17%
PROMEDIO
27% (-5)
12% (-3)
19%
FUENTE: INFRATEST DIMAP. ENTRE PARÉNTESIS LA COMPARACIÓN RESPECTO DE LA ÚLTIMA ELECCION. AFD PARTICIPÓ POR PRIMERA VEZ.
SPD
DIE LINKE.

Hasta aquí hemos visto cómo AfD logró construir un electorado transversal conformado por cuatro públicos relativamente diferenciados que le otorgaron un volumen electoral enorme. Esto generó tres consecuencias fundamentales en el ecosistema político alemán. En primer lugar, no sólo obtuvo buenos resultados en todas las elecciones regionales en las que participó, sino que también llegó a posicionarse como tercera fuerza a nivel federal, y hasta segunda en algunas regiones. En segundo término, la capacidad de AfD de pelear por públicos diferenciados impactó en la estrategia política y comunicacional de todos los partidos políticos que, por distintas razones, ven amenazado su caudal electoral. Así es como la izquierda debe pelear por los trabajadores y la derecha, por los conservadores. Y en tercer lugar, la mera existencia de AfD en los parlamentos alemanes ha provocado un desequilibrio y ha obligado a los partidos tradicionales a repensar su estrategia de alianzas y de elaboración de consensos.

En resumen, AfD está lejos de tener un electorado homogéneo constituido por neonazis y nacionalistas. Muy al contrario, la ultraderecha alemana ha descubierto no uno, sino varios nichos electorales. Ha sido capaz de conectar con muchos ciudadanos que hasta hace algunos años habrían sido incapaces de cambiar sus preferencias electorales. Y lo ha logrado porque supo leer que los determinantes del voto tienen más que ver con el eje dentro-fuera que con la histórica categorización derecha-izquierda.

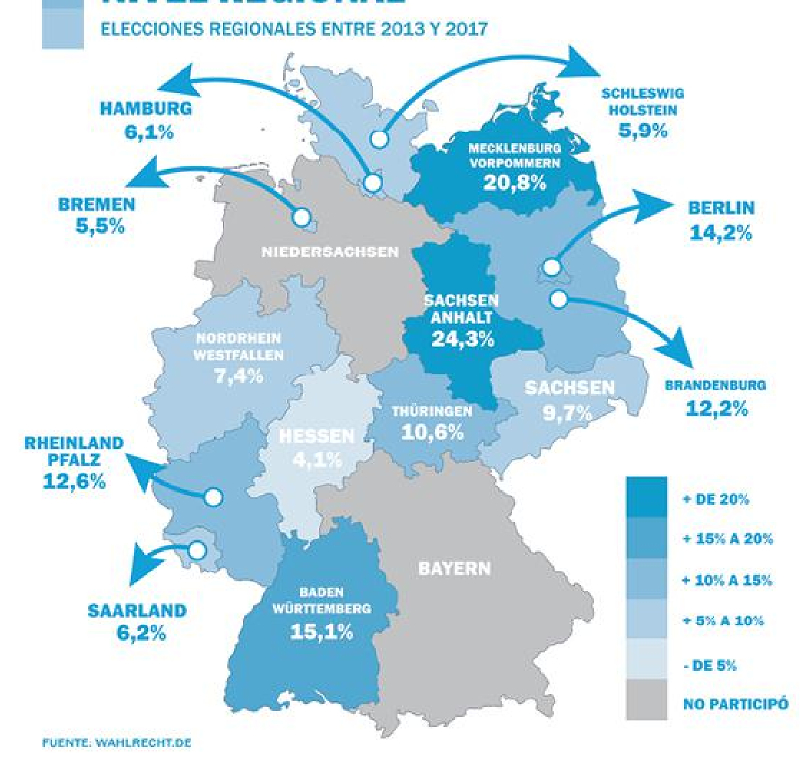
6.5. La perforación del telón de acero

Algo que caracteriza al mapa de Alemania es que, incluso 30 años después de la caída del muro, la frontera entre el este y el oeste sigue siendo fácilmente identificable. Las diferencias entre las regiones de uno y otro lado todavía no se han equilibrado. Desempleo, nivel de ingresos, desarrollo demográfico y esperanza de vida son sólo algunas de las variables que, representadas en un mapa del país, ponen de relieve la vieja frontera entre la Alemania capitalista y la comunista. En este sentido, las variables políticas no son una excepción. Si tomamos, por ejemplo, el comportamiento electoral del votante del partido de La Izquierda, die Linke[108], veremos que el techo electoral entre las regiones del este y del oeste varía en casi 20 puntos porcentuales.

Como hemos mencionado más arriba, históricamente la intención de voto de los partidos de extrema derecha ha guardado una correlación directa con el territorio. Así es como partidos como el NPD han obtenido sus mejores resultados en regiones del este e incluso en Berlín oriental, donde erigieron su central partidaria. La llegada de AfD ha supuesto una ruptura para ese eje este-oeste, ya que a partir de la crisis de los refugiados fueron capaces de convertirse en depositarios del voto de los decepcionados conservadores que habían perdido la confianza en la canciller Angela Merkel y estaban ávidos de castigar electoralmente a su partido.

RESULTADOS ELECTORALES DE AFD NIVEL REGIONAL

ELECCIONES REGIONALES ENTRE 2013 Y 2017



Los ultraderechistas fueron capaces de obtener resultados que superaron el 10 por ciento de los votos en dos regiones occidentales, algo absolutamente inesperado. Esto da cuenta de tres conclusiones que nos ayudan a terminar de configurar el electorado de AfD.

En primer lugar, el apoyo a la ultraderecha no se circunscribe a regiones específicas. Si bien es cierto que sus primeros logros y sus resultados electorales más importantes se dieron en regiones de la ex-RDA, también es verdad que sus resultados en el oeste, especialmente en el suroeste del país, han estado muy por encima de las expectativas.

En segundo término, AfD ha conseguido un objetivo muy importante para fortalecer su continuidad en el sistema político alemán: erigirse como una alternativa votable para aquellos votantes otrora leales a la CDU no sólo se traduce en un beneficio electoral, sino que a la vez representa una victoria simbólica para AfD. Esto significa que la percepción social ubica a los ultraderechistas dentro del espectro político alemán y con ello deja en evidencia la existencia de una necesidad de alternativa. Una alternativa para los votantes nacionalconservadores en particular, y una alternativa a los partidos políticos tradicionales en general.

En tercer y último lugar, los cuatro públicos identificados en este capítulo comparten una cualidad interesante: la gran mayoría no son votantes con problemas económicos graves. En todas las encuestas del instituto Infratest dimap realizadas después de las distintas elecciones regionales en las que participó AfD se pregunta por la percepción sobre la propia situación económica. Entre el 60 y el 79 por ciento de los votantes de la ultraderecha la consideran buena. Sin embargo, cuando se consulta por la percepción sobre los beneficios que obtienen de la economía alemana, sobre su satisfacción con el funcionamiento de la democracia o sobre la decepción con los partidos tradicionales, estos números se invierten. En resumen, el principal problema de la mayor parte del electorado que elige a AfD tiene que ver con una desafección generalizada hacia el sistema y sus agentes, y también con un pesimismo hacia el futuro. Ya sean los actores políticos, los económicos o los mediáticos, el votante de AfD se siente fuera. Sus demandas no son atendidas, su decepción no es percibida y su descontento es ignorado.

Esta característica es la madre de la transversalidad propia del fenómeno de la nueva ultraderecha alemana. Para el descontento no existen fronteras territoriales, ni de clase, ni de ideología. Y AfD sabe



que allí es donde radica su fuerza.

7. Los diez porqués de AfD

Abril de 2013. Hace pocos días del congreso fundacional de AfD cuando el instituto de demoscopia Allensbach publica un estudio[109] sobre el potencial electoral del jovencísimo partido. «¿Trae el euro más ventajas o más desventajas para Alemania?» es una de las preguntas del sondeo de opinión. Un 26 por ciento de los entrevistados contesta que la moneda única trae más ventajas; un 33 por ciento, por el contrario, considera que Alemania sale más perjudicada que beneficiada con el euro. Esta última cifra llama la atención, teniendo en cuenta que las estadísticas oficiales alemanas demuestran con claridad que las exportaciones de la primera economía del Viejo Continente crecieron de manera exponencial desde la introducción del euro[110], lo que trajo indudables beneficios macroeconómicos para Alemania, cuyo 50 por ciento del PIB descansa sobre la exportación de productos y servicios. La crisis de deuda europea, con buena parte de los medios de masa alemanes ofreciendo un discurso victimista de los contribuyentes alemanes frente a la endeudada periferia de la Unión Europea, jugó un papel relevante para extender la falsa sensación de que la moneda común estaba siendo perjudicial para la primera economía europea.

Abril de 2016. «Si la política en Alemania continúa como hasta ahora, acabará llevando al país a la catástrofe. ¿Comparte usted esta opinión?». Esta pregunta formó parte de otro estudio[111] de opinión realizado por el mismo instituto Allensbach justo tres años después de la fundación de AfD. El 35 por ciento de los ciudadanos alemanes respondieron que sí. El estudio veía así confirmada la extensión de posturas catastrofistas entre nada despreciables segmentos de la población del país, así como también de tendencias potencialmente antiestablishment: «¿Cree usted que los diputados de Berlín representan en primer lugar los intereses de la población o les son más importantes otros intereses?». Un 43 por ciento de los encuestados respondieron lo segundo, frente sólo al 25 por ciento que apostó por la primera opción. El desencanto de importantes sectores sociales respecto a las élites políticas de Alemania se hacía así patente.

Ambos sondeos apuntan a una realidad difícilmente rebatible: más que un giro a la derecha del tablero político germano, el surgimiento de AfD representa la capacidad de la nueva formación ultra de canalizar políticamente una serie de caladeros electorales euroescépticos,

nacionalistas o hastiados con los viejos partidos existentes desde hace décadas en Alemania y que ninguna otra fuerza ultraderechista había sido capaz de capitalizar antes por inoperancia política o por falta de la suficiente transversalidad electoral. «Las causas de la tendencia de una parte de la población hacia el populismo político hay que buscarlas antes de la fundación de AfD. (…) AfD no es el núcleo del problema, sino que sólo lo hace visible», concluyen los autores del informe del instituto Allensbach.

Esta última era una realidad sobre la que algunos politólogos y analistas hacía tiempo venían advirtiendo ante el autismo político de la mayor parte de la élite parlamentaria alemana. «Ya desde 2002 habíamos alertado sobre el peligro del populismo derechista», declaraba en octubre de 2016 el investigador sobre extremismos políticos Wilhelm Heitmeyer[112] en una entrevista con el diario Berliner Zeitung[113]. «Medimos ese populismo derechista con sondeos sobre el antisemitismo, la xenofobia y la agresión autoritaria. Y así se destapó un potencial de un 20 por ciento en la población». Ese 20 por ciento es actualmente el techo electoral de AfD, considera Sebastian Friedrich[114], politólogo y periodista que hace tiempo viene estudiando el fenómeno de las Nuevas Derechas alemanas, es decir, todo el espacio político e ideológico situado entre el ala derecha nacionalconservadora de la CDU-CSU y el neonazismo residual representado por partidos como el NPD.

En su último libro (AfD. Análisis, trasfondos, controversias[115]), Friedrich busca las razones por las que el joven partido ultraderechista ha conseguido efectivamente canalizar parte de ese potencial electoral que aglutina nada más y nada menos que a un quinto de la población alemana. El politólogo resume los porqués del éxito del factor AfD en cuatro grandes crisis: «AfD no cae del cielo. Este fenómeno sólo se puede entender si recuperamos el trasfondo social ante el que tiene lugar el éxito del proyecto derechista. (…) No hay sólo una causa que permita explicar AfD. Más bien son diversas transformaciones culturales, políticas, económicas y sociales las que propiciaron la escalada de AfD. Fundamentalmente son cuatro las crisis ante las que el proyecto derechista reacciona: la crisis del conservadurismo, la crisis de representación, la crisis del capital y la crisis social».

Mediante estas cuatro crisis o transformaciones en el seno de Alemania —y de la Unión Europea— Friedrich intenta resumir la capacidad efectiva del partido de Petry, Gauland, Weidel, Meuthen y Höcke para encontrar un nicho político a la derecha de la CDU-CSU gracias a un electorado netamente transversal: con la «crisis del conservadurismo», el politólogo califica la incapacidad del partido de

Merkel para aglutinar a todo el electorado conservador del país, una parte importante del cual se siente políticamente huérfano ante lo que considera una paulatina y presunta «socialdemocratización» del discurso y la comunicación política del partido democristiano desde prácticamente inicios del siglo XXI.

La «crisis de representación» hace referencia al concepto de «postdemocracia» tan usado en otros países europeos como Grecia, España o Italia, duramente castigados por la crisis de deuda y los recortes en gasto público, pero que también tiene un impacto claro en el tablero político alemán: un sector creciente de la población tiene la sensación de que da igual a qué partido vote, pues las recetas políticas y económicas ya están precocinadas antes de las elecciones, sensación a la que parece haber contribuido decisivamente la persistente reedición de grandes coaliciones —activas o pasivas— como forma de gobierno durante las últimas tres legislaturas en Alemania.

La «crisis del capital» hace referencia tanto al fraccionamiento de los intereses del gran empresariado germano, que ya no apoya unánimemente el mantenimiento a toda costa del euro que propugnan Merkel y el establishment, como a la innegable crisis que sufre el sistema capitalista en su actual estadio neoliberal.

Y por último, pero no por ello menos importante, está la «crisis social» que se traduce en la cada vez mayor brecha entre ricos y clase asalariada, en la acumulación de cada vez mayor riqueza en cada vez menos manos y en la amenaza de pérdida de estatus social que arrastra desde hace tiempo parte de la clase media del país. En este último punto, Alemania no es una excepción a pesar de que sus estadísticas macroeconómicas, comparadas con las de otras economías europeas, puedan llevar a pensar lo contrario.

AfD es, por consiguiente, un fenómeno extremadamente complejo tras el cual se esconden una serie de razones muy diversas, intrincadas, profundamente interrelacionadas. El partido ultraderechista es, sin lugar a dudas, la última y más importante expresión política que sirve para canalizar un mar de fondo social que hacía tiempo que se venía acumulando en partes importantes de la sociedad alemana. Usando como base la categorización teórica de las cuatro crisis trazadas por Sebastian Friedrich, este capítulo destaca diez porqués algo más concretos que intentan explicar y contextualizar el surgimiento y establecimiento de la hasta ahora formación ultraderechista alemana más exitosa desde 1945.

7.1. La fragmentación del capital alemán y la financiación de AfD

En el sistema capitalista, las empresas entran en competencia unas con otras. Es una de las premisas indiscutibles del libre mercado. Sin embargo, entre ellas —fundamentalmente entre las que forman parte del gran capital— suele regir un consenso de mínimos que conforma una especie de unidad política en defensa de unos intereses comunes. Durante mucho tiempo, la Unión Europea como proyecto político y el euro como instrumento económico fueron parte de ese consenso entre los grandes miembros del empresariado de Alemania y, por consiguiente, las posiciones del Gobierno federal encabezado por Merkel —defensa innegociable de la Unión Europea y de la moneda común— eran políticamente incuestionables. Sin embargo, con el agravamiento de la crisis de deuda europea y de los crecientes desequilibrios económicos dentro de la Eurozona, ese consenso comenzó a resquebrajarse.

«Las grandes empresas familiares alemanas se mostraron en el pasado críticas con los programas de rescate de la Eurozona impulsados por el Gobierno federal. ¿Apoyarán ahora esas empresas al nuevo partido antieuro Alternativa para Alemania?»[116], preguntaba la revista Der Spiegel en abril de 2013 —pocos días después del congreso fundacional de AfD— a Brun-Hagen Hennerkes, presidente de la Fundación de Empresas Familiares[117] germanas. La pregunta apuntaba a los indicios cada vez más evidentes de que una parte del gran empresariado del país se estaba apartando del consenso pro Unión Europea y pro euro. La aparición de AfD podía ser interpretada, de esa manera, como una expresión política de las desavenencias surgidas dentro del capital alemán.

Un año después de la publicación de esa entrevista, el diario berlinés Der Tagesspiegel publicaba otro reportaje en el que se apuntaba a las estrechas relaciones entre otra federación de empresas familiares —Der Verband der Familienunternehmer[118]— y el joven partido euroescéptico: «A diferencia del BDI[119], orientado a la exportación, empresas más pequeñas ya habían mostrado su descontento con la política financiera de Europa bastante antes de la fundación de AfD»[120]. El reportaje destacaba que no era, por tanto, ninguna casualidad que el entonces presidente de AfD, Bernd Lucke, fuera el primero de los conferenciantes invitados a intervenir en el Día de las

Empresas Familiares junto a otras figuras destacadas de la política y la economía de Alemania.

Como explica Sebastian Friedrich, la crisis de deuda y del euro subrayaron esas contradicciones en el seno del empresariado alemán: mientras las grandes multinacionales —especialmente interesadas en mantener baratas las exportaciones a través del euro dada su orientación a los mercados exteriores— seguían apoyando incondicionalmente la política de rescates directos o indirectos de la banca privada y de los Estados endeudados de la periferia del Viejo Continente, las empresas familiares, cuyo gran mercado era el consumo interno de la mayor economía europea, veían cada vez con peores ojos la presunta «falta de alternativa» a las políticas de salvamento a toda costa. «La de las empresas familiares fue la única asociación que se opuso a la política de rescate del euro durante la crisis europea. Apoyó además una querella contra el Mecanismo Europeo de Estabilidad[121] presentada ante el Tribunal Constitucional alemán y exigió la expulsión de Grecia de la Eurozona»[122], escribe Friedrich. El politólogo califica esas crecientes contradicciones de «fraccionamiento del capital» en Alemania. El consenso ya no era tal.

A raíz de la salida de Lucke de AfD y de la paulatina ultraderechización del partido, destacadas figuras de las federaciones de pequeñas y medianas empresas familiares alemanas se distanciaron abiertamente de AfD y de sus nuevos líderes[123]. Sin embargo, queda bastante claro que el descontento —todavía existente— de una parte del empresariado germano con las políticas europeas y económicas de Merkel supuso un impulso indudable para el surgimiento del nuevo partido. Como trasfondo queda también la gran pregunta de quién financió a AfD en sus primeros pasos. Ya poco después de su fundación a principios de 2013 se comenzó a especular sobre el dudoso origen de créditos que sirvieron para echar a andar el partido. El expresidente de la patronal industrial alemana y también exvicepresidente de AfD, Hans-Olaf Henkel, reconoció públicamente haber financiado al partido con un préstamo de más de 600.000 euros. Pero hay más. «En 2013, AfD ingresa 1,5 millones de euros a través de las cuotas de los militantes. En 2014 esa cifra asciende ya casi a 2,5 millones de euros, más dos millones en donaciones», apunta el libro Schwarzbuch AfD, del colectivo periodístico alemán Correctiv[124], que califica las cifras de «contabilidad creativa» y pone así en duda que un partido tan joven pudiese ingresar cifras tan elevadas sólo a través de la militancia. Las inyecciones financieras procedentes de empresarios descontentos con la política de Merkel se presentan como una posibilidad bien verosímil. La ley alemana establece que los

partidos deben publicar todas las donaciones que superen los 50.000 euros[125]. Sin embargo, y como apunta el colectivo Correctiv o la organización no gubernamental alemana Lobbycontrol[126], hay fórmulas para disfrazar las donaciones: por ejemplo, en forma de créditos con increíblemente ventajosas condiciones, o a través de la difusión de cartelería electoral y publicaciones que piden expresamente el voto de AfD[127], y con las que el partido ultra asegura no tener absolutamente nada que ver.

Otra especulación nunca demostrada es que AfD recibió financiación desde fuera de Alemania, siendo Rusia y Suiza algunos de los orígenes barajados por medios y analistas. No en vano, destacados miembros directivos del partido, como Petry o Pretzell, han hecho viajes oficiales tanto a Moscú como a la península de Crimea —exterritorio del Estado de Ucrania anexionado por la Federación Rusa en 2014—. El partido ultra alemán pone además abiertamente en entredicho la política de sanciones de la Unión Europea contra Rusia y aboga por una normalización de las relaciones políticas y económicas con el gran vecino oriental.

Más allá de las especulaciones, es evidente que sin el apoyo económico de una parte del sector privado alemán, difícilmente AfD habría podido organizar sus primeras campañas electorales para posteriormente conseguir su paulatina entrada en prácticamente todos los parlamentos regionales de Alemania, con la consecuente inyección de dinero público que eso supone para cualquier partido político en forma de subvenciones. Ya haya sido a través de créditos con excelentes condiciones, donaciones públicas o anónimas[128] o apoyos indirectos para reforzar las campañas electorales, AfD ha contado con la innegable ayuda de una parte del empresariado del país, lo que, una vez más, parece confirmar la tesis de Friedrich: el capital alemán y su hasta hace unos años indiscutible consenso político han sufrido una fragmentación con consecuencias políticas para el tablero político del país.

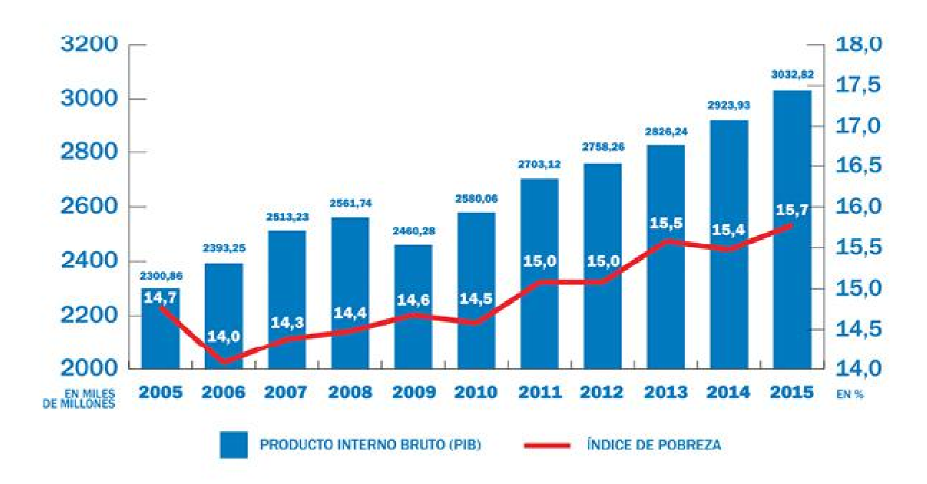
7.2. El trasfondo económico del descontento social

La economía de Alemania muestra una mejor salud macroeconómica que buena parte de la Unión Europea: el desempleo está en mínimos históricos; el crecimiento del PIB ha venido oscilando entre un 1 y un 3 por ciento durante los últimos años; las exportaciones alemanas siguen rompiendo récords y el consumo interno crece al tiempo que lo hace parte de la masa salarial; sin embargo, hace tiempo que economistas apuntan que la creciente desigualdad y la precarización de parte importante del mercado laboral podrían tener un alto precio para el futuro económico y la productividad de Alemania. El país más rico y poblado de la Unión Europea presenta, no en vano, una de las concentraciones de la riqueza más altas de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE): según un reciente informe de la OCDE[129], sólo el 10 por ciento de la población de Alemania acumula el 60 por ciento del patrimonio privado del país, mientras el 40 por ciento más pobre no posee prácticamente nada. Esas cifras colocan en efecto a Alemania más cerca del modelo económico estadounidense que del de los países escandinavos.

La bautizada como Agenda 2010, el paquete de reformas sociales y recortes de gasto público introducido por el gobierno rojiverde del excanciller socialdemócrata Gerhard Schröder —paradójicamente el primer y hasta ahora último Ejecutivo federal de centroizquierda en Alemania desde 1945—[130], sacó al país de una grave crisis macroeconómica a comienzos de este siglo, pero con una receta de carácter neoliberal con su correspondiente factura social. Con más de cinco millones de desempleados —un 12 por ciento de la población activa—, un importante remanente de parados de larga duración y un PIB que se estancaba, Alemania recibió a principios de este siglo el título de «enfermo de Europa». La Agenda 2010 recortaba el gasto público, endurecía el acceso a los programas de ayuda social y flexibilizaba el mercado laboral. Unas medidas duramente criticadas por la izquierda y los sindicatos, y —todavía— profundamente impopulares dentro de la militancia y el electorado socialdemócrata[131]. Esas reformas han tenido un indudable impacto negativo en las clases medias y bajas, han agudizado la acumulación de la riqueza en cada vez menos manos y han reducido la justicia social.

El cruce de los datos procedentes del crecimiento económico y del desarrollo de la cuota de pobreza arroja una realidad sorprendente: el PIB de Alemania avanza al tiempo que lo hace la población pobre o amenazada por cruzar el umbral de pobreza. Es lo que lleva años advirtiendo Der Päritatische Gesamtverband (La Asociación Paritaria), una organización apartidista y no gubernamental que aglutina a más de 10.000 asociaciones y centros de ayuda que se encargan de atender a la población más necesitada y de estudiar la creciente desigualdad social. En su último informe[132] sobre el desarrollo de la pobreza en Alemania, La Asociación Paritaria ilustra en un gráfico el fenómeno «crecimiento-pobreza»: desde 2006, después de la introducción de la Agenda 2010, el PIB alemán no ha hecho más que crecer, con la única excepción de 2009 —año en el que la recesión global derivada de la crisis financiera afectó fuertemente a las exportaciones de Alemania—; paralelamente, la cuota de población pobre[133] ha crecido casi dos puntos porcentuales, hasta rozar el 16 por ciento de la población.





FUENTE: BUNDESBANK, INSTITUTOS DE ESTADÍSTICAS FEDERAL Y REGIONALES.

Para contextualizar esa paradójica evolución socioeconómica hay que entender y explicar el fenómeno del «trabajador pobre»; es decir, el asalariado que a duras penas llega a fin de mes con lo que gana por su renta de trabajo y que en ocasiones incluso tiene que complementar su sueldo con subvenciones estatales. Como apuntan estadísticas de la Oficina Federal de Empleo[134], en abril de 2017 en Alemania había más de 7 millones de personas con un trabajo temporal y/o poco remunerado. Un informe de la Fundación Blöcker[135] aumenta esa cifra: 2016 cerró en Alemania con 14 millones de personas con un trabajo temporal, un subempleo, un minijob[136] o cualquier otro trabajo de pocas horas a la semana y, por regla general, poco o insuficientemente remunerado. Es lo que economistas alemanes califican de «ocupación atípica»; un eufemismo que parece querer evitar el concepto de trabajo precario o «precariado». Marcel Fratzscher, presidente del Instituto Alemán para la Investigación Económica (DIW), una figura poco susceptible de representar posturas teóricas marxistas o izquierdistas por su orientación claramente liberal, apunta que más de un tercio de todos los asalariados en Alemania son temporales o parciales. De esa forma, las cifras de «ocupación atípica» en la locomotora económica europea superan la media de los países industrializados.

«Alemania es, en muchos aspectos, el país más desigual de Europa. Casi en ningún otro lugar de Europa los salarios, el patrimonio y las oportunidades están tan desigualmente repartidas». Este es uno de los primeros y provocativos párrafos de Lucha por la distribución. ¿Por qué Alemania es cada vez más desigual?[137], el último libro del presidente del DIW. En él, Fratzscher ofrece un análisis bastante más crítico y pesimista sobre el futuro de la economía germana que la imagen de la que suele gozar la locomotora económica de la Unión Europea fuera de sus fronteras. «Alemania tiene una decreciente movilidad social. Es decir, cada vez es más frecuente que los pobres sigan siendo pobres y los ricos, ricos». Lejos de ofrecer soluciones estatistas, Fratzscher apuesta por un mejor uso de los recursos públicos, por una reforma del sistema fiscal que descargue impositivamente a las rentas más bajas y, sobre todo, por una mayor inversión en educación que alcance especialmente a las clases sociales con menos recursos. Para Fratzscher y otros economistas con una opinión similar, la conclusión es clara: un país con altas tasas de desigualdad social y con baja movilidad social verá amenazados sus niveles de productividad a medio y largo plazo.

Fratzscher no duda en trazar una línea entre el avance de AfD y el desarrollo socioeconómico de Alemania: «El creciente extremismo

político en muchos países industrializados, y también en Alemania, es en parte resultado de la creciente desigualdad. Pero aún más importante para el crecimiento de AfD es el hecho de que cada vez más personas dependan del Estado. En Alemania oriental, por ejemplo, un 40 por ciento de los hogares recibe la mitad o más de sus ingresos a través de ayudas públicas. Esta dependencia facilita a los populistas alimentar los miedos. Y exactamente eso es lo que ocurre con los refugiados: muchas personas se preguntan si en un futuro seguirán recibiendo suficiente apoyo del Estado», dice el economista en una entrevista concedida a los autores de este libro.

A estas alturas quedan pocas dudas de que AfD obtiene un inestimable capital electoral de lo que el politólogo Sebastian Friedrich califica de crisis social o «de lo social»: por una parte, el partido ultraderechista recibe el voto de una parte de los trabajadores de la industria que han perdido su trabajo o visto cómo sus condiciones laborales empeoraban por la presión competitiva de una economía cada vez más ferozmente globalizada; por otra, AfD obtiene el apoyo de los integrantes de la clase media del país que, pese a no pasar por estrecheces económicas, se sienten más amenazados que nunca por la pérdida del estatus social y apuestan por una opción política que pone en entredicho tanto la sociedad multicultural —por miedo a lo de fuera— como un modelo económico en el que el euro y la transnacionalidad de la Unión Europa parecen elementos incuestionables —por miedo a la pérdida de la soberanía nacional como garantía de bienestar social—. A diferencia de otros países europeos como España, Grecia o Portugal, duramente golpeados por la crisis económica y los recortes de gasto público, y en los que partidos protesta han surgido por la —extrema— izquierda, en Alemania ha sido AfD quien ha sabido apropiarse políticamente del miedo al descenso social desde posiciones reaccionarias enmarcadas en una revolución conservadora y con una propuesta claramente nacional-neoliberal. «Esa parte de la clase media», escribe Friedrich, «dirige su desprecio sobre todo contra personas presuntamente innecesarias y es cada vez más islamófoba». Es lo que algunos autores han llamado «chovinismo clasista» o «chovinismo económico»: la renacionalización del voto y la etnización de la conciencia de clase.

7.3. La Grosse Koalition o la (supuesta) falta de alternativas

Alemania lleva siendo gobernada de facto por grandes coaliciones desde hace prácticamente doce años: la canciller Merkel gobernó su primera legislatura (2005-2009) y su tercer periodo (2013-2017) gracias a una coalición con los socialdemócratas del SPD, mientras que para su segundo gobierno (2009-2013) contó con el apoyo de los liberales del FDP —y también con el voto de parlamentarios del SPD para la aprobación de algunas leyes en una suerte de gran coalición pasiva—. El paulatino debilitamiento de la socialdemocracia alemana ha dejado cada vez más en evidencia que el SPD difícilmente es —y será— una alternativa de gobierno a los conservadores de la CDU-CSU. El hecho de que el resto de partidos con representación parlamentaria —La Izquierda, Los Verdes, los liberales del FDP y ahora también AfD— se mantengan en niveles de voto que de momento a duras penas superan el 10 por ciento de los sufragios dificulta aún más una forma de gobierno alternativa a la gran coalición. Esta se impone así como la opción más pragmática, como la única vía para la realpolitik. Sin embargo, y a diferencia de lo que se suele opinar a menudo fuera de Alemania, la coalición entre los dos principales partidos del país no tiene una gran tradición en el Estado más poderoso de Europa: en las siete décadas de historia de la República Federal (1949-2017), repartidas en 18 periodos legislativos, sólo ha habido tres grandes coaliciones. Esa forma de gobierno se afianza así claramente a partir del cambio de siglo.

«AfD es una respuesta derechista al anuncio de Fukuyama del fin de la historia», reflexiona con certeza Sebastian Friedrich. Tras la caída del muro de Berlín y el hundimiento del bloque soviético, el politólogo Francis Fukuyama predijo que la historia se acababa gracias al avance triunfante del capitalismo neoliberal y la democracia parlamentaria liberal. Ese parecía ser el modelo con el que la humanidad llegaría hasta el final de sus días. En medio de ese signo posmoderno de los tiempos, la gran coalición pareció instalarse en las primeras décadas del XXI como la única forma posible de gobierno en Alemania. La omnipotente Merkel sacaba adelante leyes, paquetes de rescate, reformas y programas con el discurso de la Alternativlosigkeit[138] con el apoyo del segundo partido del país, que había supuesto tradicionalmente la oposición desde el centroizquierda a las políticas conservadoras. La todopoderosa canciller no sólo aprobaba su orden

del día, sino que además se permitía el lujo de no dar explicaciones a la ciudadanía. La aparente falta de alternativas a sus decisiones era para ella suficiente aclaración para el electorado alemán. Lo que hacía su gobierno era lo único que se podía hacer. Punto.

¿Pero realmente era la falta real de alternativas políticas la que guiaba a Merkel a ese discurso? Evidentemente, no. La crisis del euro y los periódicos —e inútiles— paquetes de crédito para Grecia, cuyo presunto objetivo era sacar al país del sumidero de la deuda, son una buena prueba de ello. En verano de 2013, un informe[139] elaborado por la consultora Findpolconsult, por encargo de Los Verdes alemanes y por la facción verde del Parlamento Europeo, ponía en evidencia que sí había alternativas al llamado «austericidio»: el documento destapa que los países de la Eurozona podrían haberse ahorrado 35.000 millones de euros en ayudas públicas a bancos privados de la periferia europea si el poder político hubiese obligado a los acreedores —capital fundamentalmente centroeuropeo— a participar en la reestructuración y recapitalización financiera de tres bancos privados griegos (Piraeus Bank, Alpha Bank y EFG Eurobank), dos chipriotas (Laiki Bank y Bank of Cyprus) y tres españoles (Bankia, Banco de Valencia y Banco Popular). El informe, que destaca sólo una serie de casos paradigmáticos del modelo económico de la Unión Europea, califica de «desastrosa» la gestión de la crisis bancaria y deja en muy mal lugar al discurso de «falta de alternativas» de la canciller Merkel.

A efectos prácticos, ese tipo de informaciones, que no suelen aparecer por otra parte en los grandes medios alemanes, no sólo desenmascara la impostura de la canciller y su gobierno respecto a la crisis de deuda, sino que apuntala la sensación de que los dos grandes partidos del país forman una unidad política indivisible que aniquila cualquier tipo de oposición parlamentaria y las alternativas políticas.

Tras las elecciones federales de septiembre de 2013, la CDU-CSU y el SPD sumaron el 80 por ciento de todos los escaños del Bundestag —504 diputados de la Grosse Koalition frente a 127 opositores—. La oposición parlamentaria, conformada por Los Verdes y La Izquierda, veía así desaparecer cualquier tipo de posibilidad de enmendar leyes y ni siquiera de escenificar una oposición incisiva. Como titulaba[140] el diario conservador Frankfurter Allgemeine Zeitung a inicios de la tercera legislatura de Merkel, la canciller gobernó Alemania estos últimos cuatro años con una «mega mayoría», con todo un rodillo legislativo que algunos observadores y periodistas no han dudado de tildar de anomalía democrática o estado de excepción parlamentario. Una realidad institucional que algunos teóricos han denominado «postdemocracia» para describir la irrelevancia electoral en países

como Grecia, en los que ganase la izquierda, el centro o la derecha, el plan económico ya estaba trazado de antemano: recortes de gasto público, devaluación salarial y más créditos de acreedores extranjeros para pagar la deuda externa. En efecto, y como demuestra el caso de Austria —donde democratacristianos y socialdemócratas llevan gobernando conjuntamente prácticamente desde el fin de la Segunda Guerra Mundial—, la reedición ad infinitum de grandes coaliciones banaliza el debate político, convierte en superflua la escenificación de la confrontación parlamentaria y da alas a las opciones antiestablishment.

«En la vieja República de Bonn[141], dominada por los dos grandes partidos, la gran coalición era considerada una gran excepción, algo así como un estado de excepción de la democracia», escribía el articulista Christoph Seils en el diario Der Tagesspiegel[142] en abril de 2012, un año antes de la fundación de AfD. «Sin embargo, en el sistema multipartidista de la República de Berlín esa excepción se convierte cada vez más en la regla, el estado de excepción parlamentario se vuelve normalidad. (…) Si a los grandes partidos no se les ocurre nada mejor que volver a tomar el camino fácil de la gran coalición en 2013, no deberían sorprenderse si el apego hacia los partidos sigue erosionándose, si los electores se sienten cada vez más ajenos a los partidos tradicionales y si el sistema político sigue fragmentándose». Las palabras del articulista se nos presentan hoy como visionarias; cinco años después de la publicación de su columna, cuando el resurgimiento de la ultraderecha alemana se presentaba como un proyecto político imposible en Alemania, ningún partido encarna mejor que AfD esa sensación de alejamiento de los viejos partidos y la fragmentación del tablero político alemán.

Si las encuestas de intención de voto tienen razón, Alemania se dirige a un futuro con el Parlamento federal más fragmentado de la historia reciente del país: muy probablemente, seis partidos (CDU-CSU, SPD, Los Verdes, La Izquierda, FDP y AfD) tendrán fracción propia a medio plazo en el Bundestag. Ello hace aún más complicada la aritmética de formación de Gobierno. El país se enfrenta así a una situación bien paradójica: quedando descartada de momento la ultraderecha como posible socio, la gran coalición se presenta nuevamente como la forma de Gobierno más probable para el futuro próximo del país. Una situación que AfD no dudará en intentar capitalizar electoralmente presentándose como la «única oposición real»[143] —en palabras de Beatrix von Storch— ante el «cártel de partidos», tal como denominan los líderes ultras a los partidos tradicionales. El tablero político alemán se enfrenta así ante una situación que puede ser descrita con un viejo refrán español: una pescadilla que se muerde la cola.

7.4. Insuficiente (e ineficiente) comunicación política de Merkel

La figura de la canciller Angela Merkel destaca por su tacticismo, su capacidad de medir con inteligencia los tiempos políticos y por sus silencios más que por sus declaraciones. Esas son las armas con las que ha ido deshaciéndose de rivales políticos y fulminando electoralmente a cualquiera que osase hacerle frente o intentase capitalizar los logros de sus sucesivos gobiernos de coalición. A diferencia de su predecesor, el excanciller socialdemócrata Gerhard Schröder —todo un macho alfa de la política alemana y europea—, Merkel es una líder que no sobresale por su brillantez dialéctica, por su retórica ni por grandes discursos. Ello no ha sido diferente en la gestión de la llamada crisis de refugiados y de otras decisiones impopulares del Gobierno que lidera.

Su lacónico «Wir schaffen das»[144], con el que la canciller se refirió un día a la capacidad del pueblo alemán de acoger a los cientos de miles de refugiados, no es más que la expresión de una responsabilidad histórica que Alemania no puede rechazar. Y no sólo por la historia moderna del país, sino por una simple razón práctica: un cierre de las fronteras alemanas, tal y como exigen los ultraderechistas de AfD, habría generado unas consecuencias impredecibles para la seguridad de la Unión Europea y para los países balcánicos de la antigua Yugoslavia, que siguen sumidos en un precario equilibrio tras la última gran guerra librada en suelo europeo.

El gran error de la canciller en este caso parece haber sido la incapacidad o la falta de voluntad de explicar su innegociable decisión de no cerrar las fronteras, acoger a los refugiados y también las ventajas que tiene su llegada para el modelo económico alemán, lastrado por una innegable crisis demográfica que, como apuntan los estudiosos del fenómeno, sólo puede ser combatida efectivamente a corto y medio plazo con la llegada de inmigrantes que puedan cubrir la demanda laboral insatisfecha en Alemania. Después de que AfD quedase con un 20,8 por ciento de los votos por delante del partido de Merkel en las elecciones celebradas en octubre de 2016 en el Estado de Mecklemburg-Vorpommern —en el que se encuentra el distrito electoral por el que se presenta la canciller a las federales—, los medios de comunicación alemanes comenzaron a poner en serio entredicho la efectividad de la política de comunicación de la líder

democristiana para frenar al partido ultraderechista. AfD parecía ir siempre un paso por delante del resto de formaciones, incluida la de Merkel, con su estrategia provocadora y su establecimiento de agenda hipernacionalista y racista. Esas dudas sobre el bautizado como «método Merkel» quedaban reflejadas también en estudios académicos y en sondeos de opinión.

«En el 'método Merkel', los cambios políticos van por delante de los cambios en la retórica», señalaba a finales de 2016 un informe de la Fundación Bertelsmann[145] refiriéndose a la política de comunicación de la canciller. «La política de refugiados alemana se ha transformado drásticamente desde inicios de 2016. El acuerdo entre la Unión Europea y Turquía[146], por ejemplo, ha reducido claramente el número de refugiados que llegan a las costas de Grecia. Al mismo tiempo, la reunificación familiar [de refugiados] se ha eliminado casi por completo. (…) El Gobierno alemán ha aumentado el número de países extracomunitarios considerados como seguros[147]. (…) Este cambio de rumbo sólo se puede entender gracias al trasfondo de cambiantes condiciones políticas: el año 2016 estuvo marcado por un rápido descenso de la popularidad de la canciller federal, por una gran resistencia contra su política entre sus propias filas y por el avance de populistas de derecha de AfD».

Tal y como apunta el informe, ese cambio de políticas migratorias no estuvo acompañado por una transformación de la comunicación política: Merkel seguía sin entrar en el debate dialéctico con los cada vez más provocadores líderes de AfD, partido que rara vez menciona ni tan siquiera indirectamente. La canciller y su partido han preferido mantener la estrategia de la ignorancia respecto al partido ultraderechista, tal vez bajo la premisa de que lo que no se nombra, no existe. «Ese método encierra el riesgo de que no se desarrolle el efecto político pacificador deseado», escriben los autores del informe de la Fundación Bertelsmann. En los tiempos de hipercomunicación y de las redes sociales, el poder parece necesitar más que nunca gestos comunicativos para legitimar sus posiciones y calmar los miedos que impulsan a partidos ultraderechistas como AfD. Merkel se destaca, sin embargo, más por sus medidas declaraciones y por sus silencios que por sus constantes y activas apariciones en los medios de comunicación y en las redes. Su lacónico y entretanto ya desaparecido «Wir schaffen das» fue así una oportunidad que AfD no dudó en utilizar para transmitir la sensación de que el Gobierno federal no tenía la situación bajo control. Al fin y al cabo, y como apunta la periodista alemana Melanie Amann, quien no sabe comunicar sus decisiones políticas acaba pagándolo electoralmente. La popularidad de la todopoderosa Merkel tampoco fue en ese sentido una excepción

a esa regla.



7.5. El contexto europeo: auge ultra y amenaza yihadista

La aparición y consolidación de AfD demuestra que Alemania ha dejado de ser una excepción en medio del auge de fuerzas ultraderechistas que experimenta Europa. Alemania ya no parece poder escapar al signo reaccionario de los tiempos que recorre el Viejo Continente, tal y como fue subrayado por historiadores y analistas durante tantas décadas en las que ningún partido ultra pudo hacerse hueco en el ecosistema político federal germano. La razón que solían aducir esas voces eran las secuelas psicológicas dejadas en el pueblo alemán por los 12 años de nacionalsocialismo y por el Holocausto. Sin embargo, la llamada «Deutsche Schuld»[148] o culpa alemana parece que ha dejado de ser una variable de la ecuación electoral para parte de la ciudadanía. En este sentido, no es casualidad que una de las líneas discursivas de figuras destacadas del ala etnonacionalista de AfD sea el ataque frontal contra lo que ellos consideran la «Schuld-Kultur» («cultura de la culpa»). Para Höcke, Poggenburg o Gauland, es precisamente esa «cultura de la culpa» fomentada por el establishment del país, ese constante recuerdo de los crímenes cometidos por el hitlerismo, la que ha dinamitado el orgullo de ser alemán y ha otorgado una connotación negativa al concepto de patriotismo en el país. El hecho de que fuerzas ultraderechistas hayan avanzado en otros países europeos del entorno de Alemania parece haber ampliado la votabilidad de un partido cuyo discurso ataca uno de los elementos fundamentales del consenso político del país desde el fin de la Segunda Guerra Mundial: que Alemania debe revisar constantemente los crímenes del nazismo para evitar volver a repetirlos[149].

Para Sebastian Friedrich, la aparición y el establecimiento de AfD como una fuerza política más en el tablero político no es más que la «normalización» de Alemania con respecto al resto de los países europeos de su entorno: en Francia, el Frente Nacional hace tiempo que se ha consolidado como una alternativa de poder capaz de revolucionar el panorama político galo y de disputar elecciones presidenciales en segunda vuelta; en Holanda, el islamófobo y antimigración Partido de la Libertad de Geert Wilders se quedó muy lejos de ganar los últimos comicios, pero fue la segunda fuerza más votada y sigue siendo una amenaza latente; en Austria, los ultraderechistas del FPÖ (Partido de la Libertad de Austria) también pelean hace tiempo en las encuestas por obtener mayorías electorales;

en Polonia gobiernan los ultraconservadores del PiS (Ley y Justicia) y en Hungría, los ultranacionalistas y euroescépticos de Fidesz de Viktor Orbán. Sin miedo a exagerar, se puede decir que un fantasma ultraderechista recorre Europa, y que Alemania ya no escapa a los cantos de sirena del populismo ultra. El congreso organizado por AfD en la ciudad de Colonia, con el que se abre este libro y al que fue invitado el once titular de la ultraderecha europea, da buena cuenta de ello.

Otro de los fenómenos que golpea a Europa de manera transnacional es el terrorismo yihadista. Después de que Francia, España o Inglaterra sufrieran brutales atentados a partir del cambio de siglo, muchos llevaban tiempo preguntándose cuándo le tocaría a Alemania. El país dejó de ser hace tiempo un oasis de tranquilidad, como quedó evidenciado con el atropello masivo protagonizado por un peticionario de asilo tunecino en un mercadillo de navidad de Berlín en diciembre de 2016. Ese atentado yihadista, que dejó once muertos y decenas de heridos, supuso la consolidación de una tendencia que ya se dejaba ver en los sondeos de opinión; ya desde el atentado contra la revista francesa Charlie Hebdo en enero de 2015 en París, el temor entre la población alemana de sufrir un atentado no había hecho más que incrementarse. En agosto de 2016, en pleno clímax de la llamada crisis de los refugiados, el 76 por ciento de los ciudadanos alemanes encuestados aseguraba tener miedo a futuros atentados[150]. Según apuntaba un informe publicado en junio de 2017 por el Institute for Economics and Peace[151], Alemania cerró 2017 con un 61 por ciento de su población opinando que la llegada de refugiados ampliaba la probabilidad de ataques terroristas. El solapamiento sociológico entre la nueva migración y el potencial electoral del populismo ultraderechista estaba así servido en bandeja. Sólo faltaba un partido que fuese capaz de capitalizar políticamente ese fenómeno.

Alternativa para Alemania y otros movimientos de las llamadas Nuevas Derechas no han mostrado el más mínimo rubor a la hora de instrumentalizar el terror yihadista para sus fines políticos. Pegida, por ejemplo, consiguió organizar su mayor manifestación pocos días después del atentado en París contra Charlie Hebdo sacando a las calles de Dresde a unas 25.000 personas. Esa demostración de fuerza del movimiento islamófobo supuso un antes y un después en la percepción del potencial político del ultraderechismo alemán de nuevo cuño: la exitosa marcha de Pegida demostraba que ligar terrorismo con islam podía arrojar réditos electorales. Por esas mismas fechas, algunas figuras de AfD comenzaron a tender puentes con Pegida tras asegurar que sus temores sobre la presunta islamización de Alemania y Europa debían ser tenidos en cuenta por los representantes

políticos.

La instrumentalización de la amenaza yihadista se ha convertido sin lugar a dudas en una fuente de apoyo para el partido ultra. En no pocas ocasiones, tras un atentado terrorista, líderes de AfD han usado sus redes sociales para atizar el miedo y fomentar el odio al islam entre la población alemana: «Muchos saludos desde Bruselas. Ya hemos abandonado el Parlamento. Helicópteros sobrevuelan la zona. Por todos lados sirenas. Parece que hay muchos muertos en el aeropuerto y en la estación central de trenes. Pero todo esto no tiene nada que ver con nada», escribía en su muro de Facebook[152] la eurodiputada de AfD Beatrix von Storch en marzo de 2016 tras un atentado con bomba en la capital belga. Su párrafo no necesitaba contener la palabra «islam» para encender la islamofobia en Alemania y en el resto de Europa.

7.6. El debate sobre la identidad alemana

La agenda política en Alemania ha cambiado. Entre otros temas, como el futuro de la Unión Europea, el euro, la justicia social o la inmigración, destaca ahora el debate sobre la identidad nacional. Un debate que no han reconocido a tiempo los partidos tradicionales del país y que vuelve al centro de la discusión pública en Alemania con lo que parece ser el fin de un ciclo histórico. Como apunta el politólogo de la Universidad Humboldt de Berlín Herfried Münkler, los Estados modernos europeos han abierto tradicionalmente un debate sobre su identidad nacional cada cuarto de siglo: tras la última gran redefinición de la identidad nacional alemana después de la caída del muro de Berlín en 1989 y de la reunificación del país en 1990, Alemania afronta ahora una nueva discusión sobre qué significa ser alemán y hacia dónde se dirige el país. Ante la falta de determinación o de voluntad de los partidos establecidos para abordar ese espinoso debate, la ultraderecha de AfD no ha dudado ni un segundo en llenar ese vacío para defender la identidad nacional alemana desde posturas antimulticulturalistas y parcialmente etnoreligiosas. Con un nada despreciable éxito electoral.

«¿Qué es una nación?», se pregunta Herfried Münkler en uno de los capítulos de Los nuevos alemanes. Un país ante su futuro[153], libro que escribió mano a mano junto a su esposa, la profesora de Literatura Marina Münkler. El ensayo aborda de lleno el debate sobre la identidad nacional y advierte del abandono que la élite política e intelectual del país ha hecho del asunto: «A primera vista, la controversia política gira en torno a la cuestión de si Alemania debería ser en el futuro un Estado étnicamente unitario y marcado por una cultura predominantemente cristiana, o más bien una sociedad en la que convivan personas procedentes de diferentes regiones y con diversas confesiones religiosas». En el marco de ese debate, Münkler apunta al fortalecimiento de posturas antimulticulturalistas que divide en dos grupos claramente diferenciados: «Los ultraderechistas duros que persiguen un programa de revisión etnocultural que debería revertir la diversidad desarrollada en el territorio de la República Federal desde la década de los 70» y «los populistas derechistas que rechazan cualquier tipo de migración, pero que no justifican esa postura desde posiciones étnicas, sino desde una crítica fundamental al islam; atribuyen a los musulmanes una estrategia oculta para

islamizar las sociedades europeas». Ambos grupos, cuyas posiciones habrían sido simplemente impensables en segmentos de población relevantes en la Alemania de hace tan sólo una década, se encuentran hoy ampliamente representados dentro de AfD.

«El patriotismo y el consecuente orgullo por Alemania son entre la "gente pequeña" piezas fundamentales de su identidad cultural, como queda demostrado constantemente en eventos futbolísticos», subraya un documento estratégico interno de AfD distribuido entre los cuadros del partido a finales de 2016 con la vista puesta en las elecciones federales de septiembre de 2017. El documento señala así el potencial electoral que tenían los ultraderechistas entre los votantes tradicionales del Partido Socialdemócrata alemán (SPD), que había olvidado por completo el debate sobre la identidad nacional en su defensa a ultranza del europeísmo y de la Unión Europea. No es casualidad que AfD haya unido en su programa político dos conceptos como «justicia social» e «identidad nacional» —la bautizada como «nueva cuestión social alemana»—. El partido ultra establece así un eje discursivo que no enfrenta los conceptos de «arriba» y «abajo» como hace generalmente la izquierda, sino que aborda el debate de la justicia social confrontando a los que están «dentro» con los que están «fuera». La formación sabe que el desencanto del electorado tradicional de centroizquierda con el SPD —entre otras cosas, por su incapacidad de definir en medidas concretas su discurso por la «justicia social»— abre una brecha electoral en favor de un discurso que «renacionalice» los derechos de la clase trabajadora germana. Los conceptos antimulticulturalistas y etnoreligiosos de la identidad nacional ofrecidos por AfD son así fundamentales para entender la exitosa estrategia del partido entre parte de las clases asalariadas y precarias.

«AfD reivindica la cultura predominante alemana [Leitkultur]», destaca el programa electoral[154] aprobado por el partido ultra en su congreso de Colonia celebrado en abril de 2017. «Esta se basa en los valores del cristianismo, de la cultura greco-romana, el humanismo y la Ilustración. Contiene, además de la lengua alemana, también nuestros usos y tradiciones, nuestra historia del pensamiento y cultura. (…) La ideología del multiculturalismo pone en peligro todos estos logros culturales». AfD traza de nuevo una línea maniquea que enfrenta dos conceptos, en su opinión, incompatibles: la diversidad de etnias, culturas y religiones, y la conservación de valores predominantes en Alemania desde hace siglos. El partido ultra lanza así un mensaje claro al electorado: hay que elegir entre multiculturalidad o identidad nacional alemana, pues la influencia de «culturas ajenas» supondrá inevitablemente el fin de Alemania tal y

como la hemos conocido hasta ahora y, por consiguiente, el fin de la identidad alemana.

A día de hoy, y pese a las sucesivas olas migratorias recibidas desde la década de los 60, todavía hay políticos alemanes que se niegan a reconocer que su país es incomprensible sin la migración. Al mismo tiempo, la historia moderna de Alemania, marcada inevitablemente por el nacionalsocialismo y la Segunda Guerra Mundial, ha aplazado durante décadas un necesario debate sobre qué significa ser ciudadano alemán y en qué punto se encuentra la identidad nacional. Tras la aparición y el establecimiento de AfD, políticos de la unión conservadora de Merkel, como por ejemplo el ministro del Interior democristiano, Thomas de Maizière, no dudaron en hablar sobre la necesidad de establecer una Leitkultur («cultura predominante») en un artículo publicado en el tabloide alemán Bild Zeitung[155] en abril de 2017. Con frases como: «Nosotros somos una sociedad abierta. Nosotros damos la cara. Nosotros no somos burka», muchos analistas y periodistas coincidieron en calificar la aportación de De Maizière como un claro intento de recuperar votantes conservadores que se habían entregado a los brazos del populismo ultraderechista. En el debate sobre la identidad nacional alemana, AfD marca la agenda y está un paso por delante del resto de partidos.

7.7. Surgimiento de una intelectualidad de ultraderecha

«Fue un librepensador poético y un gran historiador de la economía. Cuando llegaron los refugiados, escribió libros venenosos y ultraderechistas. Entonces se suicidó». Así describe el diario conservador Frankfurter Allgemeine Zeitung[156] los últimos tiempos de Rolf Peter Sieferle, un reconocido intelectual alemán que giró a la ultraderecha en sus últimos años de vida. El de Sieferle, que aseguraba que Alemania y Europa habían elegido el camino de la «autodestrucción» con su política de fronteras abiertas con los refugiados, no es más que un ejemplo más de la ultraderechización de una parte de la intelectualidad del país; un fenómeno al que se pueden añadir otros nombres destacados como Thilo Sarrazin, miembro del SPD que publicó en 2010 su controvertido Deutschland schafft sich ab[157], o el filósofo Peter Sloterdijk. Ni Sieferle ni Sarrazin ni Sloterdijk militan ni militaron en AfD, pero sus argumentaciones son usadas por el partido ultraderechista y por otras organizaciones de las llamadas Nuevas Derechas alemanas para impulsar su programa político.

El nacimiento de AfD no sale de la nada, sino que se enmarca en un proyecto social ultraconservador, derechista e hipernacionalista que llevaba años cociéndose en el corazón de Alemania y mucho antes de la fundación del partido ultra. El fenómeno, conocido como Nuevas Derechas alemanas, se inserta en la lógica de la lucha por la hegemonía cultural de los países, una teoría que en realidad dio a luz el intelectual marxista italiano Antonio Gramsci, pero que las Nuevas Derechas alemanas han hecho suya. Intelectuales, escritores, periodistas, medios de comunicación en papel y digitales, redes sociales, movimientos juveniles, revistas, blogs, editoriales, institutos políticos y lobbies forman parte de ese frente reaccionario ávido de una revolución neoconservadora. Las Nuevas Derechas alemanas cuentan hoy con una sólida red de medios y plataformas online que conforman un ecosistema mediático cada vez más profesionalizado, cuyos objetivos son combatir los conceptos liberales de sociedad abierta —o lo que ellos llaman la «herencia» o «el espíritu de la generación del 68»— así como convertirse algún día en un polo de opinión mayoritario. Esa red de medios reaccionarios ha aupado políticamente a AfD; en ella, están representadas las tres principales tendencias ideológicas existentes dentro del partido: la

nacionalneoliberal, la nacionalconservadora y la etnonacionalista. Pasamos a describir a continuación algunos de los medios, organizaciones e instituciones más destacadas e influyentes de esta nueva intelectualidad ultraderechista alemana que, en muchos puntos, se inspiran en la llamada Revolución Conservadora de la década de los 20 del siglo pasado, antes de la llegada del nacionalsocialismo al poder.

• Junge Freiheit es un semanario fundado en 1986 que cuenta actualmente con una tirada de 36.000 ejemplares, de los cuales vende alrededor de 30.000. Como recoge el libro del colectivo de periodistas alemanes Correctiv, el dirigente de AfD Alexander Gauland dijo una vez: «Quien quiera entender AfD, debe leer Junge Freiheit». Su línea editorial es cristalina: cierre de fronteras, fin a la inmigración, freno a los extranjeros criminales y defensa de la familia tradicional desde posiciones nacionalconservadoras. Dieter Stein es su director: él mismo fundó la publicación como una revista universitaria cuando era estudiante. Stein dijo una vez que hay demasiados «periodistas de izquierdas» trabajando en los medios de comunicación públicos[158]. El semanario se presenta como una publicación que aborda «temas explosivos» y que se aparta de «lo políticamente correcto». Junge Freiheit es cercano al ala nacionalcoservadora y más pragmática de AfD.

• Compact es una revista mensual fundada en 2010 y con una tirada de 80.000 ejemplares, según datos propios. El colectivo Correctiv, citando fuentes del semanario Die Zeit, apunta que esa tirada está en realidad más cerca de los 40.000. Su lema es «Mut zur Wahrheit» («Valor para la verdad»), precisamente uno de los eslóganes electorales de AfD. Jürgen Elsässer, un antiguo comunista que trabajó como redactor para publicaciones izquierdistas como Junge Welt o Jungle World, es su actual director. El contenido de sus portadas[159] es pura dinamita ultraderechista, antisemita, islamófoba y xenófoba. Bajo la cabecera, siempre bautizada como «Revista para la soberanía», Compact ha presentado en sus portadas a la canciller Angela Merkel con un bigote hitleriano con el titular «La última batalla de Merkel», o ataviada con un pañuelo islámico. La estrategia de la revista es comparable a la del ala etnonacionalista de AfD: la pura y dura provocación ultraderechista de discurso metaneonazi.

• Political Incorrect News (PI News) es un blog fundado en 2004 que apuesta por «noticias contra el mainstream, pro-estadounidenses, pro-israelíes, contra la islamización de Europa y en favor de la Constitución y los Derechos Humanos». Gran defensora de la figura de Donald Trump, algunas de las secciones de la web son «Inmigración»,

«Criminalidad», «Izquierda» y «Medios». Se desconoce quién está detrás de la web. La mayoría de sus autores y articulistas se mantienen en el anonimato, y muchos de sus contenidos son copiados e incrustados de otras páginas. El libro Schwarzbuch AfD, del colectivo Correctiv, apunta que su servidor está en Estados Unidos y que tiene 400.000 visitas diarias. La expresión «políticamente incorrecto» es un simple eufemismo con el que PI News se refiere en realidad a posiciones ultraderechistas y antimigratorias.

• El Identitäre Bewegung (Movimiento Identitario) es un movimiento juvenil alemán con sus raíces en Francia. Fue fundado en 2012 y actualmente cuenta en Alemania con unos cuantos cientos de activistas. Los servicios secretos alemanes han reconocido públicamente que los vigilan. En agosto de 2016, un grupo de activistas identitarios se encaramó a la Puerta de Brandeburgo y desplegó ante cientos de turistas una pancarta con la frase: «Fronteras seguras, futuro asegurado»[160]. El IB se aparta explícitamente de lo que ellos llaman Viejas Derechas —neonazismo o hitlerismo— para ofrecer un discurso algo más elaborado: defienden el concepto de «etnopluralismo», que contraponen al de «multiculturalismo». Aseguran apostar por el mantenimiento de la diversidad cultural del planeta, siempre y cuando las diferentes culturas se mantengan dentro de sus «territorios históricos». Sus acciones, editadas en vídeo y difundidas por las redes sociales, consisten en flashmobs ultras siempre denunciando la presunta inmigración masiva, la falta de libertad de expresión que sufre Alemania y la pérdida de la identidad nacional germana. Pese a que AfD rechaza la colaboración con el IB, hay conexiones personales entre el movimiento juvenil y determinadas figuras del partido ultraderechista. El IB es como una especie de juventudes de las Nuevas Derechas alemanas.

• El Institut für Staatspolitik (IfS, Instituto para Política de Estado) es una suerte de think tank o centro de estudios ultraderechista fundado en 2000 y con sede en la población de Schnellroda, en el Estado germano-oriental de Sachsen-Anhalt. El IfS se dedica a organizar conferencias, academias, debates y a publicar informes desde posturas ultranacionalistas y etnonacionalistas sobre temas tan diversos como la migración, la educación, la economía, la guerra o la ecología. A la hora de definir su posición política, resulta paradigmático un párrafo extraído de su web: «La socialdemocratización del llamado centro es una realidad que se refleja en ciertas posiciones defendidas hace diez años por la izquierda y que se han generalizado en la CDU [democristianos], CSU [socialcristianos bávaros] y el FDP [liberales]. Ello afecta sobre todo a la postura sobre la sociedad multicultural y el abuso histórico-político del pasado alemán. (…) Sin identidad

nacional no hay futuro para Alemania». El IfS publica la revista Sezession y también cuenta con la plataforma editorial Antaios. Con una postura intelectualista, el instituto pone en entredicho el sistema político de la República Federal de Alemania y es muy cercano al ala etnonacionalista más radical de AfD. Su cerebro es Götz Kubitschek, un licenciado en Magisterio, exteniente del ejército alemán, periodista, publicista y editor. Kubitschek tiene una estrecha relación con figuras de AfD como Höcke y Poggenburg, y es considerado el gran intelectual de las Nuevas Derechas alemanas. Este ideólogo ultraderechista nos concedió una entrevista, a través de mail, clave para entender el discurso intelectual de las Nuevas Derechas alemanas y su encaje en la estrategia política de AfD. La reproducimos a continuación:

Señor Kubitschek, ¿cómo definiría usted las llamadas Nuevas Derechas alemanas?

Las Nuevas Derechas son un cuestionamiento fundamental de la hegemonía cultural de la izquierda.

¿Es la llamada Revolución Conservadora de Alemania, ocurrida entre 1918 y 1932, la principal inspiración de las Nuevas Derechas alemanas?

No, esa es sólo una de varias fuentes de inspiración.

El concepto de «etnopluralismo» juega un rol importante en las Nuevas Derechas. ¿Podría contarnos un poco más sobre el surgimiento y el contenido del mismo?

Este concepto se basa en el convencimiento de que la diversidad del mundo se fundamenta en la diversidad de sus pueblos y de que no puede haber superioridad de unos pueblos sobre otros, sino más bien una igualdad de derechos y un aprecio fundamental, siempre y cuando los pueblos defiendan y desarrollen su cultura, permanezcan en sus

espacios y respeten a sus vecinos. Al fin y al cabo, el etnopluralismo es un concepto defensivo, un concepto humilde y moderado para un pueblo —es decir, «nosotros»— y un continente que están envejeciendo. Los pueblos jóvenes, dinámicos y expansivos no se comportan de forma etnopluralista, y Europa obviamente tampoco se comportó de manera etnopluralista en su fase de superioridad y expansión.

En su opinión, ¿cuáles son las principales razones del actual fortalecimiento de las Nuevas Derechas alemanas?

Hay enormes problemas sin resolver que afectan al ciudadano normal; hay un partido en el que las Nuevas Derechas se han reencontrado; hay proyectos vitales como Pegida, Ein Prozent[161] y los Identitarios así como un inteligente trabajo de preparación desarrollado durante muchos años por editoriales y diarios. Todo eso da ahora sus frutos.

¿Diría que la nueva intelectualidad de las Nuevas Derechas está en disposición de pelear por la hegemonía cultural —y política— de Alemania?

Por supuesto. Fíjense en el reciente escándalo generado por el caso ‘Sieferle’[162]: la reacción del establishment es patética, histérica, de pánico y clínica. Ello me demuestra cuán exitosamente podemos provocar.

¿Significa la obra Finis Germania un hito intelectual para las Nuevas Derechas alemanas?

Sí, en tanto que el escándalo generado alrededor del libro —usando las palabras de Bertolt Brecht[163]— ha deformado al establishment hasta hacerlo reconocible.

Usted apuesta por la contención de los partidos políticos. ¿A qué se refiere concretamente con ello?

El Estado —como conjunto— no puede convertirse en un botín de los partidos. Y en Alemania ha ocurrido eso. El Estado, como cuerpo neutral, tiene que ser liberado de las manos de las fuerzas partidistas.

Alternativa para Alemania es sin duda el fenómeno político más importante de las Nuevas Derechas alemanas. ¿Cuál es su opinión personal sobre el partido?

AfD tiene ante sí un camino duro, tiene que sostenerse en la industria política y comportarse como un partido. Ello se diferencia de manera fundamental de lo que, por ejemplo, hago yo. Por eso prefiero no dar consejos.

¿Calificaría usted el surgimiento de AfD como el inicio de un cambio paradigmático en el tablero político de Alemania?

AfD es la prueba político-partidaria de ese cambio de paradigma, no el inicio del mismo. El exitoso libro de Sarrazin[164] sí fue, por ejemplo, un inicio en el campo editorial.

¿Interpretaría usted, como ya hizo una vez André Poggenburg[165], AfD como la última oportunidad para cambiar Alemania por vías parlamentarias?

Efectivamente, ya se nos hace tarde. Si AfD fracasase, no sería posible hacer mucho más a través de vías político-partidarias.

¿Hasta qué punto diría usted que la raza alemana o el pueblo

alemán están en peligro?

Nosotros no pensamos en razas, sino en pueblos. Sobre ello, Carl Schmitt[166] dijo: «El hecho de que un pueblo no tenga la fuerza o la voluntad de mantenerse en la esfera de lo político no significa que la política desaparezca del mundo. Sólo desaparece un pueblo débil». Y ese es el peligro que pende sobre todos los pueblos europeos.

7.8. German Angst o el miedo alemán

Mucho se ha escrito sobre el German Angst, esa ansiedad o ese miedo respecto al futuro aparentemente infundado que históricamente ha caracterizado al pueblo alemán. Los recientes atentados de corte yihadista que han sacudido Europa o la creciente brecha social en el reparto de la riqueza parecen estar alentando esa predisposición psicológica de los alemanes al pesimismo. En Alemania, el desempleo se reduce, la media salarial aumenta, la inflación ronda el 1,7 por ciento recomendado por el Banco Central Europeo y el Gobierno federal alemán prevé un crecimiento del 1,5 por ciento para 2017; y pese a todo, entre 2008 y 2017, los miedos de la población alemana se han incrementado en prácticamente todos los asuntos fundamentales a los que se enfrenta la sociedad europea, tal y como apunta un estudio de Stiftung für Zukunftsfragen[167].

Según el sondeo de opinión, sólo el 16 por ciento de los ciudadanos alemanes cree que la integración de extranjeros e inmigrantes será más fácil en 2017, sólo un 26 por ciento considera que el islam pertenece a Alemania, un 76 por ciento cree que crecen las posibilidades de atentados terroristas y el 85 por ciento opina que la pobreza en la tercera edad seguirá siendo un problema no resuelto en 2030. Ese escepticismo respecto al futuro está especialmente agudizado en el grupo de edad que engloba a los mayores de 55 años; un fenómeno comprensible si se mira la situación demográfica de Alemania: los mayores de 45 años conforman la mitad de la población del país. En efecto, la llamada locomotora económica europea, inmersa en una crisis demográfica a causa de una de las tasas de natalidad más bajas del mundo industrializado, es un país envejecido. Una realidad que no precisamente alimenta el optimismo de cara al futuro.

Ese miedo al futuro no es diferente respecto a la llegada de refugiados; como escriben Herfried Münkler y Marina Münkler en su libro Die Neuen Deutschen, «los refugiados son percibidos como un peligro o amenaza, nunca como una oportunidad para la renovación de la sociedad». Ello pese a que la única manera de combatir a corto y medio plazo la crisis demográfica sea la inmigración: los autores del libro indican que, dada su grave crisis demográfica, Alemania necesitaría una inmigración anual de entre 700.000 y un millón de

personas para mantener su actual cifra poblacional durante las próximas décadas; además, y como Herfried Münkler asegura, sociedades envejecidas como la alemana tienden a sufrir un mayor miedo al futuro que las «sociedades jóvenes y dinámicas» como las árabes y musulmanas. Amplios segmentos de Alemania temen así a esos nuevos inmigrantes que, paradójicamente, podrían garantizar el mantenimiento del modelo económico y el Estado de bienestar.

Tal vez por ello Alemania vive actualmente la siguiente paradoja: mientras el mercado laboral sigue siendo incapaz de encontrar suficiente fuerza de trabajo para cubrir la demanda en determinados sectores económicos, las autoridades del país endurecen las condiciones para obtener un permiso de trabajo e incluso deportan a refugiados que habían encontrado un camino profesional. Esa difícilmente comprensible situación parece apuntar a una reacción electoralista protagonizada por el Gobierno federal alemán: Berlín sabe que la sensación de que el país está acogiendo a mucha migración en muy poco tiempo no tiene buen cartel entre el electorado. La presión política procedente de la nueva ultraderecha alemana es un factor fundamental para entender una severa paradoja sociológica y psicológica de la que AfD se ha beneficiado y de la podría seguir beneficiándose.

7.9. Falta de honestidad periodística

Las coberturas de los grandes medios de comunicación alemanes sobre la crisis de deuda europea y el surgimiento de AfD comparten un elemento fundamental: la honestidad brilló por su ausencia en demasiados casos. En la llamada eurocrisis, crisis del euro o crisis de la deuda, un relato ha predominado sin lugar a dudas en los medios de comunicación de masas alemanes: los contribuyentes alemanes han sido presentados como los grandes perdedores ante los desmanes presupuestarios y la ineficaz gestión económica de los Estados de la periferia europea, que vivieron durante muchos años por encima de sus posibilidades y que por eso ahora tienen que recortar el gasto público para poder hacer frente a sus responsabilidades financieras para con los pueblos laboriosos, productivos y ahorradores del norte. Este discurso maniqueo y populista, que traza una línea falsa entre la maldad y la bondad que representan respectivamente deudores y acreedores, no sólo ha sido ofrecida por tabloides como el Bild Zeitung, sino también por publicaciones presuntamente serias como el semanario Der Spiegel, e incluso ha sido alimentado por figuras políticas de primera línea como el ministro democristiano de Finanzas, Wolfgang Schäuble.

Sin embargo, cualquiera que dedique algo de tiempo a analizar cómo surgen crisis de deuda, se percatará de que la responsabilidad es compartida: por poner un claro ejemplo, la desastrosa burbuja inmobiliaria española habría sido imposible sin la inyección sistemática de cientos de miles de millones de euros protagonizada, entre otros, por el sector bancario privado alemán. El periodista Harald Schumann[168], del diario berlinés Der Tagesspiegel, ha dejado en evidencia la impostura de la élite política y económica alemana respecto a la crisis de deuda: en el documental Staatsgeheimnis Bankenrettung (El rescate de bancos como secreto de Estado)[169], explica que el dinero público procedente de los contribuyentes alemanes va a parar a manos desconocidas bajo el pretexto de que las entidades bancarias no pueden caer por ser actores económicos sistémicos. Si caen los bancos privados, se hunde la economía europea y quién sabe si también el euro, reza el Gobierno federal alemán. De nuevo el argumento de «falta de alternativa» le bastaba a la élite política alemana para justificar las ayudas económicas millonarias a la banca privada alemana y para alimentar

de paso el «chovinismo económico» de gran parte de los medios del país. En el mencionado documental, Schumann lanza incómodas preguntas: ¿por qué no sabemos adónde va el dinero público?, ¿por qué los bancos privados alemanes no participan en el rescate financiero a través de mayores pérdidas tras inversiones claramente erróneas?, ¿realmente no hay alternativas al salvamento de intereses privados a través de dinero público?, ¿representan los políticos alemanes realmente los intereses económicos del pueblo alemán o más bien intereses económicos privados?

Todas preguntas incómodas que apenas son respondidas por los representantes políticos y, sobre todo, que raramente aparecen en el resto de medios alemanes. Tal vez porque es más fácil reducir la crisis de deuda europea a un simple asunto entre deudores —malos gestores manirrotos— y acreedores —naciones con alta productividad y grandes excedentes de capital—, en lugar de explicar que la eurocrisis es un asunto mucho más complejo y que es incomprensible sin la inestimable participación del capital privado alemán. O expresado de una manera más clara: si la periferia europea pidió dinero por encima de sus posibilidades, la banca privada alemana también prestó por encima de sus posibilidades.

La falta de honestidad en la cobertura de la mayoría de medios de comunicación alemanes sobre la crisis de deuda europea es algo que también sobresalió durante mucho tiempo en las informaciones sobre el surgimiento de AfD: más que intentar comprender el fenómeno de la nueva ultraderecha alemana, los periodistas parecían más interesados en expresar sus propios deseos sobre el partido —es decir, que desapareciese lo antes posible del panorama político alemán—. El ataque mediático contra AfD se convirtió así en la regla. Esa cobertura no hizo más que alimentar una retórica que el partido ultra ha aprovechado prácticamente desde su fundación: la victimización. Los líderes de la formación se han presentado y se presentan como víctimas de una enorme conspiración de la que los grandes medios también forman parte. Las coberturas de los medios de masas alemanes de la crisis de deuda y de la aparición de AfD muestran, en definitiva, una lógica compartida: la victimización mediática del pueblo alemán respecto a los endeudados pueblos sudeuropeos ha significado capital electoral para el discurso hipernacionalista y chovinista de AfD, un partido que al mismo tiempo se presenta como la víctima de unos medios de comunicación que en lugar de informar, atacan a la «única oposición real» del país, parafraseando a la eurodiputada Beatrix von Storch.

7.10. AfD 2.0

Para entender el fenómeno AfD hay que entender su presencia en la redes sociales, un ámbito fundamental en las estrategias de los partidos políticos en el siglo XXI. O como lo describe el diario muniqués Süddeutsche Zeitung, «Facebook se ha convertido en un factor en la estructura de poder de la República»[170]. Más aún en un año como 2017. El partido ultraderechista, que como hemos visto denuncia una presunta conspiración de los medios tradicionales contra él, ha hecho bandera de la estrategia digital en los nuevos medios. En ese sentido, se podría decir que AfD es una formación política nativa digital.

AfD va sin duda un par de pasos por delante del resto de partidos en cuanto al uso de las redes sociales; el partido ultraderechista es con diferencia la formación con más seguidores en Facebook: en mayo de 2017, contaba con más de 300.000 seguidores en la red social, muy por delante de La Izquierda (186.000), la CSU (166.000), el SPD (137.000) o la CDU de Merkel (130.000). Asimismo, el partido ultra parece contar con seguidores hiperactivos en la red social probablemente más política de Alemania: de media, los post de AfD cuentan con 1.340 «Me gusta», bastantes más que la suma del promedio que obtienen los post del resto de partidos. La combinación de una gran presencia en las redes sociales con la hiperactividad digital de los seguidores de AfD ha permitido al partido crear un espacio mediático propio que funciona como una especie de caja de resonancia en la que se repiten constantemente los mismos mensajes: la crisis de refugiados está fuera de control, una mayor migración tiene como inevitable consecuencia una mayor inseguridad, los alemanes son los grandes damnificados de la Unión Europea, el euro ya está muerto.

El diario Der Tagesspiegel y la web periodística Netzpolitik.org publicaron en abril de 2017 un interesante análisis[171] sobre el comportamiento de AfD en la red social Twitter. Las conclusiones son fundamentales para entender que la formación es nativa digital y cuál es su estrategia en este ámbito: «La cuenta oficial del partido fue creada el 24 de septiembre de 2012, más de cuatro meses antes de que el partido fuese fundado oficialmente en febrero de 2013. La jefa del partido, Frauke Petry, y su actual marido, Marcus Pretzell, entraron en

Twitter poco después de la fundación de AfD. (…) Entretanto, Petry lidera con diferencia el ranking de políticos en la red social. Más de 38.500 personas la siguen, mucho más que la media de las cuentas de los diputados del Bundestag».

Los autores del estudio destacan que los ultraderechistas aplican una estrategia fuertemente personalizada en Twitter, con un gran número de cuentas que oficialmente no tienen nada que ver con la formación política y que le ayudan a difundir sus contenidos y posiciones, a crear agenda política. AfD usa además con éxito las redes sociales para difundir sus salidas de tono y su estrategia de constantes provocaciones, que automáticamente se convierten en titulares en los medios de comunicación tradicionales. Un ejemplo: poco después del atentado yihadista en un mercadillo navideño en Berlín en 2016, el eurodiputado de AfD Marcus Pretzell escribió en su cuenta de Twitter: «¿Cuándo devolverá el golpe el Estado de derecho alemán? ¿Cuándo cesará de una vez esta maldita hipocresía? Estos son los muertos de Merkel»[172]. El tweet obtuvo una enorme atención mediática. AfD conseguía así una vez más su objetivo: hacerse un espacio en los titulares gracias a la mera provocación.

8. Una mirada al futuro: consecuencias y perspectivas

La consolidación de Alternativa para Alemania en el tablero político federal a medio plazo es algo que a día de hoy ya pocos ponen en duda. Triunfos como los de Donald Trump en Estados Unidos o el del Brexit en el Reino Unido han colaborado con una notable reducción de la capacidad de asombro de los analistas. Lo que antes se consideraba imposible, ahora es verosímil.

Nadie creía que a 70 años del fin del nacionalsocialismo un partido con ideas xenófobas lucharía por convertirse en tercera fuerza en Alemania. O tal vez nadie lo quería creer. AfD ingresó en menos de cuatro años en 13 de los 16 parlamentos regionales del país, se convirtió en segunda fuerza en dos de las regiones, obtuvo 176 diputados y recibió más de 3.150.000 votos.

Los ultraderechistas han pasado a ser tomados en serio. Los medios de comunicación y los periodistas han dejado de mofarse y ahora escriben libros sobre ellos, los partidos políticos han pasado de ignorarlos a temerles, los ciudadanos de no registrarlos, a votarlos, o a repudiarlos. Es posible afirmar que existe un consenso generalizado sobre que AfD ya no es un fenómeno temporal. Si es que alguna vez lo fue.

Esta transformación del marco que envuelve a AfD implica también cambiar el foco del análisis y dejar de pensar en la fecha de vencimiento de esta fuerza política. Es tiempo de comprender qué ha cambiado hasta ahora y cuáles son los posibles escenarios en el mediano plazo en Alemania. El objetivo de este capítulo es resumir esos cambios, que hemos mencionado a lo largo de este libro, así como ofrecer un breve panorama con los factores favorables y desfavorables a los que se enfrenta la nueva ultraderecha alemana.

8.1. ¿Qué ha cambiado AfD?

La aparición de AfD ha generado consecuencias profundas en la política y en la sociedad alemana. No se trata sólo de un partido político, se trata de un cambio cultural que, en muchos sentidos, estaba latente por distintas circunstancias.

Desde el punto de vista político, AfD ha puesto de manifiesto la existencia de un electorado que se sentía fuera del sistema político. Su rechazo hacia los partidos tradicionales se convertía en la expresión de aquel sentimiento. Ninguna de las cinco fuerzas políticas le ofrecía una respuesta satisfactoria. Ni siquiera La Izquierda, el partido con mayor capacidad, hasta 2013, para absorber el voto protesta. Esta porción del electorado, dispersa en la abstención y en los partidos testimoniales, se convirtió en el motor de AfD cuando identificó en su discurso la articulación política que estaban buscando: una alternativa al resto.

Más allá de las coincidencias políticas, lo importante es, como dice Von Storch[173], que AfD habla de los problemas de la gente, pese a que la mayoría sabe que no los soluciona. Y esto último no es un inconveniente en lo más mínimo. Por el contrario, el rol de los ultraderechistas no es construir soluciones, sino señalar allí donde el resto de los partidos tradicionales ya no quieren mirar.

Y en ese último punto radica precisamente el primer cambio político relevante en Alemania tras la llegada de AfD: el joven partido ha legitimado la protesta desde la ultraderecha del espectro político. Y con ello ha dejado en fuera de juego al resto de las formaciones. Esto no significa que AfD sea un partido de héroes bajo ningún aspecto. O que defienda los intereses de los menos escuchados. En realidad, el crecimiento y consolidación de los ultraderechistas, reflejado en sus resultados electorales, es un indicador de un descontento social que estaba oculto o disperso, y que por ello era invisible tanto para los partidos tradicionales, como para el resto de los actores políticos, mediáticos y económicos del país. Esa invisibilidad puede ser atribuida a la negligencia o al cinismo de dichos actores que probablemente preferían obviar o ignorar aquel descontento.

¿Por qué ese malestar no se proyecta electoralmente en las izquierdas como die Linke? En primer término, porque esa formación tiene una

historia muy particular relacionada con su correspondencia con el viejo partido único que gobernaba en la antigua RDA. Y en segundo lugar, porque el votante de protesta que estamos describiendo no posee necesariamente un perfil que encaje con el típico sujeto político que puede sentirse representado por un partido de izquierda. Si bien comparten algunas porciones de su electorado, como por ejemplo, los trabajadores o los desempleados, también es cierto que la mayor parte del voto a AfD proviene de sectores económicamente bien posicionados. El apoyo de profesores, de empresarios, de familias acomodadas da cuenta de una transversalidad que, por cuestiones ideológicas, es imposible que La Izquierda pueda capitalizar electoralmente.

La participación electoral a partir de las regionales de 2016 —aquellas que tuvieron lugar después de la crisis de los refugiados— aumentó en algunos lugares del país 10 puntos respecto a los comicios anteriores. Los abstencionistas salieron a votar y muchos de ellos lo hicieron por AfD: los ultraderechistas eran los únicos que expresaban aquel descontento. AfD fue hasta 2017 el partido con mayor capacidad de movilización de abstencionistas. Luego quedó al mismo nivel de los partidos mayoritarios. Esto nos señala un segundo elemento importante que ha quedado expuesto tras el surgimiento de AfD: los partidos políticos tradicionales tienen grandes dificultades para reordenar sus discursos y, con ello, incorporar nuevos votantes a sus electorados. Hasta la llegada de los ultraderechistas, se suponía que aquellos que no votaban manifestaban una apatía política crónica. Su desinterés por participar no tenía que ver con las propuestas existentes, sino con su decisión personal de permanecer al margen. Sin embargo, la aparición de AfD en un contexto complejo, como el de la crisis de los refugiados, demostró que aquella hipótesis era errónea. El problema no reside en la gente, sino en los mensajes políticos. Lo que deja claro que en el sistema político alemán hay un problema de oferta y no de demanda.

La ultraderecha también generó un cambio en la relaciones de fuerza entre los partidos políticos. Su incorporación al tablero político supone una reducción de la cantidad de bancas que recibe el resto de los partidos políticos. En efecto, la torta sigue siendo la misma, pero ahora hay un nuevo invitado. Esto repercute fuertemente en las posibilidades de formar gobierno. En otras palabras, el ingreso de AfD a los distintos parlamentos ha hecho más difícil la conformación de mayorías. La constelación de partidos para lograr establecer un gobierno de coalición se ha complicado. Esto ha generado dos efectos. El primero es un crecimiento de las posibilidades de que se firme una gran coalición, es decir, un gobierno entre los dos partidos

mayoritarios (SPD y CDU-CSU). El segundo es la necesidad de formar tripartitos en caso de que se quiera evitar una gran coalición. Sobre las consecuencias de futuro de estos efectos hablaremos más adelante en este capítulo. Lo que queda claro es que AfD ha traído una sensación de inestabilidad política que hace cuatro años no existía. Se ha producido una verdadera ruptura y los distintos partidos políticos deberán ser capaces de encontrar nuevos equilibrios para impedir que esa inestabilidad cristalice. Ello significa mayorías más complejas y posiblemente menos estables.

La capacidad de AfD para controlar la agenda y la presentación de los temas le ha permitido convertirse en alternativa electoral no sólo para los arriba mencionados abstencionistas, sino también para los desencantados votantes del resto de los partidos. Tanto los conservadores de la CDU que se decepcionaron con Merkel, como los socialdemócratas del SPD cansados de seguir esperando la prometida justicia social, engrosaron indistintamente el caudal electoral de AfD. Esto generó movimientos dentro de los propios partidos políticos que comenzaron a cuestionarse su propia agenda, e incluso a modificarla en el sentido que proponían los ultraderechistas. El caso de la CSU o del sector más conservador de la CDU demuestra que existe una clara disputa por el electorado de derechas con AfD. Aunque lo nieguen.

Estas discusiones sobre el tratamiento de temas neurálgicos que aumentan los niveles de susceptibilidad política nos llevan a poner el foco en otro tipo de consecuencias que la llegada de los ultraderechistas ha generado: las comunicacionales.

Tal como hemos profundizado en el capítulo 4, AfD ha sido capaz de redefinir los límites de lo políticamente correcto y con ello ha incorporado temas y frames al debate político alemán que hace cuatro años eran totalmente impensables. Si bien el contexto ha colaborado para que este tipo de discusiones tengan lugar en el espacio público, también resulta necesario destacar que sin las capacidades comunicacionales de los líderes ultraderechistas ese cambio tampoco hubiese sido posible.

Su estrategia de ofrecerse como el único partido que tiene una alternativa, lo hizo adjudicatario de la voz antiestablishment. Con ello ha generado una suerte de legitimación de su discurso, que, entre otras cosas, define a lo políticamente correcto como una estratagema de los poderosos para ocultar la verdad a la población. El juicio moral ya no es unívoco y romper con lo políticamente correcto ya no es un problema, sino una liberación. Ya no importa lanzar mensajes que inciten el odio o la discriminación con determinados grupos sociales.

Lo que importa para AfD es decir la verdad a la población. Decir su verdad. Y si esa verdad es incómoda, ofensiva o incluso contraria a las reglas de convivencia, a los ultraderechistas no les importa. La paz social y los valores del respeto quedan en un segundo plano. Lo relevante es decir lo que el resto presuntamente oculta.

Aquí aparece el concepto de la postverdad como descripción de una realidad que no necesariamente se corresponde con los hechos. Las sensaciones y las percepciones son más importantes. En el debate televisivo previo a las elecciones regionales de Berlín en septiembre de 2016, el candidato de AfD Georg Pazderski manifestó de manera cruda pero muy reveladora esta forma de entender a la opinión pública y de actuar en consecuencia: «Perception is reality. (…) Lo que significa que lo que se siente también es la realidad»[174]. Esta subjetivización de los hechos da lugar a una flexibilidad enorme y muy funcional para justificar prácticamente cualquier planteo. Todo se vuelve relativo. El constructivismo a ultranza.

La nueva ultraderecha alemana ha instalado esta lógica en el espacio público y con ella ha generado la base para que discursos xenófobos, racistas, machistas, antiinmigrantes, ultraconservadores y chovinistas se propaguen con una cierta legitimidad. Este es un impacto social que es preciso remarcar. No es posible afirmar que AfD ha sido la causa de este fenómeno social. Un fenómeno que ya existía antes de la fundación del partido, pero que estaba oculto, que no tenía permiso para expresarse abiertamente sin recibir la condena social inmediata. Lo que sí es justo dejar claro es que AfD ha servido de catalizador de estas manifestaciones. Su discurso ha sido capaz de racionalizar miedos, odio y resentimiento al convertirlos en preocupaciones, patriotismo e injusticia. Dicha racionalización ha legitimado posiciones que se asemejan a las manifestadas en los debates públicos de hace 80 años en Alemania. Todo eso es efectivamente (de)mérito de AfD.

8.2. Cuatro factores a favor de AfD

El crecimiento y la consolidación de AfD han sido parcialmente producto de la combinación de dos factores: por un lado, la capacidad de lectura del clima social y el timing de sus dirigentes, y por otro, las competencias comunicativas para sacar el mayor provecho de lo anterior. En este sentido, no es aventurado afirmar que la ultraderecha puede dar saltos cualitativos en términos de apoyo social y eventualmente electoral en función de la coyuntura. Concretamente, la ejecución de un atentado en algún lugar de Alemania, o incluso de Europa, tenga o no motivaciones yihadistas, beneficiará a AfD. Y es que ello configura un escenario propicio para la propagación del frame de la amenaza latente.

El aumento de la sensación de inseguridad no sólo está relacionado con un eventual atentado terrorista, sino que también podría surgir de la mano de los refugiados. El tratado entre la Unión Europea y Turquía ha surtido efecto y la llegada continua de refugiados iniciada en verano boreal de 2015 se ha detenido. Sin embargo, esto no representa una solución del problema ni mucho menos. Al contrario, todo parece indicar que sólo se trata de una dilatación del mismo. En efecto, las causas del fenómeno siguen allí, por lo que es difícil imaginar que la situación haya cambiado sólo por intentar mantener alejados a los refugiados de las fronteras de la Unión Europea. Siria, Afganistán y demás países de Oriente Medio y Asia no son la única fuente de refugiados. Desde el norte de África siguen llegando miles de inmigrantes, mientras que otros miles mueren ahogados en el mar Mediterráneo.

La inmigración es una cuestión de largo plazo y mientras esté en la agenda AfD tendrá muchas posibilidades de ser el partido que mejor la aproveche. En primer lugar, porque podrá legitimar su discurso a través de sus frames relativos a la amenaza; en segundo término, porque a partir de ello será nuevamente opción electoral para los sectores más conservadores y ultranacionalistas; y tercero, porque a excepción de la CSU de Baviera y del ala más conservadora de la CDU, AfD no tiene competencia para ocupar este espacio simbólico en el espectro político.

Un segundo elemento clave para configurar un escenario favorable para la expansión de la ultraderecha tiene que ver con el mapa

político después de las elecciones federales de 2017. Hemos mencionado que la incorporación de AfD al sistema partidario alemán ha sido causa de un cambio significativo en la relación entre las fuerzas políticas preexistentes. Esto ha generado dos efectos emparentados con las posibilidades reales de organizar mayorías parlamentarias, es decir, con las posibilidades de formar gobierno.

El primer efecto es la posibilidad de reeditar ad infinitum la fórmula de la gran coalición entre los partidos mayoritarios. Por un lado, ratificaría la premisa de los ultraderechistas de que el resto de los partidos políticos son todos iguales y que en especial entre conservadores y socialdemócratas no hay más que diferencias mínimas. Aquel que quiera un cambio verdadero, no tiene más opciones que votar a AfD.

El segundo efecto tiene que ver con la necesidad de formar tripartitos en caso de querer evitar una gran coalición o incluso de que una gran coalición ya no sea posible, como ha sucedido en Sachsen-Anhalt, por ejemplo. Allí AfD obtuvo más del 24 por ciento de los votos y con ello no sólo logró el segundo lugar, sino que eliminó las posibilidades de que la CDU y el SPD lograsen mayoría. De momento, ningún partido está interesado en formar gobierno con los ultraderechistas, por lo que se ha vuelto más frecuente la necesidad de conformar gobierno de tres partidos políticos.

Un tripartito a nivel federal supondría en realidad un tetrapartito. Y es que a un eventual gobierno entre, por ejemplo, conservadores de la CDU, liberales del FDP y verdes de Los Verdes hay que agregarle la presencia de la CSU de Baviera. Si bien esta última funciona como anexo de la CDU, no es menos cierto que han demostrado tener diferencias importantes en algunos temas, o al menos así lo han expresado en el espacio público. La conformación de este tipo de gobiernos no sólo implicaría enormes esfuerzos de las distintas partes para lograr compromisos y acuerdos, sino que también aumentaría la inestabilidad de los mismos. Gobiernos débiles o inestables que, por su heterogeneidad ideológica, generen rápidamente descontentos entre sus partidarios por eventuales contradicciones son un caldo de cultivo ideal para AfD, una fuerza experta en capitalizar la decepción ciudadana.

El problema de no saber luchar contra los frames de AfD es compartido por los distintos partidos políticos y es el tercer elemento que puede favorecer el asentamiento de AfD a medio plazo. Aquí los ultraderechistas presentan batalla en dos frentes: por un lado, en el terreno de la derecha contra la CDU y la CSU; por otro, en el sector de

la izquierda contra el SPD y La Izquierda. Esto ratifica el carácter transversal de AfD respecto del clásico eje izquierda-derecha.

Por un lado, los conservadores, representados en la CDU de Merkel y en la CSU de Baviera, sufren lo que propios y extraños definen como la «socialdemocratización» de la CDU[175]. Esto ha generado una corriente dentro de estos partidos que tiende a apropiarse del frame auspiciado por AfD: la amenaza latente. O al menos lo intenta.

Es así como hemos visto que frente a la llegada de los refugiados, en medio de la campaña electoral, candidatos como la jefa de la CDU en Rheinland-Pfalz se mostró de acuerdo con la idea de establecer un límite máximo y cerrar luego las fronteras. Ejemplos como este hay muchos, pero causa hay una sola: el miedo a perder la confianza del propio electorado. Esto tiene que ver con un fenómeno denominado «la paradoja de Merkel»[176] y con el desfase existente entre la imagen de la canciller y la del resto de los políticos de su partido. Nadie es capaz de sostener, con la legitimidad que lo hace Merkel, la ancha agenda de temas de la CDU.

La canciller ha sabido ampliar el espacio político ocupado por su partido abarcando así no sólo el centro, sino incluso algo de la centroizquierda, en detrimento del SPD. Esto supuso conjuntamente un crecimiento de la CDU y un debilitamiento de su competidor directo por el puesto de canciller. Sin embargo, esta ampliación de la agenda se ha convertido en un arma de doble filo, ya que ningún otro político de la CDU está en condiciones de mantenerla sin pagar costos políticos importantes. A Merkel se le perdonan contradicciones y esta es una característica no hereditaria.

En ese contexto, los políticos de la CDU saben que la era post Merkel se acerca y que el partido se ha hecho dependiente de la canciller. El golpe de su retiro no va a salir barato. Si en ese esperable contexto de debilidad los conservadores no son capaces de controlar sus temas más característicos tales como seguridad y familia, el problema será aún mayor. AfD es justamente quien puede arrebatarle a la CDU la posesión simbólica de esos asuntos.

El intento de retener o recuperar esos temas de las manos de los ultraderechistas utilizando sus propios frames es contraproducente. En otras palabras, derechizando su discurso y acercándose a las posiciones de AfD, los conservadores de la CDU y la CSU no hacen más que reforzar los frames de sus competidores. En ese sentido, es posible que esa reacción del ala más conservadora tras el retiro de Merkel juegue a favor de la ultraderecha en el medio plazo y refuerce

con ello su rol de alternativa aceptable para el votante conservador descontento.

En el plano del trasvase entre AfD y los partidos de la izquierda del espectro político (SPD y La Izquierda) se deja entrever otro elemento que puede favorecer a los ultraderechistas. Se trata de la discusión en el espacio público por la definición de temas claves para la agenda de la izquierda sobre los cuales AfD intenta imponer su propio marco de interpretación o frame.

Un ejemplo que puede ilustrar muy bien esta batalla es la definición del tema de la justicia social a partir del frame de la injusticia[177] de los ultraderechistas. A partir de este marco, los voceros de AfD ponen en situación de competencia a dos grupos diferenciados: los alemanes y los extranjeros que deben luchar por los recursos de que dispone el Estado alemán. En este sentido, afirman que las carencias sociales tienen como causa el reparto que realiza el gobierno de las partidas destinadas a estas cuestiones. Y esa distribución es injusta, ya que los alemanes son perjudicados en beneficio de los inmigrantes, extranjeros o incluso los alemanes con ascendencia inmigrante. Así es como AfD logra combinar la justicia social con la política migratoria y consigue que ambos asuntos sean mucho más maleables en favor de su discurso político.

Frente a este frame, la izquierda se ha mostrado durante largo tiempo absolutamente desorientada. En parte por una tonta soberbia que impedía reconocer que tal vez las soluciones ofrecidas no eran las mejores o al menos no estaban siendo comunicadas de la mejor forma. Pero principalmente la falta de respuesta, tanto de die Linke como de los socialdemócratas, se debía a la incapacidad para ver a AfD más allá de su definición desde lo ideológico. Políticos y militantes de ambos partidos sólo se ocupaban de descalificar a AfD por su condición de ultraderecha, por sus expresiones xenófobas y racistas o por posiciones conservadoras, tradicionalistas y ultranacionalistas. Pero pocos se detenían a pensar que más allá de los emisores del mensaje había un tema sin resolver: el miedo de muchos ciudadanos.

La incapacidad de la izquierda para neutralizar esos miedos mediante una redefinición de sus estrategias comunicacionales que identifiquen mejor necesidades y emociones en los públicos objetivos fue el combustible de los ultraderechistas. Esta situación parece estar lejos de modificarse. La izquierda parece tener bien difícil la tarea de asimilar que existe AfD, que no es un fenómeno temporal y que sobre todo un porcentaje nada despreciable de la población ha decidido apoyarlo. Si la izquierda no supera la fase de la indignación, verá

cómo su electorado se vuelve progresivamente permeable a la ultraderecha. Y hasta ahora AfD ha demostrado ser capaz de llevar adelante esa tarea con éxito.

El cuarto punto relevante para que AfD expanda sus horizontes actuales se relaciona con su capacidad para neutralizar potenciales amenazas que dañen la imagen del partido y, por consiguiente, su potencial electoral. En el capítulo 4 de este libro hemos enumerado varias tácticas de AfD entre las que surge el reframing de los valores democráticos. La potencial conexión entre una oferta política de ultraderecha con una posible lesión de los valores democráticos fue neutralizada por aquel reframing. La libertad de expresión y la búsqueda de la verdad o de su revelación a la población ha funcionado como escudo de AfD y ha permitido que las advertencias de políticos, periodistas y otros críticos sobre el peligro que representa para la democracia sean descartadas. Al menos por sus votantes, lo cual no es poco. La cínica exigencia de AfD hacia sus detractores de ser tolerantes con sus ideas intolerantes ha surtido efecto.

También hemos visto que a partir de la redefinición de lo políticamente correcto, AfD no ha sufrido grandes problemas o castigos electorales por expresiones públicas que pueden catalogarse, sin temor a equivocarse, de neonazis. Las tímidas pedidas de disculpas sumadas a la exigencia de decir la verdad —aunque duela— han servido de amortiguadores para reducir el impacto negativo de algunas frases o planteamientos de sus voceros.

8.3. Cuatro factores en contra de AfD

Pese a lo descrito hasta ahora, AfD no lo tiene fácil y así como hemos destacado los puntos a favor de su consolidación a medio plazo, es necesario comentar los problemas a los que se enfrentará.

Las disputas internas de AfD son una constante prácticamente desde la fundación del partido. La heterogeneidad de su electorado también se puede observar en su dirigencia, aunque los ejes diferenciadores sean muy distintos. Las facciones existentes en el partido descritas en el capítulo 3 siempre han logrado edificar periodos de consenso relativo que les han permitido aprovechar la coyuntura. Sin embargo, la tregua en AfD se ha caracterizado por ser frágil.

Frente a esta inestabilidad interna permanente surge un interrogante inevitable: ¿hasta qué punto será capaz AfD de sobrevivir en un clima de competencia interna feroz? ¿Llegará el momento en que efectivamente le pase factura y termine por perder la confianza de su electorado más fiel? Ambas preguntas son difíciles de responder. Es cierto que por ahora AfD ha aprovechado muy bien el factor sorpresa, la coyuntura y la incapacidad del resto de los partidos. Sin embargo, estos tres elementos desaparecerán con el tiempo, o al menos no serán tan favorables para la ultraderecha. Precisamente en ese momento, AfD debería haber superado al menos las diferencias más fundamentales y, con ello, estar en condiciones de enfrentar tiempos borrascosos. Si partimos de la premisa de que la pelea interna es una característica innata de AfD, es posible que la mayor amenaza para los ultraderechistas sean ellos mismos.

Un segundo elemento que puede causar el debilitamiento de AfD se conecta con su electorado más conservador y posiblemente más numeroso. Y aquí el miedo juega un rol fundamental, aunque en este caso con consecuencias negativas para la ultraderecha. Hace tiempo que en Alemania se debate sobre la posibilidad de un gobierno federal conformado por partidos que en principio pertenecen a la izquierda del espectro político. La discusión se intensificó a partir del deterioro del caudal electoral de los socialdemócratas y de Los Verdes, quienes parecen alejarse cada día más de la posibilidad de formar gobierno conjuntamente. Para gobernar precisan de un tercer partido que aporte las bancas faltantes para llegar a la mayoría absoluta. El partido de izquierdas, die Linke, es el tercero. Un tripartito rojo-rojo-

verde —por los colores partidarios de cada uno— es para algunos la única forma de terminar con la hegemonía de Merkel y para instalar una agenda más social que con la CDU en el gobierno sería imposible. La redistribución del ingreso es un punto clave en dicha agenda política.

Así como un tripartito de izquierdas para algunos significa una buena noticia, para otros el mero hecho de imaginarse a die Linke en el Gobierno federal genera las peores pesadillas. A lo largo del libro, hemos comentado este rechazo crónico del que es objeto die Linke, especialmente en el oeste de Alemania. Esta aversión es en ocasiones un determinante del voto muy importante entre los electores más conservadores. La amenaza de un gobierno de izquierdas moviliza incluso a aquellos que habían decidido conscientemente quedarse en casa. Las elecciones de Saarland en marzo de 2017 son un ejemplo de este comportamiento electoral, por sólo citar uno de los tantos[178].

Este determinante del voto, en el caso de ser activado, puede convertirse en un verdadero problema para AfD, ya que una parte importante de sus votantes comparte este rechazo hacia die Linke. AfD no podría hacer mucho en un escenario como este. Y el impacto lo vemos en la caída de las encuestas que sufrió AfD a raíz de la mejora de la imagen de la canciller, en parte por mérito propio y en parte por rechazo a Martin Schulz y una eventual alianza de izquierdas. Cuando pase la era Merkel, es posible que la CDU tenga problemas, pero no parece posible que a medio plazo pierda su carácter de último muro contra el tripartito rojo-rojo-verde. Es por ello que la ultraderecha alemana puede verse afectada negativamente si la izquierda crece durante los próximos cuatro años.

El financiamiento de AfD se puede convertir en un escollo importante para el partido. En el capítulo 7 hemos tratado el tema y remarcado las incongruencias. La supuesta financiación desde el exterior o las donaciones encubiertas sin registros en los órganos de transparencia son algunos de los interrogantes que generan sospechas. No obstante, hasta ahora nada pudo ser probado como ilegal y, por consiguiente, no ha habido impacto alguno en la vida del partido. De todas formas, es preciso remarcar que las sospechas existen y que las investigaciones al respecto seguramente continuarán. Incluso aumentadas por su entrada al Parlamento Federal. ¿Cuáles serían las consecuencias de un escándalo relacionado al financiamiento del partido? ¿Implicaría un impacto negativo en su credibilidad? ¿O alcanzaría una nueva victimización a través de la denuncia de una presunta persecución política para licuar los efectos del escándalo?

El último elemento que puede perjudicar a AfD respecto a su continuidad en el escenario político alemán está asociado a la posible radicalización de AfD. En primer lugar, hay que determinar si realmente es posible una radicalización del partido. En otras palabras, si hay espacio para que los dirigentes de AfD exijan o enuncien acciones aún más radicales. Los ultraderechistas hablaron de la necesidad de luchar contra el islam, de disparar a refugiados, de cerrar las fronteras, de expulsar extranjeros con delitos, de quitarles las ayudas sociales a las madres solteras. También se refirieron a los africanos como bacterias o piojos y calificaron el monumento a las víctimas del Holocausto como una vergüenza. Después de todo esto, AfD sigue teniendo una intención de voto que lo ubica en la pelea por el tercer lugar, ingresó en tres parlamentos regionales más en 2017 y sus votantes ya superan los tres millones.

Ahora bien, pese a que ese listado demuestra que AfD hace tiempo cruzó las líneas rojas, también hemos visto que ha sabido desarrollar mecanismos de amortiguación. La resignificación de lo políticamente correcto es ejemplo de ello. Es evidente que existen personas entre los ultraderechistas que trabajan de manera inteligente y efectiva para contrarrestar o menguar las posibles secuelas negativas de este accionar.

El peligro de la radicalización no tiene que ver entonces con el contenido de los mensajes de AfD. El eventual problema radica más bien en la erosión o pérdida de efectividad de los mecanismos amortiguadores del partido. En efecto, la continua victimización o la constante excusa y posterior pedida de disculpas son estrategias que tarde o temprano sufrirán un desgaste. En el caso de no tener un buen manejo de la denominada provocación estratégica, es posible que los ultraderechistas tengan problemas a medio plazo.

8.4. AfD como oportunidad

El nacimiento, crecimiento y consolidación de una nueva ultraderecha en Alemania es un problema grave para Alemania en particular y para Europa en general. Los cambios políticos, sociales y culturales que ha generado el factor AfD y que hemos tratado a lo largo de este libro no son alentadores. Sin embargo, el problema real no es AfD. El verdadero problema es que esta fuerza de ultraderecha haya contado con las condiciones propicias para erigirse y sostenerse en el tiempo. Lo verdaderamente preocupante es que los partidos políticos tradicionales le hayan brindado el espacio para poder existir.

Sin la ayuda de los políticos, de los medios y de los analistas que subestimaron el fenómeno, que se burlaron de él y que lo creyeron algo temporal, AfD no hubiese sido posible. También colaboró el menosprecio hacia los votantes de los ultraderechistas que, con su sufragio, reclamaban un cambio de rumbo, una redefinición de objetivos, un gesto de parte de la política que permitiera devolver la confianza en el sistema y la esperanza de una vida mejor. Este es sólo un breve resumen de una de las causas del retorno de la ultraderecha a Alemania. Una causa que si bien no es suficiente, estamos en condiciones de afirmar que fue necesaria.

La política alemana todavía está a tiempo de impedir que este escenario se profundice aún más. AfD debe convertirse en una oportunidad para despertar. La nueva ultraderecha debe ser el reflejo de lo que puede provocar comportarse de manera egoísta y olvidar que los miedos y los odios existen y existirán. Pero también debe ser la motivación para hacerse cargo de esas emociones y trabajar en ellas. Para comprender que la política debe ser un articulador entre las demandas de los distintos grupos que conforman la sociedad y aquellos que eventualmente manejan la cosa pública. Los partidos deben vehicular los intereses y trabajar para generar consensos, no deben ser organizaciones que se encierren en sí mismas y olviden que están al servicio de quienes los eligieron.

Alternativa para Alemania no es solución de nada, sino un síntoma de que algo anda mal. Una advertencia. Queda en manos de la política hacerse cargo de su labor histórica. Junto a ella se precisa una labor periodística responsable y honesta por parte de los medios de comunicación y a la vez un compromiso por parte del resto de los

actores sociales. La oportunidad para evitar el retorno definitivo de la ultraderecha a Alemania está en sus manos. Y también en las nuestras.

Epílogo

AfD o barbarie

Andreas Wild hace tiempo que se siente extraño cuando camina por las calles del distrito berlinés de Neukölln. Para él, en esta parte de la ciudad viven demasiado pocos alemanes y muchos, demasiados, turcos, árabes y africanos. «Es realmente sorprendente, porque en la década de los 60 este era un distrito puramente de trabajadores. Apenas había extranjeros». Es curioso que Andreas trace una línea entre «trabajadores» y «extranjeros». Su subconsciente lo delata. O tal vez simplemente dice sin tapujos lo que piensa: que la mayoría de inmigrantes llegaron a Alemania para vivir de las ayudas sociales. O directamente para robar.

Andreas fue uno de los 24 diputados que AfD obtuvo en el Parlamento regional de la ciudad-Estado de Berlín[179]. La fuerza ultraderechista recibió más de 230.000 votos —el 14 por ciento del total— en las últimas elecciones regionales celebradas en septiembre de 2016 en la multicultural y cosmopolita capital de Alemania. Andreas consiguió su acta de diputado precisamente por Neukölln, una de las localidades del país con mayor población extranjera: más del 40 por ciento tiene raíces migratorias. Entre los menores, ese porcentaje incluso alcanza el 70 por ciento. En Neukölln hay gente de todos lados: polacos, búlgaros, rumanos, turcos, árabes, españoles… y también alemanes. Para el gusto de Andreas, sin embargo, los «Biodeutschen» son demasiado pocos; es decir, hacen falta más «alemanes biológicos» en Neukölln. Al militante de AfD no le interesa en absoluto el concepto moderno de ciudadanía: para él, para ser alemán no basta con tener un pasaporte expedido por el Estado. Para ser alemán, asegura, hay que llevarlo en la sangre. Y si se es de origen extranjero, al menos hay que estar dispuesto a morir por la patria adoptiva. Su pueblo es, según Andreas, una unidad étnica en lo universal. Y su raza está ahora en peligro.

«En Alemania se está produciendo un debilitamiento de la población autóctona por dos motivos: primero, por la baja tasa de reproducción, pues las mujeres tienen muy pocos niños debido a la alta valoración de las libertades individuales y también a la competencia con los hombres; segundo, por la entrada al país de pueblos que se

reproducen mucho más rápido que los alemanes», dice Andreas, con la mirada dura como una piedra en la trastienda de su oficina en el sur de Berlín. Él lo tiene claro: si la política no hace algo ya, dentro de dos décadas la población con raíces extranjeras será mayoritaria en Alemania. Y eso supondrá el ocaso del país. «En realidad, ya vamos muy tarde. Los políticos deberían haber reaccionado en la década de los 70 y dejado claro que queríamos trabajadores, pero que estos tenían que irse tras su vida laboral. Nadie quiso tomar esa decisión. Nadie pensó en las consecuencias a largo plazo para el desarrollo demográfico del país».

El pueblo alemán se está extinguiendo. Ese es el profundo convencimiento de Andreas; pero él está dispuesto a luchar para evitarlo. Por eso está en política. Antes de ocupar un cargo de responsabilidad en la joven fuerza ultraderechista, militó en Los Verdes, posteriormente en la conservadora CDU y, por último, en las filas liberales del FDP. Con la aparición de AfD, lo tuvo claro. Su actual partido aglutina todas las cualidades que él espera de una fuerza política: es conservador, liberal, patriótico y también social. Pero la justicia social tiene ahora para Andreas una nueva dimensión: «En este país tenemos una paz social porque hemos conseguido un equilibrio entre las personas muy productivas y las que necesitan ayuda. Sin embargo, ese equilibrio se está hundiendo porque el país acepta cada vez a más gente a la que nadie ha llamado y que no aporta nada. Ellos también quieren una parte del pastel. Y esa parte del pastel no se le quitará a quien más tiene, sino a los más necesitados. Es decir, hay un problema de distribución entre los alemanes más débiles y los extranjeros que necesitan ayuda». Nuestros pobres contra los de fuera. Puro darwinismo social de corte étnico. En realidad, Andreas no dice nada que no se haya dicho antes ya. Esta retórica clasista y racista es una vieja conocida de Alemania.

La oficina en la que Andreas nos concede la entrevista fue antes la tienda de un zapatero. El diputado ultraderechista conservó las letras del letrero que dominaba la entrada al comercio: en lugar de «Schuhreparatur» («Reparación de zapatos»), el local tiene ahora el nombre de «Staatsreparatur». Es decir, es una oficina para reparar el Estado alemán. O lo que queda de él. Según el diputado ultraderechista, AfD ha llegado al tablero político alemán para arreglar todos los desperfectos dejados en la estructura estatal por el resto de partidos, que funcionan como un cártel. Si su partido gobierna algún día, Andreas promete que las medidas serán implacables: cierre inmediato de las fronteras, restrictiva política migratoria, eliminación del derecho a doble pasaporte, sustitución de las políticas de integración por otras de asimilación de la población

extranjera y reintroducción del servicio militar obligatorio.

¿Y si él fuera algún día el alcalde de Neukölln? Andreas prohibiría que los letreros de las tiendas estuvieran escritos en otros alfabetos que no fueran el latino, repoblaría con «Biodeutschen» las zonas del distrito donde la población extranjera es mayoría e introduciría la segregación escolar: «No puede ser que dos o tres niños alemanes estén en brutal minoría en un aula; tenemos que establecer clases donde sólo haya escolares alemanes, y otras sólo para población inmigrante. Sólo así podremos conseguir que los alemanes vayan a la escuela en Neukölln sin volverse locos».

Andreas Wild tiene 54 años, es empresario, padre de una familia numerosa y católico practicante. A la pregunta de si el programa político que acaba de exponer es compatible con los valores cristianos, él responde sorprendido: «Quien es cristiano en realidad sólo puede votar a AfD». Andreas no puede comprender que haya gente que considere el ideario de su partido poco cristiano: al fin y al cabo, AfD es la única fuerza que considera el cristianismo una instancia moral y un elemento fundamental para la identidad nacional alemana. Sí, Andreas no sólo es empresario, padre y estrictamente católico: también es un idealista, un miembro de la facción mayoritaria en las bases de Alternativa para Alemania, la etnonacionalista. Para él no hay grises, sólo blancos y negros; para él nada es relativo, todo se puede dividir con una línea que separa limpiamente el bien del mal.

2021. Esa es la fecha que Andreas Wild establece para que un candidato de AfD llegue a canciller. Dos legislaturas más con un político de cualquier otro partido al frente del país sólo acabaría llevando a Alemania hacia su desaparición, asegura. Cuatro años más y adiós a la política de fronteras abiertas, a la persecución de los alemanes y a un país en el que el islam tenga su espacio como cualquier otra religión, vaticina. Para Andreas, la elección es clara: AfD o barbarie.

«De momento, la olla no acaba de explotar porque la situación económica es todavía relativamente buena y porque hay pocas personas a las que les va mal de verdad. Hay muchos trabajadores que llegan más o menos a final de mes. Es decir, nadie se muere de hambre. Pero en algún momento eso ya no será posible. Algún día, nuestro sistema social colapsará a causa del gasto innecesario generado por los llamados refugiados. Y en el momento en el que los recursos se conviertan en escasos y en el que haya que luchar por el reparto existencial, por la distribución de la vivienda, la ayuda social y la seguridad, entonces considero muy probable el inicio de una

guerra civil. Habrá que decidir quién se hace con el poder. El día en el que las influencias extranjeras intenten hacerse con el poder en Alemania, estoy seguro de que estallará un enfrentamiento armado».

Mecenas

A

A. Corrado

Agustina Lassi

Aída Morales

Aina Escalas

Alberto Ibáñez

Alejandro

Alejandro Riera Mainar

Alfonso

Almudena

Ana María Roura

Ana Plasencia

Anahí Settón

Andrés Goldszmidt

Andrés Migliaro

Andreu Jerez Ríos

Andrómeda Jerez

Andy Tow

Ángela Paloma Martín

Antoni

Antonio Avilés Mayorga

Armando Carrillo Zanuy

Arturo Lezcano

Auri Molina

B

Bea y Rubén

Benet Íñigo

C

C. Pérez Ricart

Carles Planas Bou

Carlos de Vega

Carlos Jesús González

Carmen Arango

Carmen Atance

Carmen Beat

Carmen Izaguirre

Carmen Navarro

Carmen Talavera Armero

Carmen Viñas Franco

Carolina Velasco

César Martínez

Charo Benito

Christian Müller Sienra

Christina Mendoza y Óscar Pizano

Conxi Mollà Calabuig

Cozzarin

Cristina Cubas

Cristina Faraco

D

Daniel Escribano

Darío Menor Torres

David Naval

David Perejil

Diego Marín-Barnuevo

Diego Ruiz del Árbol

Dionisio Sánchez Loring

E

Edith Graciela Migliaro

Eduardo Loren García

El mayor

Elena Lorente

F

Federico Llovera

Fernando Gutiérrez Juárez

Fernando Martínez

Fernando Mordi Guerrieri

Filomena Santalices Rodríguez

Francisco Robles

Francisco Velasco

G

Gabriela Lavazza

Gemma Casadevall

Ginés Muñoz Delgado

Gonzalo Tzitzios

Guberman Lucio

Guzmán Morales

H

Helga Neudert

Hilarión Modelca

Hwe

I

Inma Fernández B.

Isaac ‘Homo homini lupus’ Díez

J

J.M. Villa Fuerte

J.R. Virgili

Jaime González Arguedas

Javier Iglesias

Javier Pérez de la Cruz

Javier Torres Vela

Jesús Carrón Blay

Jorge Núñez

Jose Ángel Cerezo Muñoz

José Antonio Ruiz

José Bravo

José Delle Donne

José Manuel Talero

José Pablo Tobar Quiñones

Juan

Juan Carlos Malagoli

Juan Manuel Pancorbo Bago

Juanma Romero

Julio Gómez

Julio Otero Santamaría

Jurdan Arretxe

K

Kristina Svensson

L

Larissa Essinger

Laura Cruz

Lidia Fernández Montes

Lino Santacruz

Luis García

M

M. Seriola

M.ª Ángeles Molina Navarro

M.L. Tagina

Manuel Balibrea Roda

Manuel Rodríguez Morillo

Marc Llop

Marcelo Bussi

Marcelo Márquez

María Befeldt

María Florencia Santori

María Luz Moraleda

María Migliaro

María Prieto

María Zuil

Mariana Díaz

Markel Anasagasti Intxausti

Marta Cornellana

Martín Paratz

Matías Gaggioli

Miguel Ángel García

Mikel Vilalta

Mila Candela Romero

Minerva Burroni del Prado

Mirella Jerez

Moisés González Diaz

Montse Mondelo

Montserrat Ferreres Monjo

Mx Carrizo

N

Nacho Rubio Pérez

Nasif

Nata Peres

Nico Malagoli

P

Pablo Ariel Cabas

Pablo Arnaldos Bernal

Pablo Echevarría

Pablo López Barbero

Paco Tomás

Pamela Potschka

Patricia Tortosa

Pau Sempere

Paula Ripoll

Pedro Nicolás

Politikon

R

Rakel Ochoa

Raquel Redondo

Raúl Gil Benito

Roberto Pérez

Rodrigo Dueñas Carretero

Rodrigo Pérez Ortuño

Ruth Carrasco

S

S. Díez San

S. Ruiz Bastida

Sandra Hess

Santiago Rodríguez Rey

Santnez

Sara Jiménez Murillo

Saúl Vázquez Torres

Sergio Campos

Silvia Cabrera

Sofía Perotti

T

Thomas Bremer

Thomas Sparrow

V

Valentina Castiblanco

Vicozza

X

Xavier Casals Meseguer

Xavier Peytibi

Y

Yaotzin Botello

Z

Zirahuén Villamar

Libros.com

La crisis del euro y la masiva llegada de refugiados a Alemania alentaron la aparición y el avance de Alternativa para Alemania (Af D), un partido de ultraderecha que se presenta como la única alternativa válida para reivindicar los valores nacionales del país. El partido amenaza con generar una serie de cambios tectónicos en el Estado más rico y poderoso de la Unión Europea. Factor AfD. El retorno de la ultraderecha a Alemania es el primer libro en español que analiza a fondo este fenómeno político.

Andreu Jerez es licenciado en Periodismo por la Universidad Autónoma de Barcelona y máster en Ciencias Políticas por la Universidad Europea Viadrina de Fráncfort del Óder. Ha trabajado como redactor y productor en diversos medios de comunicación impresos y visuales y desde 2008 trabaja en el canal de televisión internacional Deutsche Welle, en Berlín.

Franco Delle Donne es consultor en comunicación en el Parlamento de Berlín. Estudió Comunicación en la Universidad Nacional de La Matanza y el máster en Democracia y Gobierno de la UAM. Colabora con distintos medios de comunicación de Alemania e Iberoamérica y está a punto de doctorarse en Comunicación Política por la Universidad Libre de Berlín.

Notas

[1] MUDDE, Cas (2013); «Three decades of populist radical right parties in Western Europe: So What?», European Journal of Political Research, 52: 1-19.

[2] Así lo muestran las estimaciones de INGLEHART, Ronald y NORRIS, Pippa (2016); «Trump, Brexit, and the Rise of Populism: Economic Have-Nots and Cultural Backlash», Faculty Research Working Paper Series, Harvard: Harvard Kennedy School.

[3] MISHRA, Pankaj (2017); «La política en la era del resentimiento. El oscuro legado de la Ilustración», El Gran Retroceso. Seix Barral, Barcelona.

[4] VAN SPANJE, Joost (2010); «Contagious Parties: Anti-inmigration Parties and Their Impact on Other Parties Immigration Stances in Contemporary Western Europe», Party Politics, 16: 563-583.

[5] WIEVIORKA, Michel (1992); El espacio del racismo. Paidós, Barcelona.

[6] BUTLER, Judith (2017); Cuerpos aliados y lucha política. Paidós, Barcelona.

[7] Besorgter Bürger («ciudadano preocupado») es el concepto con el que popularmente se denomina en Alemania al nuevo votante de la extrema derecha que no ha militado tradicionalmente en los movimientos ultras ni neonazis, pero que ahora está dispuesto a votar a Af D o participar en marchas del movimiento islamófobo y ultra Pegida (Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente). Es el ciudadano que ejemplifica de manera paradigmática el giro hacia la (extrema) derecha del tablero político germano. Besorgter Bürger también es una autodenominación eufemística con la que los ultraderechistas y neonazis alemanes se presentan hoy en el espacio público.

[8] Christlich Demokratische Union Deutschlands (Unión Demócrata Cristiana de Alemania).

[9] Sozialdemokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata de Alemania).

[10] Bündnis 90/Die Grünen (Alianza 90/Los Verdes).

[11] A mediados de enero de 2017, un terremoto de 5,7 golpeó el centro de Italia y dejó 34 muertos.

[12] Bernd Lucke (Berlín, 1962) es un economista conservador, exmiembro de la CDU, partido que abandonó tras 33 años de militancia por su desacuerdo con la política de rescates en la Eurozona defendida sin concesiones por el Gobierno de Merkel. En febrero de 2013 funda Af D junto con otros economistas y profesores euroescépticos. En mayo de 2014 se convierte en eurodiputado por el partido que abandona en julio de 2015 tras perder en un congreso la batalla por el liderazgo en favor de Frauke Petry, jefa de Af D en Sachsen perteneciente al ala nacionalista y ultraconservadora. La hasta ahora única escisión del partido está ampliamente explicada en el capítulo 3. Hoy Lucke sigue siendo eurodiputado y líder de una formación liberal conservadora (LKR, Reformistas Liberales Conservadores) electoralmente insignificante en Alemania.

[13] Frase pronunciada por Merkel el 19 de mayo de 2010 en un debate en el Bundestag sobre el fondo de rescate para el euro. Fuente: https://www.bundestag.de/dokumente/textarchiv/2010/29826227_kw20_de_stabilisierungsmechanismus/201760.

[14] En abril de 2013, el semanario alemán Der Spiegel abrió su portada con el siguiente titular: «Die Armutslüge. Wie Europas Krisenländer ihre Vermögen verstecken» («La mentira de la pobreza. Cómo los países en crisis de Europa esconden su fortuna»). Fuente: http://www.spiegel.de/spiegel/print/d-92079431.html.

[15] Christlich-Soziale Union in Bayern (Unión Socialcristiana de Baviera).

[16] Angst für Deutschland. Die Wahrheit über die AfD, libro publicado en febrero de 2017 por la editorial Droemer Knaur. La empresa editora recibió presiones públicas de figuras del partido —como Beatrix von Storch— para que dejase de distribuirlo. Fuente: https://www.droemer-knaur.de/ebooks/9255179/angst-fuer-deutschland.

[17] Este movimiento social comenzó a organizar manifestaciones en Alemania en octubre de 2014 contra la presunta invasión islámica que amenaza a Alemania y Europa. Su principal bastión es Dresde, capital del Estado federado oriental de Sachsen. Actualmente está dominado por fuerzas fundamentalmente ultraderechistas.

[18] Deutsche Volksunion (DVU, Unión del Pueblo Alemán), partido ultraderechista fundado en 1987, fusionado —y finalmente diluido— en 2011 con la formación neonazi NPD (Partido Nacionaldemócrata de Alemania), todavía existente.

[19] Beatrix von Storch (Lübeck, 1971) es una de los siete eurodiputados que consiguió Af D en las elecciones europeas celebradas en mayo de 2014. Perteneciente a una de las alas duras y ultraliberales del partido, Von Storch escribió en enero de 2016 una entrada en su muro de Facebook en la que, citando la ley alemana, defendía el uso de armas de fuego por parte de las fuerzas de seguridad y el ejército contra refugiados e inmigrantes sin derecho de asilo, incluyendo a mujeres y menores. Fuente: https://www.facebook.com/BeatrixVonStorch/posts/1046239668750811. Fue entrevistada en profundidad por los autores de este libro. Los lectores encontrarán la entrevista en el siguiente capítulo.

[20] RÖPKE, Andrea (2016); Jahrbuch rechte Gewalt. Chronik des Hasses (Anuario de la violencia derechista. Crónica del odio). Editorial Droemer Knaur. https://www.droemerknaur.de/buch/9254974/2017-jahrbuch-rechte-gewalt.

[21] Ese fue el resultado salido de las urnas en las elecciones celebradas en septiembre de 2013.

[22] Grosse Koalition es la denominación en alemán para un gobierno de coalición entre los dos grandes partidos del país: la unión conservadora CDU-CSU y los socialdemócratas del SPD.

[23] Palabra alemana que denomina a los grandes partidos con una suficiente transversalidad y apoyo electoral para conseguir mayorías que permitan gobernar en solitario o que puedan liderar coaliciones de Gobierno a nivel federal.

[24] Diccionario del ciudadano preocupado. Editorial Ventil. Fuente: https://www.ventilverlag.de/titel/1770/woerterbuch-des-besorgten-buergers.

[25] Coalición entre los democristianos y los socialcristianos de la CDU-CSU y los liberales del FDP gracias a la cual Merkel gobernó entre 2009 y 2013. Tras esa legislatura, el FDP cayó en la insignificancia política, hasta el punto de incluso quedar fuera del Bundestag en las elecciones federales de septiembre de 2013. Muchos analistas apuntaron que los liberales alemanes, cuyo partido es fundamental para entender la historia reciente de Alemania, había

sido víctima del liderazgo incontestable y autoritario de Angela Merkel.

[26] La declaración en alemán de Weckruf 2015 todavía se puede encontrar hoy en la web personal de Bernd Lucke: http://bernd-lucke.de/weckruf-2015/.

[27] http://www.weckruf2015.de.

[28] Entre otras posiciones de la política exterior del Gobierno Federal alemán, AfD ha puesto en entredicho las sanciones de la Unión Europea contra Rusia y también algunos puntos de la pertenencia de Alemania a la OTAN. Estas posturas no han hecho más que alimentar las especulaciones sobre las conexiones entre AfD y la Rusia de Putin, entre las cuales también está la posible financiación del partido por parte del 'putinismo'. Este último extremo no ha podido ser demostrado hasta ahora.

[29] La susodicha entrevista todavía está online en el canal de YouTube de Phoenix. Fuente: https://www.youtube.com/watch?v=tNt3bz6fvco.

[30] AMANN, Melanie (2017); Angst für Deutschland. Die Wahrheit über die AfD (Miedo por Alemania. La verdad sobre AfD). Algunos consideran a su autora la enemiga pública número 1 del joven partido ultraderechista alemán. Fuente: https://www.droemer-knaur.de/ebooks/9255179/angst-fuer-deutschland.

[31] «El ala», en alemán.

[32] La «Resolución de Erfurt» sigue hoy colgada en la red: http://derfluegel.de/erfurterresolution.pdf.

[33] En las elecciones regionales de Baden-Württemberg celebradas en marzo de 2016, AfD obtuvo un 15,1 por ciento de los votos y se convirtió así en la tercera fuerza más votada de una de los regiones más prósperas de Alemania con un desempleo prácticamente inexistente. Un resultado que fulminaba la hipótesis de que AfD era un fenómeno político circunscrito exclusivamente al este del país, con mayores tasas de desempleo y de descontento social. AfD se destapa así cada vez más claramente como un fenómeno político transversal y federal.

[34] Ansgtbürger es un neologismo y una palabra compuesta que en alemán sirve para definir a los ciudadanos que actúan y se mueven por miedo. En este contexto, la palabra tiene una fuerte connotación

ultraderechista.

[35] Programa político completo de AfD en su versión más larga aprobado en el congreso de Colonia: https://www.afd.de/wahlprogramm/.

[36] A mediados de marzo de 2017, los socialdemócratas alemanes del SPD eligieron al expresidente del Parlamento Europeo Martin Schulz como candidato a canciller con el cien por cien de los votos en un congreso celebrado en Berlín. Tras una larga carrera política en las instituciones de la Unión Europea y como presidente del Parlamento Europeo, Schulz volvía a la arena política alemana con el cartel de gran esperanza para devolver al SPD a la primera posición en intención de voto.

[37] República Democrática Alemana, Estado alemán oriental y socialista que se hundió en 1989 y que fue absorbido por la República Federal de Alemania.

[38] Erich Honecker fue entre 1971 y 1989 el secretario general del Comité Central del Partido Socialista Unificado de Alemania (SED), el partido único de la desaparecida y socialista República Democrática Alemana, país del que fue presidente hasta su hundimiento.

[39] El mensaje está accesible en el canal de AfD en YouTube: https://www.youtube.com/watch?v=eeEn-yLw1B4.

[40] Colores que hacen referencia a los partidos CDU (democristianos), SPD (socialdemócratas) y FPD (liberales) en la simbología política alemana. Estos son los tres partidos más relevantes de la historia moderna de la República Federal de Alemania.

[41] Amann los llama Karrieristen («arribistas»).

[42] La biografía de Alexander Gauland es accesible en la web del parlamento regional de Brandenburg: https://www.landtag.brandenburg.de/de/666524#ank1.

[43] Declaraciones hechas por Petry en una entrevista concedida al diario regional Mannheimer Morgen a inicios de 2016: https://www.morgenweb.de/mannheimer-morgen_artikel,-politik-sie-koennen-es-nichtlassen-_arid,751556.html.

[44] Nordrhein-Westfalen es el Estado federado más poblado de Alemania. Sus resultados electorales son considerados clave por ser una especie de termómetro electoral para el resto del país.

[45] El If S es uno de los bastiones intelectuales de las llamadas Nuevas Derechas alemanas, fenómeno que abordaremos en el capítulo 7 de este libro. La conferencia completa, titulada «Ansturm auf Europa» («Asalto a Europa»), es accesible en YouTube: https://www.youtube.com/watch?v=ezTw3ORSqlQ.

[46] El sociólogo y académico Andreas Kemper, que lleva tiempo observando el fenómeno AfD, encontró paralelismos entre los discursos de Höcke y los textos firmados por Landof Ladig. El blog personal de Kemper ofrece información detallada al respecto: https://andreaskemper.org/2016/01/09/landolf-ladig-ns-verherrlicher/.

[47] «Der normale Radikale» («El radical normal»), perfil de André Poggenburg publicado por el semanario alemán Die Zeit: http://www.zeit.de/2016/05/afd-andre-poggenburg-sachsen-anhalt-asylpolitik-wahlkampf.

[48] Esta declaración se enmarca en una rueda de prensa de AfD en Berlín el día después de las elecciones regionales en Nordrhein-Westfalen, en las que el partido obtuvo un 7,4 por ciento de los votos. La conferencia de prensa completa está accesible en internet: https://www.youtube.com/watch?v=C9OupRoW7CI.

[49] Angst für Deutschland. Die Wahrheit über die AfD (Miedo por Alemania. La verdad sobre AfD). Fuente: https://www.droemer-knaur.de/ebooks/9255179/angst-fuer-deutschland.

[50] Z für Zukunft (F para Futuro, en su traducción al castellano) se autodefine como una publicación cristiana para la renovación de Occidente. Sus contenidos son toda una invitación a una revolución hiperconservadora que roza el fundamentalismo cristiano. Su web: http://www.zfürzukunft.de/.

[51] Ley aprobada en julio de 2014 por impulso del Gobierno federal que tiene el objetivo fundamental de generar más de la mitad de la energía que se consuma en Alemania hasta 2035 a través de fuentes renovables, y el 80 por ciento hasta 2050. Contenido completo de la ley en el siguiente enlace: http://www.gesetze-iminternet.de/eeg_2014/index.html.

[52] Como apuntamos en el apartado anterior de este mismo capítulo, Beatrix von Storch está encuadrada en el euroescéptico Grupo Europa de la Libertad y la Democracia Directa del Europarlamento.

[53] Acuerdo firmado entre la Unión Europea y Turquía para frenar la llegada a suelo europeo de refugiados provenientes fundamentalmente

de Oriente Próximo.

[54] Ver capítulo 6.

[55] En «Framing as a Strategic Action in Public Deliberation» los académicos Zhongdang Pan y Gerald Kosicki explican esta competencia entre actores políticos y sociales que se da en el espacio público por la instalación del propio frame en un debate y la relevancia de construir consenso en torno a dicho frame que permita fundamentar decisiones o posiciones políticas concretas. El texto es parte del libro Framing Public Life. Perspectives on Media and Our Understanding of the Social World (2001); de REESE, S. D., GANDY JR., O. H., & GRANT, A. E. (Eds.).

[56] George Lakoff (2008) explica en profundidad el funcionamiento de los frames en su libro The Political Mind.

[57] Según Robert Entman un frame ofrece una definición del problema, una interpretación causal del mismo, una valoración moral y finalmente una solución posible. Más información en «Framing: Toward Clarification of a Fractured Paradigm», de ENTMAN, Robert, en el Journal of Communication 43 (4) de 1993.

[58] Cabe destacar que la estrategia de la instrumentalización del miedo no se circunscribe a la ultraderecha alemana, sino que es un carácter propio de posiciones ultraderechistas en general.

[59] George Lakoff discute la tradicional diferenciación entre racional e irracional y pone de relieve la importancia del rol de las emociones para entender el funcionamiento de la comunicación política en su libro The Political Mind (2008).

[60] SHIKANO, Susumu (2002); Die soziale Konstruktion politischer Wirklichkeit (La construcción social de la realidad política).

[61] George Lakoff, en el capítulo 17 de su libro The Political Mind, profundiza sobre el uso de esta narrativa en combinación con otras.

[62] 800.000 refugiados es la cifra del Gobierno federal.

[63] Esta y el resto de las facciones de Af D fueron expuestas en el capítulo 3.

[64] El Partido Nacional Demócrata Alemán (NPD) obtuvo 9,2 por ciento de los votos en las elecciones regionales de Sachsen en 2004, y en ese mismo año el partido de la Unión del Pueblo Alemán (DVU)

consiguió 6,1 por ciento en Brandenburg.

[65] Sobre el voto del público «vulnerable» y el voto protesta hablaremos en profundidad en el capítulo 6.

[66] La Unión Social-Cristiana de Baviera (CSU) es el partido conservador de esa región que funciona como fuerza política hermana de la CDU.

[67] Deutschland schafft sich ab (Alemania se autodestruye, en traducción libre). Ampliaremos la información sobre este libro y sobre la intelectualidad de las Nuevas Derechas alemanas en el capítulo 7.

[68] Ver capítulo 3.

[69] Frase perteneciente a Bernd Lucke en un escrito dirigido a afiliados de Af D en octubre de 2013. La misma se ha transformado en parte del programa electoral de Af D.

[70] Ver capítulo 6.

[71] Die Linke es una fuerza política que nace a partir la fusión del viejo partido único de Alemania Oriental, SED (Partido de Unidad Socialista Alemán), que luego de la caída del muro de Berlín fue rebautizado como PDS (Partido del Socialismo Democrático), con la WASG (Alternativa por el Trabajo y la Justicia Social). Esta última fue un desprendimiento del SPD que rechazaba las políticas neoliberales del canciller socialdemócrata Schröder.

[72] «Der Facebook-Faktor. Wie das soziale Netzwerk die Wahl beeinflusst» («El factor Facebook. Cómo la red social influye en la elección»). Publicado por Süddeutsche Zeitung y disponible en http://gfx.sueddeutsche.de/apps/e502288/www/.

[73] «So twittert die Af D» («Así twittea Af D»). Publicado por el suplemento «Digital Present» del periódico Der Tagesspiegel y disponible en http://digitalpresent.tagesspiegel.de/afd.

[74] La frase original dice: «Rechts von der Union darf es keine demokratisch legitimierte Partei geben». El líder conservador la pronunció en 1986, año en el cual el partido Die Republikaner había logrado buenos resultados electorales y amenazaba con disputar el espacio al conservador, especialmente en el sur de Alemania.

[75] La ley electoral alemana exige un piso obligatorio del 5 por ciento de los votos para tener representación en el Parlamento

Federal. Existen algunas excepciones como el partido Südschleswigscher Wählerverband (SSW) en el Estado de Schlewig-Holstein. El SSW representa a la minoría nacional danesa.

[76] Freie Demokratische Partei.

[77] Esos dos millones fueron la base oficial del financiamiento de Af D. Sin embargo, no fue el único. Sobre este tema se profundiza en el capítulo 7.

[78] Ver capítulo 6 para profundizar sobre los distintos públicos de Af D.

[79] El masterframe de la amenaza latente y sus derivados fueron discutidos en el capítulo 4.

[80] Ver capítulo 3.

[81] Por su parte, los organizadores aseguran haber contabilizado unas 40.000 personas.

[82] Ese congreso fue detallado en el capítulo 3.

[83] «Der Osten wählt immer wilder als der Westen» («El este siempre vota más salvajemente que el oeste»). Disponible en: http://www.politik-kommunikation.de/ressorts/artikel/der-osten-waehlt-immer-wilder-als-der-westen-14564.

[84] La frase de Angela Merkel fue: «Wir schaffen das».

[85] Kretschmann es el primer Ministerpräsident («gobernador») del partido de Los Verdes en la historia. En 2011, pese a quedar en el segundo puesto detrás los conservadores, logró imponerse mediante una alianza con los socialdemócratas con quienes formó gobierno. En 2016 ganó la elección en Baden-Württemberg y se convirtió en el primer político que lo logra sin ser miembro de la CDU. Kretschmann pertenece al ala más pragmática y conservadora del partido ecologista.

[86] Ver capítulo 3.

[87] Höcke: «Schande ins Herz der Hauptstadt gepflanzt» («Una vergüenza plantada en el corazón de la capital»).

[88] En el capítulo 3 se explica en detalle lo que sucedió en el congreso de Colonia.

[89] Los «alte Bundesländer» son las diez regiones de la República

Federal Alemana previas a la reunificación.

[90] El NPD es una fuerza política de extrema derecha que estuvo a punto de ser prohibida en reiteradas ocasiones. En términos electorales, es el partido neonazi que más ha sufrido la aparición de Af D. Desde 2013 en adelante, el NPD ha perdido todos los escaños que poseía en parlamentos regionales y ha empeorado todos sus resultados electorales.

[91] Algunos partidos de ese grupo son Pro-Deutschland (Pro-Alemania), die Rechte (La Derecha), Deutsche Partei (Partido Alemán), Sächsische Volkspartei (Partido Sajón del Pueblo) y Unabhängige Arbeiter-Partei (Partido Independiente de los Trabajadores).

[92] Unión del Pueblo Alemán.

[93] Esto se explica en profundidad en el capítulo 7.

[94] Disponible en: https://eleccionesenalemania.com/2013/09/10/el-partido-de-la-crisis-europea/.

[95] El D-Mark o marco alemán fue la moneda predecesora al euro. Estuvo en circulación hasta el año 2000.

[96] Fuente de los datos: encuesta del instituto Infratest dimap (septiembre de 2013).

[97] Fuente de los datos: encuesta del instituto Infratest dimap (mayo de 2014).

[98] ENTMAN, Robert (1993); «Framing: Toward Clarification of a Fractured Paradigm», Journal of Communication, 43 (4).

[99] En el capítulo 4 profundizamos sobre el uso del frame.

[100] Los datos surgen de una encuesta del instituto Infratest dimap en mayo de 2014.

[101] El contexto de esta frase fue mencionado en el final del capítulo 4.

[102] En las elecciones de Mecklenburg-Vorpommern de septiembre de 2016 Af D fue la segunda fuerza más votada por detrás de los socialdemócratas (30,6 por ciento) y relegando a los conservadores de la CDU (19 por ciento) por primera vez al tercer lugar.

[103] Ossi es un adjetivo que utilizan los alemanes para referirse a aquello que está relacionado con la ex-RDA.

[104] Durante la fiesta de Año Nuevo en diciembre de 2015 y enero de 2016 hubo una serie de ataques sexuales contra mujeres en Colonia. El discurso dominante en los medios de comunicación coincide con el relato de la policía y adjudica el ataque a un grupo de jóvenes mayoritariamente musulmanes.

[105] Fuente de los datos: encuesta del instituto Infratest dimap (marzo de 2016).

[106] Recordemos que en Alemania no existen las elecciones legislativas o de medio término, como en los países con un sistema presidencialista. En este sentido el rol plebiscitario que cumplen este tipo de procesos electorales es ejercido por las elecciones regionales en los distintos Estados alemanes a lo largo de toda la legislatura. En especial cuando la campaña en dichas elecciones coincide con temas de gran impacto a nivel nacional, como por ejemplo la llegada masiva de refugiados.

[107] Von Storch menciona esta cuestión en la entrevista del capítulo 3.

[108] No hay que olvidar que die Linke es una fuerza política parcialmente derivada del viejo partido único de Alemania Oriental SED (Partido de Unidad Socialista Alemán).

[109] El estudio, titulado «Alternative für Deutschland?», se puede consultar en la página web del instituto. Fuente: http://www.ifd-allensbach.de/uploads/tx_reportsndocs/April13_AfD.pdf.

[110] Los datos detallados oficiales del comercio exterior de Alemania se pueden encontrar en la página web de la Oficina Federal de Estadística (Destatis): https://www.destatis.de/DE/ZahlenFakten/GesamtwirtschaftUmwelt/Aussenhandel/Aussenhandel.html.

[111] El estudio, titulado «Die Welt der Wutbürger» («El mundo de los ciudadanos indignados»), se puede consultar en la página web del instituto. Fuente: http://www.ifdallensbach.de/uploads/tx_reportsndocs/FAZ_Mai_Wutbu_rger.pdf.

[112] El currículo académico de Heitmeyer está accesible en la web de la Universidad de Bielefeld: http://www.uni-bielefeld.de/ikg/personen/wilhelm_heitmeyer.html.

[113] La entrevista completa se puede leer en alemán en la web de Berliner Zeitung: http://www.berliner-zeitung.de/politik/interview-mit-wilhelm-heitmeyer--der-erfolg-der-afd-wundert-mich-nicht--24954352.

[114] Todos los trabajos y referencias editoriales de Friedrich están accesibles en su página web personal: http://www.sebastian-friedrich.net.

[115] Die AfD. Analysen-Hintergründe-Kontroversen. Editorial Bertz-Fischer: http://www.bertz-fischer.de/product_info.php?products_id=495osCsid=7e3ec9b8ded114878c1c07950f8b4251.

[116] Entrevista completa en la web de Der Spiegel: http://www.spiegel.de/wirtschaft/soziales/unternehmerfunktionaer-afd-kriegt-kein-geldaus-der-wirtschaft-a-896492.html.

[117] Stiftung der Familienunternehmen: http://www.familienunternehmen.de.

[118] Según datos propios, la Federación de Empresas Familiares aglutina 180.000 compañías que dan empleo a ocho millones de personas en Alemania. Fuente: https://www.familienunternehmer.eu/ueber-uns.html.

[119] Bundesverband der Deutschen Industrie (Federación de la Industria Alemana), la gran patronal del sector industrial alemán, uno de los grandes poderes fácticos del país.

[120] El artículo titulado «Die Af D baut auf die Wirtschaft» («Af D confía en la economía») se puede leer completo en la web del diario Der Tagesspiegel: http://www.tagesspiegel.de/themen/agenda/alternative-fuer-deutschland-die-afd-baut-auf-die-wirtschaft/9847334.html.

[121] Mecanismo intergubernamental aprobado por el Consejo Europeo en marzo de 2011 para hacer todo lo necesario para salvaguardar el mantenimiento del euro como moneda común.

[122] FRIEDRICH, Sebastian; Die AfD. Analysen–Hintergründe–Kontroversen. Editorial Bertz-Fischer.

[123] «Af D no es una alternativa», declaraba Lutz Goebel, presidente de una federación de empresas familiares alemanas, al diario Der Taggesspiegel en octubre de 2014. Fuente: http://www.tagesspiegel.de/wirtschaft/interview-mit-familienunternehmer-

lutz-goebel-die-frauenquote-ist-schaedlich/10766710-3.html.

[124] Schwarbuch AfD. Fakten, Figuren. Hintergünde (Libro negro de AfD. Hechos, figuras, trasfondos), editado por el colectivo de periodistas de investigación independiente Correctiv. Fuente: https://correctiv.org/recherchen/neue-rechte/artikel/2017/04/10/schwarzbuch-afd-einleitung-wir-finden-es-reicht/.

[125] La web del Bundestag ofrece online el listado de las donaciones superiores a 50.000 euros: https://www.bundestag.de/parlament/praesidium/parteienfinanzierung/fundstellen50000.

[126] Lobbycontrol publicó un artículo en septiembre de 2016 poniendo en entredicho la transparencia y la legalidad de la financiación de Af D: «Warum die dubiose Af D-Wahlkampfhilfe unaufgeklärt bleibt – und was sich ändern muss» («¿Por qué las dudosas ayudas para la campaña de Af D siguen sin aclararse y qué tiene que cambiar?»): https://www.lobbycontrol.de/2016/09/warum-die-dubiose-afd-wahlkampfhilfe-unaufgeklaert-bleibt-und-was-sich-aendern-muss/.

[127] Como apunta el colectivo periodístico Correctiv, en las campañas electorales para los comicios regionales de la ciudad-Estado de Bremen y de los Estados federados de Baden-Württemberg, Mecklemburg-Vorpommern y Rheinland-Pfalz aparecieron miles de carteles pidiendo el voto para Af D. Asimismo, la publicación Extrablatt fue impresa y distribuida en millones de casas alabando el programa político del partido ultraderechista. La dirección federal de Af D aseguró en todo momento no tener nada que ver con esas campañas.

[128] El semanario conservador Die Zeit publicó a finales de mayo de 2017 un artículo titulado «Im Bett mit der Alternative» («Acostándose con la Alternativa»), en el que informaba del empresario hamburgués naviero Folkard Edler. Según la publicación, Edler sería el máximo donante de Af D y de otras asociaciones de las llamadas Nuevas Derechas. Habría invertido varios millones de euros tanto en el partido como en otras publicaciones y fundaciones ultraderechistas, euroescépticas e hipernacionalistas. Fuente: http://www.zeit.de/2017/22/afd-folkard-edler-parteienfinanzierung-parteispenden.

[129] In It Together: Why Less Inequality Benefits all (En ello juntos: por qué menos igualdad beneficia a todos). Fuente: http://www.oecd.org/social/in-it-together-why-less-inequality-benefits-

all-9789264235120-en.htm.

[130] El canciller socialdemócrata Gerhard Schröder gobernó Alemania entre 1998 y 2005.

[131] A raíz de ese descontento nació la fuerza política WASG, conducida por Oskar Lafontaine.

[132] Menschenwürde ist Menschenrecht (La dignidad es un derecho humano). El informe completo se puede consultar online: https://www.armutskongress.de/fileadmin/files/Dokumente/AK_Dokumente/armutsbericht-2017.pdf.

[133] Der Päritatische Gesamtverband establece la línea de la pobreza en el 60 por ciento del salario medio del país. De esta forma, si un soltero ingresa menos de 942 euros mensuales o una pareja con dos hijos a su cargo, menos de unos 2.000 euros mensuales, son considerados como población pobre.

[134] Enlace a la web estadística de la Oficina Federal de Empleo de Alemania: https://statistik.arbeitsagentur.de/Navigation/Statistik/Statistik-nach-Themen/Arbeitsmarkt-im-Ueberblick/Arbeitsmarkt-im-Ueberblick-Nav.html.

[135] La Fundación Hans Blöcker depende de la mayor organización sindical de Alemania, la DGB (Deutscher Gewerkschaftsbund). Fuente del informe: https://www.boeckler.de/tools/atypischebeschaeftigung/index.php#result.

[136] Un minijob es un trabajo cuyo sueldo no supera los 450 euros mensuales.

[137] Verteilungskampf. Warum Deutschland immer ungleichher wird. Editorial Hanser: https://www.hanser-literaturverlage.de/buch/verteilungskampf/978-3-446-44465-2/.

[138] Sustantivo alemán que sirve para describir la «falta de alternativa».

[139] El informe todavía está online en la web de la consultora que lo elaboró: http://www.finpolconsult.de/mediapool/16/169624/data/Duebel_Bank_Creditor_Participation_Eurozone_Final.pdf.

[140] «So viel Macht war nie» («Nunca hubo tanto poder»). Artículo del FAZ: http://www.faz.net/aktuell/politik/inland/grosse-koalition-so-viel-macht-war-nie-13189320.html.

[141] Referencia a la República Federal de Alemania antes de la reunificación de 1990, cuya capital era la ciudad germano-occidental de Bonn.

[142] La columna completa de Christoph Seils, titulada «Die falsche Sehnsucht der politischen Eliten» («La errónea nostalgia de las élites políticas»), todavía se puede leer online en la web del diario Tagesspiegel: http://www.tagesspiegel.de/meinung/andere-meinung/grosse-koalition-die-falsche-sehnsucht-der-politischen-eliten-/6514418.html.

[143] Ver entrevista completa en el capítulo 3.

[144] «Lo conseguiremos», en alemán.

[145] Globalisierungsangst oder Wertekonflikte? Wer in Europa populistische Parteien wählt und warum. (¿Miedo a la globalización o conflicto de valores? ¿Quién y por qué vota en Europa a partidos populistas?). Fuente: https://www.bertelsmann-stiftung.de/fileadmin/files/user_upload/EZ_eupinions_Fear_Studie_2016_DT.pdf.

[146] Acuerdo alcanzado en marzo de 2016 por la Unión Europea y Turquía. Entre otras cosas, el Gobierno turco aceptaba cerrar sus fronteras con los países de Oriente Próximo (Siria e Irak) a cambio de ayudas económicas. Fuente oficial del contenido del acuerdo en la web de la Comisión Europea: http://europa.eu/rapid/press-release_MEMO-16-963_de.htm.

[147] A mediados de 2017, el Gobierno alemán estaba deportando a peticionarios de asilo afganos tras clasificar a Afganistán como país seguro. Una clasificación que chocaba de frente con la realidad del país asiático, marcada por los atentados yihadistas, la violencia estructural y galopantes tasas de desempleo.

[148] Expresión que sirve para definir la responsabilidad moral que arrastra el pueblo alemán por los crímenes cometidos por el régimen nacionalsocialista erigido por Adolf Hitler.

[149] Vergangenheitsbewältigung es la palabra que se utiliza en alemán para esa revisión constante de la historia moderna del país.

[150] Estadística ofrecida por la web Statista: https://de.statista.com/statistik/daten/studie/493158/umfrage/umfrage-zur-angst-vor-terroranschlaegen-in-deutschland/.

[151] Global Peace Index 2017. Fuente: http://visionofhumanity.org/

app/uploads/2017/06/GPI-2017-Report-1.pdf.

[152] El post todavía sigue online: https://web.facebook.com/BeatrixVonStorch/posts/1081471498560961?_rdc=1&_rdr.

[153] Die neuen Deutschen. Ein Land vor seiner Zukunft. Editorial Rowohlt. Fuente: https://www.rowohlt.de/hardcover/herfried-muenkler-diealten-und-die-neuendeutschen.html.

[154] Programa completo —en alemán— accesible en la web de Af D: https://www.afd.de/wahlprogramm/.

[155] El artículo completo en alemán publicado en el diario Bild Zeitung está accesible en la web del Ministerio del Interior alemán: http://www.bmi.bund.de/SharedDocs/Interviews/DE/2017/05/namensartikel-bild.html.

[156] El artículo completo se puede leer siempre y cuando se sea abonado del FAZ: http://plus.faz.net/evr-editions/2017-05-12/44899/348736.html.

[157] Con Deutschland schafft sich ab (en traducción libre, Alemania se autodestruye), Sarrazin ofrece un análisis presuntamente basado en estadísticas que apunta a que la migración procedente de países musulmanes supone un gran problema para Alemania y pone en serio peligro la sostenibilidad del sistema productivo y del Estado de bienestar del país. Sarrazin sigue hoy siendo miembro del SPD, pese a haber tenido relaciones estrechas con Af D, y ha recibido duras críticas de figuras políticas e intelectuales de Alemania por el contenido de este libro, que, por cierto, se convirtió en todo un best seller. Analistas coinciden en calificar Deutschland schafft sich ab como un disparo de salida en el espacio público alemán que finalmente desembocaría en la fundación de Af D como partido.

[158] Fuente: http://www.deutschlandfunk.de/junge-freiheit-chef-dieter-stein-zu-viele-linke.1769.de.html?dram:article_id=351798.

[159] La revista tiene un archivo online con todas sus portadas publicadas desde 2010: https://www.compact-shop.de/produktkategorie/compact-jahrgaenge/.

[160] Esta y otras acciones están colgadas en el canal de YouTube del IB: https://www.youtube.com/channel/UCGK3H7pHASZpUqBRy0e7vQA/feed.

[161] Ein Prozent (Uno por ciento) es una plataforma civil

ultraderechista que asegura que si tan sólo un uno por ciento de la población alemana (800.000 personas) se levanta contra las actuales políticas migratorias del Gobierno federal y se declara en resistencia civil, ello podría generar un cambio fundamental en la política y la institucionalidad del país. Su web: https://einprozent.de.

[162] Kubitschek se refiere a la edición por parte de su editorial Antaios de la obra Finis Germania, que llegó a estar durante varias semanas en la posición número uno de ventas en Amazon Alemania. Ello generó un enorme escándalo público en el país. Algunos periodistas y críticos de la gran prensa germana incluso alabaron el ensayo de Sieferle, que ofrece un discurso hipernacionalista que raya con el lenguaje metaneonazi.

[163] Kubitschek se refiere a la figura estilística y literaria denominada Verfremdungseffekt («Efecto de distanciamiento»), a través de la cual un autor descontextualiza una acción o situación cotidiana para mostrar su auténtica realidad. El autor de teatro y poeta izquierdista alemán Bertolt Brecht describía este recurso literario con la siguiente paradójica expresión: «Zur Kenntlichkeit entstellen» («deformar hasta el reconocimiento»).

[164] Kubitschek se refiere al ensayo Deutschland schafft sich ab, publicado en 2010 por el expolítico socialdemócrata Thilo Sarrazin y citado en varias ocasiones a lo largo de este libro.

[165] Dirigente de Af D perteneciente al ala etnonacionalista del partido ultra. Su perfil está expuesto en el capítulo 3 de este libro.

[166] Jurista y filósofo alemán nacido en 1888 y fallecido en 1985. De orientación hiperconservadora y nacionalista, es considerado uno de los pensadores clásicos de la historia moderna de Alemania pese a su colaboracionismo con el nacionalsocialismo.

[167] Deutschland zwischen Angst und Zuversicht (Alemania entre el miedo y el optimismo). Fuente: http://www.stiftungfuerzukunftsfragen.de/fileadmin/user_upload/forschung_aktuell/PDF/Forschung-Aktuell-271-Erwartungen-fuer-2017.pdf.

[168] Todos los artículos publicados de Harald Schumann se pueden leer en la versión digital del diario Der Tagesspiegel: http://www.tagesspiegel.de/schumann-harald/5265162.html.

[169] El documental, emitido por el canal franco-alemán Arte, se puede ver online en web de Bundeszetrale für politische Bildung.

Fuente: http://www.bpb.de/politik/wirtschaft/finanzmaerkte/178188/der-film-staatsgeheimnis-bankenrettung.

[170] «Der Facebook Faktor», investigación publicada por el Süddeutsche Zeitung en mayo de 2017: http://www.sueddeutsche.de/politik/politik-auf-facebook-rechte-abschottung-ohne-filterblase-1.3470137.

[171] «So twittert die Af D» («Así tuitea Af D»): http://digitalpresent.tagesspiegel.de/afd.

[172] Marcus Pretzell nunca borró el tuit. Todavía sigue online: https://twitter.com/marcuspretzell/status/810941651258580992?lang=de.

[173] La dirigente de Af D Beatrix von Storch profundiza sobre esta cualidad de su partido en la entrevista que publicamos en el capítulo 3 de este libro.

[174] Las declaraciones de Georg Pazderski causaron risas en la ronda de políticos que estaban participando del debate. Sin embargo, nadie fue capaz de contrarrestar esta frase del ultraderechista, ya que nadie se puede dar el lujo de decir que ignora lo que siente la gente. Aunque lo haga. La frase de Pazderski y los pormenores del debate se pueden leer en este artículo de Der Spiegel: «Die gefühlte Wahrheit der Af D» («Af D: la verdad como sensación»). Fuente: http://www.spiegel.de/politik/deutschland/berlin-wahl-tv-debatte-die-gefuehlte-wahrheit-der-afd-a-1111239.html.

[175] Beatrix von Storch se refiere a este concepto (ver capítulo 3) al igual que otros dirigentes de Af D que buscan votos en el electorado descontento de la CDU. Además, existen ciertos círculos de la CDU, especialmente aquellos críticos con la canciller Angela Merkel, que también se manifiestan en ese sentido. En el capítulo 7 de este libro también se menciona este concepto en el marco de la denominada «crisis del conservadurismo».

[176] Artículo «La paradoja de Merkel» para la revista Beerderberg. Disponible en: https://eleccionesenalemania.com/2015/04/09/la-paradoja-de-merkel/.

[177] Ver capítulo 4.

[178] Para mayor información consultar el artículo «Cuatro hechos más importantes que el ‘efecto Schulz’». Disponible en: https://eleccionesenalemania.com/2017/03/27/cuatro-hechos-mas-

importantes-que-el-efecto-schulz/.

[179] Andreas Wild fue expulsado a mediados de julio de 2017 del grupo parlamentario de Af D. La razón oficial de la exclusión fue la reunión de Wild en Estambul con miembros del AKP, partido del presidente turco Recep Tayyip Erdogan. Sin embargo, el motivo oficioso (y real) de la expulsión de Wild, declarado miembro de la facción etnonacionalista de Af D, fueron sus posiciones rayanas con el neonazismo muy incómodas e inoportunas para el partido ultra en plena ofensiva por ofrecer un perfil más moderado con la vista puesta en las elecciones federales y en el Bundestag. Pese a la expulsión, Wild mantuvo su acta parlamentaria, siguió siendo militante de Af D así como uno de los activistas más destacados de la facción etnonacionalista de la formación en la capital alemana.